

El Hacedor de Demonios

Serie Prometheus 4

Scarlett O'Connor



SERIE PROMETHEUS 4

SCARLETT O'CONNOR

©Lune Noir, 2025

©Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

Imagen de portada: freepik; shutterstock.

Las emociones no expresadas nunca morirán. Están enterradas vivas y aparecerán más tarde
de maneras más desagradables.
Frase atribuida a Sigmund Freud.

Índice

Preludio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

Serie Prometheus

Síguenos en las redes sociales

- Cuenta oficial de Scarlett O'Connor
- Cuentas de Lune Noir

Otras obras de Scarlett O'Connor

- Serie Señoritas de Shakespeare
- Tú, mi deuda pendiente

Serie Señoritas Americanas
Serie Señoritas británicas
Serie Familia Evans
Serie Floreros y Canallas
Serie Caballeros desdeñados
Serie Corazones de Escocia
Contemporáneo
Serie Shell Island
Contemporáneo
Otras obras de La editorial Lune Noir

Preludio



Viena, Austria, 1877.

—Sabes que cuando se comporta de esa manera no puede quedarse con los demás niños —sentenció Hugo, cruzando los brazos sobre el pecho. A su espalda se encontraban el resto de niños y jóvenes del grupo. ¡Era una sublevación!

—Eres un desagradecido. A ti también te salvé de las calles, ¿recuerdas? —Junto a Michael Wagner, quien hasta hacía unas semanas se erigía como el líder de la banda, solo permanecía Brunilda.

Su Brunilda, con la vista perdida en un punto lejano. Su pie izquierdo repiqueteaba en el suelo al ritmo de una melodía que solo resonaba en su cabeza.

—Sabes que es distinto, Mic —Hugo intentó ser conciliador. Los jóvenes que estaban detrás de él se iban alejando cada vez más—. No es desprecio, es...

—Miedo —completó Wagner.

—Y tú también deberías tenerlo.

Brunilda estaba en uno de sus días malos; él era el único que no le temía.

—Pues bien, dormiremos en el depósito —dijo, al tiempo que alzó las manos en un gesto de rendición—, pero nos llevaremos doble ración de estofado. Al fin y al cabo, la liebre la cazó ella, ¿verdad? Al igual que consiguió el mechero con el que encendieron el fuego y el dinero con el que compraron los medicamentos para el pequeño Otto... ¿Sigo enumerando? —Cogió a Brunilda del brazo y la guio hacia el improvisado fogón. Los niños le abrieron camino, espantados.

—Quien parece no recordar eres tú, Michael. Ves el resultado, pero no sus métodos. ¿La has visto cazar? ¿Cazar con sus propias manos? ¿La has visto robar? —insistió—, podría caerte en mitad de la noche y no verías ni una sombra. Sabe leer, escribir, construir armas...

—Y por eso es muy útil...

—¡Y por eso es muy peligrosa!

Michael lo ignoró, cogió un cuenco con doble ración de estofado de liebre, algo de cerveza y el maldito mechero que, en efecto, había robado Brunilda sin que el dueño se percatara de su presencia. Ahora, con las manos ocupadas, no era capaz de coger a la muchacha y llevarla consigo; los presentes se alejaron aún más. ¡Entendía, claro que lo hacía! Brunilda tenía uno de sus días malos, pero tampoco era para exagerar.

Bueno, tal vez sí. Solo que a Michael Wagner no le importaba.

—Ven, Brunilda, hoy dormiremos en el almacén.

Aquella vieja cervecería servía de refugio a un grupo de niños sin hogar. La mayoría de ellos, como Michael, habían huído de orfanatos para escapar de la explotación infantil a la que los sometían. Esos que decían brindarles un hogar, en realidad los enviaban a trabajar en las fábricas o como deshollinadores y se quedaban con sus míseras pagas a cambio de darles unos pedazos de pan duro y mohoso. Allí había conocido a Hugo, se hicieron amigos y decidieron marcharse juntos. Mejor pasar hambre por tu cuenta, que alimentar alimañas con tu trabajo. En el camino conocieron a muchos más, algunos eran explotados por sus propios padres, que les daban, además de pan mohoso, palizas de muerte. Había niñas que eran vendidas a proxenetas o explotadas en casas como sirvientas a sol y sombra. Otros provenían de los campos que día a día eran abandonados por el avance de la industrialización.

Juntos formaron una banda, una alianza entre los más débiles para hacerse fuertes. Hasta que llegó Brunilda.

Brunilda rompía el molde: sabía leer y escribir, estaba entrenada para el combate, era capaz de soportar dolor, frío, hambre, conocía medicina, podía curar heridas y sobrevivir a toda costa.

Y, además, estaba loca. Loca de remate. Veía demonios en las sombras y hablaba en términos extraños como «arquetipos», «inconsciente» o «simbología».

Michael entendía a sus amigos, en el fondo lo hacía. Por eso accedía a la farsa de Hugo, a erguirse como el nuevo líder momentáneo, aunque fuese menos listo y fuerte que él. Debía temerle a Brunilda como los demás, ya que había visto lo que era capaz de hacer. Sí, no solo cazaba liebres, también cazaba hombres con la misma destreza. Era letal.

Pero también era hermosa y especial. Era lo más hermoso que le había pasado a Michael Wagner en su corta y espantosa vida llena de abandono.

Llegaron al depósito y, antes de que Michael pudiera iluminar con el mechero, Brunilda atravesó con el cuchillo a dos ratas a la vez, clavándolas en el suelo. Como si lo hecho fuera algo más, la muchacha cogió el mango del cuchillo y desprendió a los animales al otro lado de la ventana. Luego, con la misma calma, limpió el filo y terminó desinfectando la hoja con la llama, tras lo cual cogió el mechero, que Michael no había alcanzado a encender a causa del impacto. Después, se sentó en medio de la mugrosa habitación e invitó a Michael a unirse, golpeando con la palma de la mano junto a su trasero.

El resto de las ratas huyeron. Los marineros dicen que, cuando las ratas huyen, debes correr tras ellas. Michael desoyó la milenaria advertencia y avanzó hacia Brunilda como una polilla hacia la luz.

—Ven, mi arcángel Michael, siéntate conmigo. —Él lo hizo, y no tardó en pasarle el cuenco con estofado para que comiera. Pese al hambre, Brunilda se alimentó lentamente y en absoluto control de sus necesidades fisiológicas. Era extraño, su mente se había desvinculado de la realidad, pero su cuerpo seguía funcionando como una máquina perfecta.

—¿Hoy tengo alas? —preguntó Michael, era una de las visiones recurrentes de Brunilda, el delirio que los había unido.

—Siempre tienes alas, aunque yo no las vea siempre. Eres el arcángel que lucha contra los demonios y me protege de ellos. —Sus ojos celestes se clavaron en las sombras; Michael siguió su mirada, porque a veces sus visiones eran tan vívidas que juraba poder percibirlas también.

—No tengo alas, Brunilda, ¿recuerdas?, son las visiones... es lo que ese médico del demonio te ha hecho.

—Viktor Schwarz —repitió Brunilda—. Vik-tor Sch-warz.

—Nunca olvidaré ese nombre.

—Yo quisiera olvidarlo —suspiró ella, y dejó de mirar las sombras para mirar a su ángel. Michael le devolvió la mirada y se acercó a besarla. De momento, era lo único que se atrevían a hacer; aunque los cuerpos de ambos empezaban a responder y a clamar que siguieran el curso de la naturaleza, se contenían. Él porque conocía las consecuencias y no se perdonaría traer un niño a un mundo como el que habitaba, en una vieja cervecería abandonada donde hasta las ratas pasaban hambre. Ella no quería profanar lo sagrado, el amor puro que había encontrado junto a Michael.

Pese a que Wagner había conformado su banda de marginales, siempre se había sentido solo. Abandonado por su madre, sin saber quién demonios era su padre y explotado por un orfanato, no había conocido lo que era ser querido hasta que Brunilda se cruzó en su camino. Era todo un delirio: él no era un ángel ni tenía alas, pero podía cuidarla igual y recibir a cambio la adoración en los ojos de la muchacha.

Ella era igual, había sido vendida por otro orfanato a un médico demente y jamás había conocido el amor hasta Michael. Era un caso de estudio, como los llamaba el doctor Schwarz, y ni siquiera eran los casos finales.

—Usará bebés —dijo Brunilda, de la nada, respondiendo a la línea de sus propios pensamientos.

—¿Quién?

—El doctor Schwarz. En realidad, ya los usa, creo que en Inglaterra. Nosotros somos casos fallidos porque nos cogió muy mayores y nos rompimos en el proceso. Ahora cogerá bebés, se lo escuché decir.

—Ya estás a salvo. —Le revolvían las tripas los bebés en manos de ese desquiciado a quien solo conocía de nombre, pero en el fondo lo único que le importaba era Brunilda. Su Brunilda. Una vez que tenía algo en la vida, no lo perdería por nada. Ni por bondad, ni por justicia, ni por ética. ¡Al diablo el mundo!

—Hiciste bien en huir, también te habría elegido a ti. Eres inteligente y fuerte, tal y como le gustan.

—Pero me fui antes siquiera de saber de su existencia.

—Huiste para salvarme a mí.

Brunilda había escapado una noche, en uno de sus delirios, asesinando a enfermeras y médicos por el camino. Michael se encontraba agazapado en una chimenea, listo para colarse en una casa y robar. No supo por qué decidió ayudarla; ella casi lo mata, hasta que, en su locura, lo vio con alas y, al enterarse de su nombre, lo creyó parte de la providencia divina. Desde entonces habitaban ese mundo imaginario, el único en el que dos personas tan rotas tenían futuro.

—Come más, aquí es en vano guardar para después. Las ratas vendrán por la noche y se acabarán el resto.

—De acuerdo. —Brunilda se llevó la cuchara a la boca mientras Michael encendía el fuego para calentarse y ahuyentar a las ratas que pudieran quedar en las sombras. Al terminar, vio que ella cogía un palillo de madera, lo encendía y esperaba a que se quemara. Él sabía por qué, iba a continuar con sus lecciones. Ya le había enseñado a leer y escribir, a sumar, restar, multiplicar y dividir, y ahora intentaba que comprendiera las reglas de la proporción. Según ella, lo más útil de las matemáticas.

—Así sabrás suministrar medicina, por ejemplo, ¿cuánta morfina por kilogramo?

Él se empeñó en entender, se le daba bien y Brunilda siempre sabía cómo explicar las cosas para que resultaran interesantes. Se mantuvo haciendo cuentas hasta que no quedó ni una ramita por quemar y Brunilda cayó rendida en un profundo sueño.

Se acostó a su lado, abrazándola por la espalda. Dejó que el fuego la templara por delante y por detrás, su pecho. Ojalá tuviera alas de verdad, pensó, así la podría cobijar con sus plumas. Y con esa idea, se abandonó al agotamiento junto a ella.

El fuego empezaba a apagarse y el frío de Viena se colaba por cada grieta de la vieja cervecería, como si el mismo viento helado quisiera escapar de la negrura de la noche. No se escuchaban búhos, lechuzas ni murciélagos, solo el correteo de las ratas, resignadas ante la falta de comida, que se conformaban con refugio.

Michael dormía profundamente y lo conseguía abrazando a Brunilda. Le bastaban un par de horas para reponerse, pero esas horas debían ser de sueño reparador. Algo que no siempre era fácil de conseguir. No se dio cuenta de que la muchacha se movía inquieta ni oyó sus balbuceos delirantes.

Nada lo había preparado para el impacto.

Su grito rompió la fría quietud de la noche: un grito de sorpresa, dolor y miedo. Los ojos del joven se abrieron en la oscuridad, sus ojos celestes, helados como el clima de Viena, se posaron en los de ella, que estaban aún más helados, casi muertos.

—Brunilda... —balbuceó, llevándose las manos al vientre. Los dedos dieron de lleno con el puño del cuchillo—. Brunilda, soy yo. Michael... Tu Michael.

Su alarido llamó la atención de los demás. Hugo y los jóvenes marginados entraron para salvarlo. Michael, pese al dolor, se interpuso entre ellos y Brunilda. La muchacha miraba con pavor la herida que acababa de infringirle y la sangre que emanaba.

—Te estaban comiendo las ratas —dijo—. Yo lo vi, te estaban comiendo las ratas... —Sus ojos sin vida se dirigieron a las sombras y algo en esa oscuridad la aterrorizó. Gritó desgarradoramente:

—¡No! ¡No! Las vi. Tenías ratas...

Michael intentó acercarse, pero Hugo lo detuvo. El cuchillo estaba clavado en un lado de su vientre; de haberle atravesado un órgano, ya estaría muerto, pero aún existían riesgos. Podía morir por una infección o por la debilidad que le provocaba la pérdida de sangre. O debido a otro de los delirios de la joven...

—Brunilda, no ha sido nada. Ahora necesito tu ayuda...

Pero entonces ella se llevó las manos a la boca y lo miró con el mayor de los terrores reflejado en sus iris. Michael había presenciado mil delirios, había estado a su lado cuando imaginaba demonios, monstruos e insectos que la comían viva... Y, sin embargo, nada lo había preparado para presenciar un momento de lucidez.

—Yo te he apuñalado —reconoció—. Te apuñalé, Michael, a ti que me amas. A ti, que te amo. ¿De qué más seré capaz?

—No importa. ¿Lo ves? —Se sacó el cuchillo de un solo movimiento y la sangre salió a borbotones—. Me pondré bien, tú me ayudarás, tú que sabes coser heridas y cuánta morfina debo tomar sin morir...

—Yo que sé todo eso, y también sé matar.

Brunilda cayó de rodillas, derrotada ante su momento de lucidez. Estaba loca y ahora lo entendía. Estaba más rota que Michael; él tenía arreglo, ella no. Lo mejor que podía hacer era alejarse de él para siempre.

Capítulo 1



Gales, 1899.

¿Qué tan apacible y calma podría llegar a ser la vida en un pueblo costero?

Para algunos habitantes de la ciudad, la respuesta era obvia: demasiado. Demasiado tranquila. Demasiado aburrida. Monótona en extremo. Sin un ápice de vida social.

Para los pueblerinos, la respuesta era completamente opuesta. Dirían que no lo suficiente. Más aún si ese pueblo era Milford Haven. Fundado a finales del siglo XVIII, en el noroeste de Gales, Pembrokeshire, condado de Dyfed, a orillas de la bahía, se encontraba esta localidad que albergaba una población que no superaba los mil quinientos habitantes. Todos estos se agrupaban en un centenar de familias que habitaban esas tierras desde tiempos inmemoriales, incluso antes de recibir un nombre. Aunque sus caminos no se cruzaran en la cotidianidad, todos estaban al tanto de los sucesos diarios. Una red invisible de información se extendía las veinticuatro horas del día de punta a punta del pueblo. Si alguien cogía una gripe, en cuestión de horas, todo el pueblo se enteraba. Si un habitante fallecía, el pueblo se vestía de luto.

Pero, ¡cuidado!, no se debía confundir la amabilidad y la buena voluntad de los lugareños, pues si eras un forastero y ponías el pie en el lugar equivocado, el pueblo dejaba de ser un refugio celestial para convertirse en el infierno mismo. Por eso, los visitantes ocasionales o aquellos que iban con la intención de probar suerte solían huir despavoridos.

Dentro del historial de huidas del pueblo, los médicos rurales encabezan la lista. Uno tras otro desaparecía, la tierra y la bahía se los tragaban sin dejar rastro. Y, por supuesto, las habladurías en torno a su partida se convertían en el cotilleo más importante del día, de la semana... Del mes.

Se notaba que no tenía madera para este trabajo. ¡Ja!

¡Eso es lo que sucede cuando envían a principiantes!

¡Me pregunto para qué estudian ciencias médicas... ven sangre y se espantan!

Y... si no tienen paciencia, no es nuestra culpa. Están acostumbrados a la comodidad de la ciudad, ¡es eso! Siempre sucede lo mismo. En fin, tampoco es que los necesitamos tanto.

Gran verdad, no los necesitaban. Milford Haven estaba al cuidado de las mejores manos. Década tras década, las curanderas del pueblo cubrían todas las necesidades de atención médica de los habitantes. Era casi una cuestión de herencia en algunas familias. Los conocimientos eran trasladados de mujer a mujer, de abuelas y madres a hijas. Una cadena que nunca se rompía, pues las nuevas

generaciones nacían con el mismo afán, el de ayudar a sanar a otros. Las mujeres Böhm conformaban parte de ese selecto grupo, y la última descendiente de estas, Leah, era considerada una fuente de absoluta sabiduría en el ámbito de la salud. Todos estaban a la espera de que ésta trajera al mundo a un fruto de su vientre para colocarla en la cadena sucesoria. Pero de momento, con ya veintinueve años a cuestas y con doce años de aprendizaje y de práctica incansable, convertirse en esposa no era una prioridad para la señorita Böhm.

—Tú puedes dar fe de ello, Leah, ¿verdad? —Ethel Brooks echaba humo por la boca debido a la furia que contenía—. ¿Cuántas veces le he dicho que no ande por el pueblo descalzo? ¡¿Cuántas?! —resopló y se sostuvo el vientre con las manos, cargaba con un embarazo de ocho meses de gestación—. ¡Pareciera que una pierde la voz con cada hijo que trae al mundo!

—Tu madre tiene razón, Jacob —Leah puso todo de sí para que su tono vibrara con un mínimo rango de decepción y autoridad mientras extraía el anzuelo que el niño tenía incrustado en la planta del pie—, no puedes andar descalzo... y menos aún cuando juegas en la bahía.

—En especial cuando está en la bahía, ¡y sin mi autorización! —carcajeó su madre.

—¡Fui a ayudar a padre! —argumentó como defensa el pequeño Jacob. Tenía tan solo seis años recién cumplidos. Según él, esa edad le abría la puerta a las mismas actividades que sus hermanos mayores. Entre ellas, ir al puerto y ayudar a su padre con la pesca del día.

—¿Y quién te ha dicho a ti que tu padre necesita de tu ayuda? —La señora Brooks se abanicó con la palma de su mano. No era un día de mucho calor, pero en su condición era esperable ese tipo de sofoco. Más cuando este iba acompañado de las travesuras de su hijo más pequeño.

—¡Joseph y Jared lo ayudan!

Si la circunstancia fuese otra, Leah se hubiese tomado el atrevimiento de intervenir en la disputa familiar para calmar los ánimos. Lo consideraba también como una parte de su trabajo, no siempre el inconveniente mayor era lidiar con los enfermos o los accidentados; la reacción de los familiares ante lo ocurrido solía ser lo que se convertía en el peor de los obstáculos.

En esa ocasión, el intercambio de reproches entre madre e hijo le servía como un factor de distracción. Leah retrajo el anzuelo y se dispuso a desinfectar la herida. Sin duda, ardería.

—Lo ayudan porque tu padre se los ha pedido y porque tienen la edad suficiente para poder hacerlo. ¡Tú no!

—Auchhh... —gimió Jacob cuando la solución desinfectante recorrió su herida. Ante el gesto réprobo de su madre, apretó los labios para no quejarse.

—¡Ahora te la aguantas, Jacob! —Se acarició el vientre, elevó su rostro al cielo—. ¡Dios santo, si estás ahí y me escuchas, envíame una niña! —Sí, tres varones le eran suficientes. Jacob parecía estar dispuesto a convertirse en la oveja negra y cabreada de la familia.

—Jacob, ¿tú quieres que sea niña o niño? —Leah promovió la charla entre ambos, lo peor ya había pasado, solo restaba propiciar un buen vendaje.

—Me da lo mismo, siempre y cuando juegue conmigo —le susurró el pequeño. La diferencia de edad con sus hermanos era amplia, tenían ocho y diez años más que él. Estos se encomendaban a otras tareas y otros intereses.

—Te entiendo, al igual que tu madre, yo también le pedía al cielo. En mi caso, un hermano o una hermanita —le sonrió cuando finalizó con el vendaje—. Pero a mí no me escuchó. ¡Listo! —Acarició su mejilla y le agitó el cabello con la mano a modo de gesto cariñoso.

—¿Cómo que el cielo no te escucha? —dijo con un evidente tono de sorpresa. No, no se creía ese cuento—. ¡Si tú eres un ángel!

Leah rio a carcajadas. Ethel Brooks rodó los ojos y emitió un mudo «lo siento».

—Ya te he dicho que no soy un ángel.

—¡Pero si luces como los ángeles que están dibujados en el techo de la iglesia! —Para Jacob su creencia era irrefutable. Leah Böhm tenía el cabello blanco, un cabello largo y sedoso blanco como la nieve. Su piel también era blanca, tan blanca como la leche de las vacas recién ordeñadas. Y sus ojos eran del color del cielo. Un celeste claro de tarde de primavera. Sí, Leah Böhm era un ángel. Uno que sanaba a los enfermos y curaba las heridas.

—Pero no lo soy, simplemente he nacido así... —Ponerse a hablar de mutaciones genéticas para explicar la razón de su falta de pigmentación a un niño podría ser una tarea muy engorrosa. Además de ser una extraña bofetada de realidad. No solo Jacob creía que ella era un ángel habitando la tierra, otros niños también lo hacían. Y aunque pareciera absurdo, gran parte de los ancianos del pueblo también. Especialmente, cuando llegaban a su última etapa de vida.

—Buena suerte tratando de convencerlo —le dijo Ethel por lo bajo a Leah—. Agradece a Leah y métete a la casa Jacob —ordenó solo para poner fin a la conversación fantasiosa de su hijo. Estaban en el porche, pese a tener un poco de sensibilidad al sol, a Leah le resultaba más conveniente evaluar ciertas heridas con la luz del día. En especial en días nublados como ese. Las velas no alumbraban correctamente dentro de las viviendas.

—Gracias, Leah —Jacob hurgó en el bolsillo de su pantalón y extrajo dos nueces con cáscara—. Aquí tienes, las saqué del árbol para ti —sonrió satisfecho con su pago.

—Oh, muchas gracias a ti, Jacob. Intenta mantener ese pie... —le indicó antes de que el niño se adentrara a la casa corriendo. La dejó con la palabra en la boca— ese pie quieto por el día de hoy. —Tanto Leah como su madre resoplaron a la par. Sí, la resignación era la única alternativa viable.

—Si ni siquiera se toma la molestia de escuchar a un ángel... ¿Qué queda para mí, no?

—En momentos como estos, en verdad quisiera serlo... —bromeó Leah encogiéndose de hombros. Una reprimenda angelical quizá sería tomada en cuenta. Solo quizás—. Ethel, te recomiendo una infusión de camomila y descansar. Lo necesitas.

La mujer no era un primeriza, pero eso no quitaba el hecho de posibles riesgos en el último mes de gestación. Su movilidad, de por sí, estaba reducida por el peso del vientre. Eso la hacía dormir mal por las noches. Lo que le generaba fastidio y más agotamiento del habitual. Cualquier situación que le provocara un desequilibrio emocional podría inducir un parto prematuro. Leah la cogió por los hombros y le propició un masaje.

—Lo sé, y Jacob no colabora. Sabes qué creo, que tiene ganas de tener un hermano con quien jugar que intenta por todos los medios que nazca ya —gimió ante el placer que le brindaba el masaje cuando las manos de Leah llegaron a su cintura.

—Si necesitas algo, no dudes en hacérmelo saber... a mí o a Adele. —Así como conocían a Leah a lo largo y ancho de todo el pueblo, también conocían a Adele, su aya. Desde que su madre y su abuela habían muerto, casi dos décadas atrás, era la única referente familiar para ella. Por supuesto, la mujer también era dada al ámbito de la sanación y conocía sobre todas las hierbas medicinales existentes en la tierra.

—No te preocupes, en breve llega Vilma para ayudarme en estas últimas semanas. —Se refería a su hermana que vivía en las afueras de Milford.

—Me alegra saberlo —finalizó con el masaje—, pasado mañana regreso para cambiarle el vendaje a Jacob. —Cogió su maletín de consulta y se marchó con la tranquilidad de saber que la señora Brooks tendría compañía y asistencia.

***

—¿Cómo está el pequeño Jacob?

Oyó la voz de Adele ni bien atravesó la reja principal de la casona Böhm. Miró en derredor. No la halló por ningún lado, aun así, su voz había resonado como si estuviese a un par de pasos de ella.

—¿Desde cuándo eres invisible, Adele?

—Invisible no, omnipresente. Estoy en la cocina y estoy aquí... —Su voz se hizo más latente y Leah pudo seguir el camino que sus palabras le marcaban. La halló en posición de cuatro patas detrás de los arbustos de jazmines. Su trasero respingón asomaba por sobre estos.

—Lo único que es omnipresente aquí es tu trasero —se burló.

—No puedo contradecirte —Se puso de rodillas y elevó el torso a ella. Tenía las mejillas ardidas por el esfuerzo—, el señor Sheppard dice lo mismo; según él, ve mi trasero por todas partes —dijo riendo a carcajadas.

—Deja de hacer sufrir al señor Sheppard, no, mejor dicho, deja de coquetearle al pobre hombre si no vas a aceptar sus atenciones. —Estiró su mano para que Adele se cogiera a esta para incorporarse. Así lo hizo, una vez en posición vertical, la mujer exhaló y le sonrió.

—Cuando sus atenciones sean equivalentes a mis encantos, lo haré —dijo alzando el mentón. Deshizo el nudo de la cinta de la capelina que utilizaba cada vez que hacía labores al aire libre. Su larga trenza de cabello gris fue libre y cayó a un lado de su hombro—, mientras tanto, prefiero dedicarme a labores más interesantes.

—¿Tales cómo...? —Juntas se encaminaron al interior de la casa, las dos necesitaban un refrigerio.

—Tales como hallar el nido de la colonia de hormigas que está empecinada en destruir nuestros jazmines.

—¡Oh, no, con nuestros jazmines, no! —Exageró Leah, sabía que eran las flores favoritas de Adele. Además de eso, las utilizaban mucho para infusiones y preparados para inducir el sueño.

—¡Exacto! A menos que el señor Sheppard sea un exterminador, poco me importa en estos momentos.

Una vez dentro de la casa, Leah dejó su maletín de consulta en la mesa del hall. Se quitó su gorro con protección de tul y, al igual que Adele, lo colgó en el perchero. Ella debía protegerse constantemente del sol, sin importar cuan nublado estaba el día.

—Puede que lo sea, eh... Yo creo que si tú se lo pides, el hombre es capaz de exterminar todas las hormigas de Milford Haven.

Adele torció los labios e hizo una mueca de incredulidad.

—¡Ese hombre es incapaz de preparar un té como dios manda, con eso basta para poner en duda todo lo demás! —carcajeó y sin pausa, se dirigió a la cocina. Hablando de infusiones, prepararía una para ellas con unos emparedados.

Por su parte, Leah se encaminó hacia el aseo contiguo a la escalera principal. Estaba habilitado para que los visitantes pudiesen higienizarse. Aunque las visitas eran escasas. Su función solía ser visitar a otros, generalmente por cuestiones de asistencia médica. En cualquier caso, Leah, que pasaba más tiempo fuera de casa, lo utilizaba a diario, por eso Adele siempre mantenía el suministro de agua de rosas en aquel pequeño espacio.

El agua de rosas no solo le resultaba refrescante, sino que también contribuía a la limpieza de su rostro, hidrataba su piel y eliminaba la hinchazón y el enrojecimiento causados por la exposición al sol. Además, debía reconocer que oler a rosas siempre le alegraba el ánimo.

—Al final, no me has respondido... —habló en voz alta Adele desde la cocina, había oído los pasos de Leah, sabía que estaba en el salón y podía oírla—, ¿cómo está el pequeño?

—Ansioso... creo que está ansioso —rio Leah mientras tomaba asiento junto a la mesa.

—¿Qué le sucedió en esta ocasión? —Semanas atrás, se había lanzado rodando por la colina con otro de los niños. El resultado, tres moretones y un corte en la frente que requirió dos puntadas.

—Se le incrustó un anzuelo en la planta del pie.

—¡Dios santo, ese crío! —exclamó como si ella misma sintiera el dolor.

—Sí, le he dicho a Ethel que se preparara una infusión de camomila, pero creo...

—¡Que Jacob lo necesita más que ella! —completó Adele, traía consigo una bandeja con té y emparedados. La depositó en la mesa y tomó asiento al lado de Leah. Rellenó las tazas con Earl gray, el favorito de ambas. Colocó en un platillo un emparedado y lo deslizó sobre la mesa junto con la taza de té.

—Uh, emparedado de pavo con pepinillos y mostaza. —Leah reconoció el manjar al instante, ni siquiera tuvo que abrirlo, con su olor le bastaba. Lo comían en ocasiones de celebración—. ¿A qué se debe el honor? —dio su primer mordisco.

—A la buena noticia del día... —informó Adele luego de sorber té. Hizo una pausa al ver que Leah la interrogaba con la mirada.

—¿Qué tan buena? —Otro mordisco.

—Para mí, muy buena. Para ti, ya lo veremos. —Adele cogió su emparedado, lo acercó a sus labios y antes de que pudiera deleitarse con él, la mano de Leah se lo impidió. La detuvo por la muñeca.

—Habla, no te hagas la enigmática.

—Pues si no soy enigmática contigo… —Miró en derredor, estaban solas. Siempre solas. No había más familia, el padre de Leah era una figura a la distancia, una misiva mensual, al igual que una cuantiosa suma de dinero que les permitía una vida cómoda y con algún que otro lujo. Por fuera de eso, Viktor Schwarz no era más que un eco en esa casa. Un fantasma. Y no precisamente de los buenos, sino de los que atormentaban a los mortales—, ¿con quién más lo seré? —Cuando vio que Leah alzó una ceja, agregó al instante—. ¡Ni te atrevas a mencionar a Sheppard!

—No es necesario, tú sola lo mencionas siempre que puedes —destacó. Aunque Adele lo negara, el hombre revivía a alguna que otra mariposa muerta en su estómago—. Pero hoy vamos a dar ese asunto por zanjado, vamos a lo importante... —Alzó el emparedado.

—De acuerdo, lo importante: Lo importante es Michael Wagner.

—¿Y por qué Michael Wagner es importante? —indagó sin mucho atisbo de curiosidad. Pensó que la sorpresa sería otra, una que fuese de su interés, no una nueva visita circunstancial al pueblo. Mordió otro trozo de emparedado de pavo.

—Porque es el nuevo médico rural de Milford Haven.

Leah se atoró con el emparedado. Tosió. Cogió la taza de té y sorbió con desesperación. Adele le palmeó la espalda.

—¿Qué has dicho? Repite lo que has dicho —dijo entre respiraciones agitadas.

—He dicho que tenemos un nuevo médico rural y su nombre es Michael Wagner.

—¿Y cuándo va a arribar a Milford Haven?

—Tiempo pasado, mi querida. Ya está en Milford Haven, llegó esta mañana.

Y así, hablando de fantasmas y de seres con cualidades omnipresentes... así fue como Leah desapareció. Se esfumó. De un segundo a otro, abandonó su tentempié de pavo, su té y se lanzó a la carrera. Hasta los jazmines se agitaron cuando pasó junto a ellos corriendo a la velocidad de un rayo.

Adele se echó a reír a carcajadas.

—Ay, mi niña... mi querida niña —Habló sola con la taza humeante pegada a sus labios—, por

lo que he oído del tal Wagner, dudo mucho que sea una buena noticia para ti.

Capítulo 2



—¿Es usted Michael Wagner? —La mujer al otro lado del mostrador lo miró a través de unas grandes gafas de leer, los ojos enormes y distorsionados se fijaron en él. Serge avanzó por el acotado lugar, dos pasos bastaron para que la punta de su pie tocara la madera del mostrador. Disimuló el impacto al escuchar su viejo nombre, Michael Wagner. Le parecía ajeno, de otra vida, de una que había quedado truncada en Viena. Dejó el maletín en el suelo, junto a él.

—El mismo —respondió. Hizo una torpe reverencia muy bien entrenada y dejó que sus gafas, las cuales no tenían aumento, resbalaran por su recta nariz hasta la punta. Se enderezó y las acomodó con un manotazo. La mujer frente a él lo estudió con detenimiento, chasqueó la lengua ante su veredicto.

—Es usted más joven de lo que me esperaba.

Serge arqueó las cejas, ese gesto no fue estudiado. Simplemente no pudo evitar la sorpresa ante la observación de la mujer.

—Gracias, supongo. Hace años que nadie me dice joven.

—Pues es joven para Milford Haven, eso téngalo por seguro. Y joven para el empleo que solicita.

—Y, sobre todo, demasiado joven para permanecer —dijo una nueva voz que se sumaba de improvisto. Serge no la había escuchado entrar, de pronto, esa presencia fantasmal estaba a su lado. Olía a ungüentos y hierbas recién cortadas, exactamente como la boticaria en la que se hallaban, y su voz melodiosa, hablando un inglés algo endurecido por el acento galés, sonaba como una brisa que se colara por la ventana.

No obstante, no fue eso lo que hizo a Serge estremecer. Él no creía en fantasmas. Lo que lo llevó a sentir que la piel se le erizaba, el corazón bombeara frenético y deseara estrangular a esa extraña dama era haberla reconocido. Se trataba de Leah Böhm…se trataba de su víctima.

—No se quede mirando así, es de mala educación —dijo la boticaria, y Serge se dio cuenta de que tenía la boca abierta.

—No te molestes, Uma, estoy acostumbrada a esas *miradas*.

Se refería a las que suscitaba el hecho de ser albina, pero nada de esa curiosidad alimentaba el escrutinio de Serge. Era saberla la hija de su enemigo lo que lo impulsaba a evaluarla descaradamente.

—¿Esas *miradas*? —El doctor Amberg, o debía decir, Wagner, era menester recordárselo, pasó a la acción de inmediato. Un tropezón no era caída, además no se podía empujar a un hombre que ya se había arrojado solo al abismo—. ¿Cómo cree que la miro, señorita Sch…? —Cerró la boca antes de terminar de meter la pata. ¡Qué demonios le sucedía!—. Señorita… —completó a falta de «presentación».

—¡Oh, un hombre de ciudad! —intervino Uma, y por fin se quitó las gafas. No se hizo gran favor, tenía unos iris acuosos, producto quizá de una ceguera por exceso de azúcar—. De esos que esperan presentación para hablar con una dama. —Se echó a reír—. Pues si implementa esos modales por aquí, terminará por hablar con las plantas. Para empezar, cuando los hombres salen a la pesca, quedamos únicamente las mujeres. En conclusión, doctor Wagner, tendrá que adaptarse a los modos *relajados* de aquí…

—Por lo menos hasta que comprenda que este mundo de mujeres no necesita médicos hombres —completó Leah y soltó su maletín junto al de Serge. Lo de venir a por hierbas era un pretexto, luego de que su aya le hubiera dicho de la presencia del doctor, necesitó verlo con sus propios ojos. ¡Y vaya resultado! Si bien no era *joven*, estaría más cerca de los cuarenta que de los treinta, resaltaba en comparación a sus precursores. Además, claro, de que su acento era más que citadino… era germano. Leah podía reconocer ese acento sin esfuerzo, hasta detectar de qué parte de Europa provenía. Esas erres, esa forma de pronunciar las th… No era alemán como su padre, era austriaco. ¿Qué demonios hacía un austriaco, relativamente joven, en un pueblo olvidado de Gales?

—Veo que la hospitalidad no está entre las cualidades de este bello lugar —ironizó él—, y tal entiendo, lo que este sitio necesita es un médico y punto. Y eso soy yo. ¿Hace cuánto que comenzó a perder la vista, señora Tames?

—Vaya…pensé que miraba a la señorita Böhm por sus rasgos, pero ahora veo que era interés científico —dijo la mujer, al notar los ojos de Serge en ella, estudiándola con detenimiento. Leah sonrió.

—Has sido ilusa al pensar que sería de otra manera —agregó la aludida.

—¿De qué manera creía usted que miraba a la joven…Böhm? —fingió inocencia, era la mejor forma de incomodar a alguien que intentaba incomodarte a ti. Emplear el truco de «explica la broma» o «explica el sarcasmo». O bien los hace reconocer el doble sentido de sus palabras y el interés oculto en ellas, o bien los hace quedar como imbéciles. Si esas dos damas se comían el cuento de que se enfrentaban a otro ingenuo mequetrefe de médico rural, se llevarían una ingrata sorpresa.

En efecto, Uma Tames se sonrojó hasta la raíz de sus cabellos y se dejó estudiar por el médico. Antes de que soltara el diagnóstico, Leah se adelantó:

—Un glaucoma.

—En efecto, un glaucoma. Me sorprende que sepa el término adecuado, habitualmente se lo confunde con cataratas.

Uma Tames volvió a ponerse las gafas, no porque las necesitara, llevaba tanto tiempo lidiando con su enfermedad que había desarrollado el resto de los sentidos para valerse sin el de la vista. Lo hizo para cubrir su rostro y no delatar las expresiones.

—¿Quiénes habitualmente lo confunden con cataratas?

Serge no pudo evitar sonreír, lo cual fue un error, porque sus sonrisas eran ladeadas, sarcásticas y frías. Esperó que sus falsas gafas hicieran el trabajo de ocultar sus ojos sin vida, sin humor.

—Los médicos…*touché*…—reconoció. Esa muchacha no solo era la hija del enemigo, era…era una jodida arpía.

—Y por eso aquí no los necesitamos, nos valemos muy bien solos. La mayoría de los

problemas que aquejan a la sociedad son de índole femeninos y ustedes…

—¿Ustedes…quiénes?

—¡Los médicos! Ustedes, los médicos, no se han tomado siquiera el trabajo de estudiarlos. Mucho menos de sanarlos. De modo que…—Hizo un gesto con la mano en dirección a la puerta.

—¿A qué se refiere con problemas de índole femenino, señorita Böhm? —Se moría de ganas de ahondar en el desprecio a la profesión de la medicina. ¿Era un problema con papá doctor?, ¿conocía lo que ese *ustedes* implicaba? Leah Böhm era un peligroso enigma para Serge Amberg. Un enigma que debía resolver sin emplear sus métodos de psicólogo, sino siendo un simple y aburrido médico rural llamado Michael Wagner.

Fue el turno de Leah de reír. La señora Tames por poco se desmaya ante el pavor.

—Conmigo no le funcionará esa técnica —agregó Leah en un susurro apenas audible—, si conociera a mi padre no pensaría que puede manipularme con jueguitos de la mente…

Serge la oyó, le costó mantener la compostura.

—¿Su padre?, ¿el señor Böhm? —¿Usaba Viktor una segunda identidad?, era una posibilidad, de hecho, sería una estrategia compartida.

—No hablamos de mi padre —cambió ella de tema—, sino de los problemas que aquejan a las mujeres, ¿recuerda? Como el sangrado lunar, el parto, el momento en que se retira la regla…ya sabe.. o tal vez no…

—Y conmigo no le funcionará lo de apelar a las normas sociales, ¿eso también se lo ha enseñado el señor *Böhm*?

—Su padre se llama Viktor Schwarz —intervino la boticaria, molesta por el curso de la conversación. Si bien Leah era una mujer libre, moderna y ¡curandera!, hablar del sagrado femenino frente a un hombre estaba mal en todos los escenarios posibles, incluido el remoto Milford Haven.

La mención de Viktor puso a Serge en guardia, algo en su reacción lo delató.

—¿Lo conoce? —preguntó Leah, con cautela. Por un instante se la vio vulnerable, Amberg se preguntó si el muy maldito había hecho experimentos con su propia hija y se odió porque aquella idea le irritara. ¡Qué demonios le importaba la jodida hija de Viktor Schwarz! Apretó los dientes.

—Solo de nombre —mintió—, su fama de médico…mmm…excéntrico lo precede.

—Entonces, ¿estuvo en Londres?

—Sabe, señorita Schwarz…

—Böhm. Señorita Böhm, empleo el apellido materno…

—¿Por algo en especial?

—Por lo que ha dicho, la fama de mi padre lo precede y se ha ganado un par de enemigos en el camino.

¡Mierda! Serge maldijo por lo bajo, la premura, la desesperación ante la idea de que Viktor escapara una vez más lo había empujado a obrar apresuradamente. Nada de lo que había esperado hallar en Milford Haven resultó bien. Leah era mayor de lo que presupuso, menos inocente y, tal vez, menos maleable a la hora de llegar a su padre. Pero ya estaba en el baile, solo restaba bailar.

—Veo… no estaba al tanto de sus enemigos. Tampoco me interesan —volvió a mentir—, lo cierto es que he dejado Londres porque detesto el cotilleo, el tráfico de influencias y que la medicina se haya convertido en un concurso de popularidad. Yo he venido aquí a hacer ciencia, y ciencia haré. Señora Tames, deje los azúcares y reduzca las harinas. ¡Y deje de usar esas gafas! Le pueden servir para leer alguna letra pequeña, pero no hacen más que forzarle la vista. Emplee una lupa en el momento de necesidad y trate de que esos momentos sean reducidos.

—¿Y cómo trabajaré?

—¿Y cómo lo hará cuando quede, además de ciega, sin una pierna?

La señora Tames se cubrió la boca ahogando un grito. La mano de Leah impactó en su bíceps.

—¡Cómo osa hablarle así!

—Veo, no se estilan los médicos y tampoco la verdad. Por eso disfrutan tanto de las curanderas. Pues bien, señora Tames, allí tiene una ventaja. Con tanto oscurantismo no necesitará los ojos. Por cierto, ¿mi habitación?

—E-en la planta alta…

—¿De verdad va a quedarse? —lo increpó Leah.

—No soy tan fácil de espantar, señorita Schwarz…

—Böhm —lo corrigió una vez más—, señorita Böhm.

Serge le sonrió, Leah dio un paso atrás. ¡Mierda!, pensó Amberg, algo en ella le hacía perder los papeles, el temple, la jodida fachada de inocente médico rural. Tendría que recomponerse si quería adaptar su plan y por fin alcanzar a Viktor Schwarz.

La habitación sobre la boticaria era tan pequeña que apenas podía andar. El techo abuhardillado le permitía estar de pie mientras se mantuviese en el centro geométrico de la sala. Bajo la ventana inclinada se disponía un escritorio, o, mejor dicho, una simple mesa de madera, puesto que ni cajones tenía. Contra la pared enfrentada, una cama simple. ¿Zona de aseo?, ¿qué era eso? El excusado estaba afuera, a unos diez metros de la tienda y casa de la señora Tames. Bien haría en hacer sus necesidades temprano y no beber más agua pasadas las siete de la tarde si no quería exponerse a las inclemencias del tiempo para ir a orinar. ¿Tina? Ja-ja. O bien se valía de un cubo de madera y de un paño o… o de nuevo, a vérselas con el frío de Gales.

Él prefería lo segundo. Tantos años en la miseria y en la suciedad, más tantos otros en el estudio de la medicina, habían hecho de Michael Wagner y de su nuevo yo, Serge Amberg, un maniático de la higiene.

Sin embargo, no sería la falta de un buen baño el mayor de sus problemas, sino la misma Leah Schwarz. ¡Böhm!, se corrigió. Leah Böhm.

—Joder con esa mujer. —Abrió su maletín y buscó su libreta. Esta se abrió por la hoja en que la foto de Leah estaba guardada—. ¿No puedes hacerla fácil por una puñetera vez, Viktor?

La foto era de una niña, no había previsto que fuera de más de diez años atrás. Había notado que la niña era albina y dedujo erróneamente que por eso la ocultaba Schwarz. Un *error evolutivo* en su propia sangre resultaba ser una enorme ironía de la vida.

Si bien algo de razón había en su presunción, no era esa la historia completa. Y Serge necesitaba saber más para poder ejecutar su venganza. Necesitaba todo.

Por fortuna, en Milford Haven, la aprensión a los forasteros no les quitaba lo cotilla. Un par de visitas médicas y sabría todo sobre Leah Böhm, empezando por la verdadera razón de que usara el apellido de su madre.

Aunque si era honesto, eso no escondía gran misterio, sino la llave para llegar al doctor Schwarz.

—Viktor…Viktor…tanto incordiar con las *debilidades* y tú tienes una del tamaño de Gales. —Sonrió. Había un ejercicio que hacían los psicólogos y que él había aprendido en su formación, al igual que en su paso como *auxiliar* del proyecto Prometheus, y era construir un perfil o identidad psicológica del paciente. Lo había hecho con Franz, con Marcus, con Tobías…por supuesto, con Alexa, y venía listo para hacerlo con Leah. Se trataba de descubrir qué los impulsaba, cuáles eran sus deseos y motivaciones, qué los hacía reaccionar.

Ahora entendía que había sido un imbécil. O, si era bueno consigo mismo, un imbécil a medias. Tan interesado estaba en convertir a esos superhombres en demonios que había pasado por alto el paso fundamental: convertir al demonio en hombre. Quitarle a Viktor su poder monstruoso y verlo como un simple mortal.

¡Debía hacer un perfil de Viktor Schwarz! Y Leah era la pieza fundamental.

¿Por qué protegía a su hija? Ese era el puntapié inicial.

La cama era incómoda, el colchón estaba lleno de huecos, compadeció al anterior médico, el doctor Faber. Seguro no fue la vejez lo que lo hizo encorvarse y retirarse con dolor de huesos a vivir sus últimos días en Bath, sino esa habitación del demonio.

Serge se puso de pie, fue a por su petaca y sorbió un trago de whisky.

—A tu salud, doctor Farber. —Elevó la mano en un simbólico brindis y optó por mantenerse lejos de la cama. Lo único que restaba era una silla igual de incómoda, fue a por ella, apoyó su trasero y dejó que sus ojos, ya sin gafas, se perdieran por el paisaje a través de la ventana—. Al menos las vistas son hermosas —dijo, y, como si el destino se burlara de él, entre el mar y el verdor de los árboles, una dama albina se inclinaba a recoger hierbas.

Al demonio el buen humor. Bebió otro sorbo, pero ya sin permitirse el sarcasmo, sino con el afán de enfocarse en Viktor Schwarz, en la mente de su enemigo y en qué rol jugaba su hija en ese gran tablero de ajedrez en que había convertido el mundo.

¿Peón o reina?

—Rey… ella es el rey, ¿verdad, viejo amigo? —Soltó una carcajada al entenderlo. Se inclinó sobre la mesa y le habló a esa blanquecina figura que debía acorralar para hacer Jaque mate—. ¿Sabe, señorita Böhm, por qué supe que el amor obsesivo era el medio para despertar a los demonios Prometheus?, ¿lo imagina, mi dulce, dulce víctima?

No, cómo podría…cómo podría alguien pensar que Serge Amberg había amado de ese modo. Hondo, único…obsesivo. Cómo podía alguien sospechar que ese amor aún lo impulsaba, como el fuego de una caldera, que incluso hecho brasas echa el calor suficiente para seguir generando vapor. Cómo podría alguien adivinar que hubo un tiempo en que Michael Wagner amó.

Él supo que ese sería el motor de los Prometheus, porque era su motor. Bastaba encontrar el objeto de ese deseo obsesivo y zaz…liberabas al demonio.

Sin embargo, eso lo vio Serge, no Viktor. ¿Por qué?, ¿porque Serge era más listo que Viktor? No…No. Jamás subestimaría a Schwarz, eso podría costarle carísimo. Eran sus historias, el pasado que habitaba en el inconsciente y los hacía obrar. Michael había amado y veía en el amor una pulsión, Viktor había amado, o lo más parecido a eso de lo que era capaz, y…

—Y ve en eso una debilidad —completó en voz alta—. Quisiste quitarles a los Prometheus la capacidad de amar para hacerlos más fuerte que tú. Porque tú la quieres a tu manera… a esa niña albina que para ti es un *error evolutivo*. Aunque sea mujer y la consideres inferior… es sangre de tu sangre, la única forma de ganarle al futuro, y eso te obsesiona tanto que renuncias a ella, le permites no llevar tu apellido, te sometes a la humillación de mantenerla en las sombras cuando ansías gritarlo a los cuatro vientos…Mostrar que tú también has dejado huella en el mundo, que la sangre Schwarz habitará aún cuando no estés. Oh, sí, mi odiado y despreciado amigo, el destino es un puñetero hijo de perra.

Serge sintió que su corazón se aceleraba ante la expectativa. Uno siempre termina por crear el veneno que te mata, Schwarz podría haber impedido que su hija se convirtiera en su debilidad si hubiese entendido el poder del amor. Pero no, su error le costaría caro, y era hora de que pagase cada uno de sus pecados.

Por un instante, un pensamiento atravesó su mente y lo hizo tambalear. ¿Era Leah inocente?, ¿sabía ella quién era en verdad su padre o realmente creía que se trataba de un *excéntrico* médico con celosos colegas como enemigos?

Sacudió la cabeza, la vació de esa molesta vocecita. Brunilda había sido inocente, la sangre de Viktor Schwarz pagaría por ello.

—Es hora de dar un paseo por el pueblo, hace tiempo que este lugar necesita un doctor. —Se puso de pie y abandonó la habitación.

Capítulo 3



Un enorme espejo estaba delante de él. El hombre que se veía reflejado no se le asemejaba en nada, era un extraño. O no tanto, porque cuando el reflejo sonrió, la certeza de su identidad se hizo presente.

—Serge…

El hombre negó con la cabeza. Él buscó en el bolsillo de su chaqueta el colgante púrpura, ese que solía ser de Brunilda, pero no lo halló.

—¿Buscas esto? —Tendió la mano hacia su reflejo, intentó coger el colgante—. No, no… El colgante es de Michael Wagner y tú no eres Michael. Tú eres Serge Amberg…

—No…

—Sí, ¿no es por eso por lo que me mataste?, ¿para ocupar mi lugar? Michael está muerto, Michael murió con Brunilda. Tú eres yo…

El reflejo se guardó el colgante, él intentó alcanzarlo y solo cayó al vacío. Con esa sensación de estar cayendo y con la mano sobre el colgante, se despertó Serge Amberg en la habitación de la boticaria. Tenía la respiración agitada, la frente perlada por el sudor y el corazón acelerado. No era la primera vez que soñaba con el verdadero Serge Amberg, pero casi siempre se trataba de sueños ansiosos. Que alguien lo reconocía, que se encontraba con un viejo amigo o un familiar… Esa ocasión era distinta.

Se incorporó y fue a por su libreta, comenzó a escribir el sueño sin pensar en las palabras. Luego las analizaría, vería qué quería decirle su jodido inconsciente. Necesitaba tenerlo bajo control, no era hora de dudar, estaba a un paso de conseguir su venganza. Entonces sí, entonces Serge Amberg moriría de una vez y para siempre, ¿y Michael…?

Su sueño estaba en lo cierto, Michael había perecido junto a Brunilda; el fin de Viktor Schwarz era el fin de la vida tal y como la conocía hasta ese momento. Era un hombre sin futuro, su existencia estaba anclada en el pasado, en Viena, hundida en el Danubio.

Cerró su libreta, leería sus palabras más tarde, cuando pudiera estudiarlas con frialdad. De momento, tenía otras cosas que hacer, como, por ejemplo, socavar más información sobre su víctima y descubrir la forma de usarla para que Viktor viniera a por él. Cuando estuviera seguro, le escribiría a Alexa para que pusiera sobre aviso a los Prometheus. Eran ellos quienes merecían llevar el puñal, él, en cambio, prefería ocupar el lugar de juez. Era quien había sentenciado a Schwarz, pero no le correspondía ser el verdugo. La muerte era el final del dolor, él no sería quien lo librara, no cuando

podía ser quien lo infringiera.

Para eso necesitaba a Leah Böhm. Buscó en su libreta la foto de ella cuando era niña. Tenía los bordes quemados, la había hallado en el incendio del último hospicio, aquella ocasión en que casi lo atrapan. En el apuro, Viktor no pudo llevarse sus cosas, había lanzado todo al fuego y huido por el desagüe del castillo. Pero no había conseguido destruir todo, la foto de Leah había esperado a por Serge como una señal del destino. Al principio creyó que se trataba de un caso más, de una niña más del experimento; necesitó analizarla con frialdad para atar cabos y concluir que no podía ser una Prometheus. Esa niña era alguien especial para Viktor Schwarz.

¿Podía el monstruo querer a alguien más que a sí mismo?, ¿era posible que tuviera una hija a quien protegiera?, ¿una debilidad?

Eso estaba por verse, aún desconocía las motivaciones detrás de las acciones de Viktor con respecto a Leah, solo tenía en claro una cosa: era el camino para llegar a él. La fotografía, a diferencia de las que unía a los expedientes, estaba coloreada por un profesional; se solía hacer eso, entregar la fotografía sepia a un experto que, sobre ella, ponía colores con tintes especiales para darle vida. A su vez, la niña de la fotografía lucía un vestido de muselina con volados y en sus ojos blanquecinos brillaba la vida.

No, definitivamente no era una Prometheus. En los Prometheus no había color, ni brillo, ni vida… eran imágenes vacías de niños torturados. Leah desconocía los horrores de esos hospicios. Al menos, en carne propia, ¿podía ignorar lo que hacía su padre?

Eso era algo que necesitaba averiguar. Había arribado a Milford Haven con la idea de que encontraría a una muchachita joven, a quien podía manipular para que contactara a su padre o incluso ponerla en riesgo para hacerlo salir. Se había encontrado con una mujer hecha y derecha, libre y decidida, a quien le costaba otorgarle el beneficio de la duda.

—Es usted demasiado joven —repitió con voz burlona, mientras se encaramaba en una duna de arena y soportaba que parte de esta se colara por su zapato—. Joven y un demonio, ni a los veinte años tenía el ánimo de soportar estas inclemencias.

El viento azotaba por detrás, los granos de arena se convertían en cuchillas que se le clavaban en la piel. Huelga decir el olor a pescado podrido, ¿qué condenado médico recetaba ir al mar cuando a las personas le aquejaban los problemas pulmonares o emocionales? ¡Payasos! El lugar indicado era el clima seco de montaña de la zona alpina de Austria, con sus lagos y sus deliciosos platillos de cordero estofado, queso y embutidos.

—Todo este esfuerzo para coronar mi día con pescado hervido y patatas —siguió gruñendo. No era que le faltara el aire, le dolieran las piernas o realmente esa jodida duna fuera un impedimento para sus metas. Había enfrentado obstáculos más altos en su vida, figurados y literales. Por ejemplo, había estudiado medicina siendo él casi analfabeto. ¡Vaya si eso no había sido una duna del tamaño del Mont Blanc! Pero lo había logrado, con determinación, con Brunilda en su corazón y el maldito de Viktor Schwarz en su mente se había enfrentado a ese obstáculo y más. Había lamido las botas de las personas correctas en Viena para conseguir acercarse a la nueva rama del psicoanálisis y así llamar la atención del jefe del proyecto Prometheus. Soportó años como auxiliar de Chamberland, lo suficientemente cerca de su objetivo y aún demasiado lejos para actuar. Se mantuvo en las sombras, paciente, haciendo su trabajo de psicoanalista hasta despertar a los demonios…

¡Claro que podía con todo!

Pero ascender esa duna para ver a la señora Cameron y su problema de *diarrea crónica* era algo que no escondía encanto alguno. Menos si no estaba seguro de conseguir con ella la información

que buscaba. El señor Boat sin dudas no había tenido la menor intención de hablar de Leah Böhm, su padre y su enigmática madre. En parte por lealtad, y en parte porque el problema a tratar por el médico rural era una carie. Apenas podía hablar el condenado y, cuando abrió la boca para la inspección, fue Serge el que decidió que haría lo posible para que la mantuviera cerrada.

—Ese hombre tenía media boca podrida —dijo al llegar a la cima. Se enderezó, acomodó su chaleco y se inclinó para sacarse los zapatos y liberar el desierto del Sahara que había quedado en ellos. Como fuera, le tuvo que sacar la muela. Después de eso, hablar era directamente imposible. Adiós carie, adiós chisme. Esperaba que la señora Cameron tuviera mejor predisposición a hablar y mejor aliento.

Llamó a la puerta y lo que se encontró fue al chisme en persona.

—Señorita Sch… Böhm. —Hizo una reverencia. Ella le abrió el paso y le dejó entrar. Sus pantalones negros rozaron el algodón de la acampanada falda azul de la mujer. Era un color que le sentaba de maravillas, resaltaba la blancura de su piel, de sus cabellos… a la vez que la mostraban como una mujer práctica, poco dada a la vanidad. El atuendo lo completaba una camisa de cuello alto, blanca, y una chaqueta de lana que terminaba justo en su estrecha cintura.

—Empiezo a sospechar que lo hace a propósito.

—¿Cruzarme en su camino? Claro que no, al parecer nos empleamos en la misma área, señorita, la de la salud. —Guardó las inútiles gafas, se quitó el sombrero, y la falta de aceite de peinar, más el viento y la sal del mar hicieron lo demás. Su cabello rubio perdió la forma rígida con la que solía dominarlo para caer sobre su frente gracias a su rebelde remolino central.

—M-me refería a fingir que confunde mi apellido con el de mi padre.

—Oh, claro. Lo siento. —Sonrió, volvió a esconder la sonrisa al recordar que no se le daba bien ese gesto—. ¿De dónde habré sacado eso del apellido paterno? ¿de que los hijos llevan el apellido del padre? Ya sé…¡del sentido común!, ese que no habita en Milford Haven.

Joder, Michael, se reprendió mentalmente, *necesitas llegar a ella, no espantarla. Deja tu «encanto» fuera de esto.*

—Si no le gusta, puede irse.

—No se deshará tan fácil de mí, señorita *Böhm* —resaltó su apellido. Bien, no le estaba funcionando eso de dejar de ser un provocador. Preguntarse por qué ella despertaba lo peor en él era la incógnita más idiota del mundo. ¡Hija de Viktor Schwarz!, punto. Y su jueguito de emplear el apellido paterno no tenía como fin provocarla, ni ver si ella, con el fin de explicar el asunto, abría la boca… No. La finalidad era recordarse a sí mismo quién era ella. Porque si no… porque… tal vez.. quizá…

Podía encontrarla interesante.

Su apariencia no era lo único excéntrico en Leah. Su espíritu era tan extraño como su condición. Parecía que esa luz propia había decidido asomar por sus ojos, por su piel y su cabello para hacerla una digna hija de la luna.

Por eso necesitaba recordarse que no era hija de la luna, sino de la más profunda oscuridad. Era la hija de Viktor Schwarz.

—En tal caso, lo echaré yo, doctor —dijo la señora Cameron—, no me interesa que un hombre desconocido me revise. Es inmoral.

Serge arqueó las cejas.

—¿Hablar de heces es inmoral? Hasta la reina va de cuerpo, señora Cameron. —La mujer se puso roja como un tomate maduro. Él avanzó por la sala abarrotada de muebles y trabajos de costura. El fuego estaba encendido y hacía arder la sala, fuera el frío de la isla, dentro el verano caribeño.

—Por Dios, doctor Wagner, sus modos —lo reprendió Leah—. Así no conseguirá que la población confíe en usted.

—Mejor para usted, ¿no quería que me fuera? Tal parece que ahora me ayuda a que me quede. ¿Cambió de parecer en tan poco tiempo? —Leah frunció el ceño—. No se asuste, señorita —la provocó él—, entiendo su repentina reacción…pero no es que yo sea apuesto, es que en Milford Haven no tengo competencia. Ya volverá a verme feo de nuevo.

—Yo no…—balbuceó entre furiosa y avergonzada. ¡Vaya ego tenía ese hombre! Por desgracia, eso le dio ventaja a Serge, que pudo contraatacar a la señora Cameron. En efecto, lo encontraba un poco apuesto, si podía pasar por alto sus ojos fríos como témpanos y esa sonrisa socarrona que le otorgaba un aspecto de creerse superior a los demás.

—¿Qué está tomando? —Al ver que no le contestaba, fue a por los botellines y los abrió uno a uno—. Hierbabuena, canela, jengibre… Té negro. —Chasqueó la lengua—. Mal, muy mal. ¿Ve la deposición aceitosa y negra, como si defecara carbón?

—¡Yo no voy a hablar de eso con un hombre!

—Sí —respondió Leah, rendida. Había lidiado demasiado con el diagnóstico de la señora Cameron y la salud de su paciente estaba por encima de su orgullo. La mujer había perdido peso.

—Deje el té negro, puede seguir con la hierbabuena y la canela, aunque solo sea porque saben bien. Irá a la boticaria, y le dirá a la señora Tames que le prepare un extracto de sábila. Si consigue algo vivo en esta isla, mejor es hacerlo con la planta del aloe vera fresca, pero nos contentaremos con lo que tenemos a mano. Se preparará una infusión con eso…

—¿Una úlcera? —preguntó Leah. Lo había analizado, pero no tenía otros síntomas.

—Si fuese una úlcera, usted lo hubiera descubierto, señorita Böhm. No le creo a este charlatán.

—En tal caso, señora Cameron, le deseo lo mejor. —Se colocó el sombrero, dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta—. Oh, y espero que disfrute ese té negro. Tal vez prefiera café, le sentará de maravillas —y abandonó la vieja casa.

Leah gruñó, pateó el suelo y se volvió hacia la señora Cameron.

—Hágale caso al doctor. ¡En lo de ingerir sábila, no en lo de tomar café! En un momento regreso… —Fue tras los pasos del doctor Wagner, lo detuvo a unos metros de allí—. ¡¿Cómo se le ocurre sugerirle un café si piensa que tiene una úlcera?!

—¿Y por qué le preocupa si usted cree que estoy equivocado?

—No parece un médico…

—Pero lo soy. Usted lo parece, pero no lo es…recuérdelo, señorita Böhm.

Leah suspiró. Tenía un punto, podía ser que ella estudiase de los libros de su padre, pero no era médica.

—No creo que esté equivocado, no del todo. ¿Por qué piensa que es una úlcera? Además de…

—Porque caga con sangre.

—¡Doctor!

—Para ser curandera es usted demasiado remilgada.

—No me molestan los términos vulgares, doctor Wagner, sino los modos en los que trata a los pacientes. Parece olvidar que son personas y no *objetos de estudio*.

¿La mismísima hija de Viktor Schwarz acababa de soltarle un discurso de humanismo en la medicina? ¡Joder que el mundo se había vuelto completamente loco! Apretó los dientes. Decidió obviar la corrección de ella e ir al grano.

—Seguramente la señora Cameron enviudó hace poco…

—¿Cómo lo supo?

—Lleva el anillo, pero no hay objetos masculinos en la casa, salvo una vieja silla… se deshizo de todo por el duelo, pero sigue percibiéndose casada. Por increíble que parezca, amaba al señor Cameron.

—¿Por increíble…?

—¿Le resultan comunes los casamientos por amor, señorita Böhm?

—Es usted un cínico…

—¿Y eso en qué nos ayuda al diagnóstico? —rebatió Serge. Pudo jurar que ella gruñía.

—Prosiga.

—Así que la señora Cameron no le dijo nunca que «le dolía el corazón», porque asumió que ese dolor era emocional y no físico. El romanticismo es una plaga… —Leah abrió la boca, él se le adelantó—. Ya, ya, soy un cínico.

—Iba a decir que es usted insoportable.

—Como sea, usted conoce la vida de cada uno aquí, así que pensó: ha perdido a un ser querido, está muy deprimida, y ¿qué órgano es el que responde primero a lo emocional?, ¿el corazón?

—No, el intestino.

—¿Quién es la romántica ahora, señorita Böhm? ¿Se imagina declarando su amor, diciendo «lo quiero con todo mi intestino»?

Pese a todos sus esfuerzos, Leah fue incapaz de contener la carcajada. El doctor Wagner tenía razón, el intestino era más emocional que el corazón en ocasiones. No siempre, no cuando este se aceleraba en un primer encuentro, ni cuando se encogía ante la angustia… pero con las emociones duraderas, como la pena, la soledad, el abandono… era el sistema digestivo el que evidenciaba las señales.

—El dolor en el pecho en realidad era en la boca del estómago —concluyó la señorita Böhm.

—La pérdida de sangre es lo que le provoca la debilidad, además de que los ácidos del estómago yendo al intestino le impiden la buena absorción de los nutrientes, rompiendo el equilibrio… en conclusión…

—¿Cree que la úlcera se cerrará sola o…?

—Hasta aquí llegó mi ciencia. Puede que sí o puede que la señora Cameron quiera seguir a su esposo al más allá…

Sin darse cuenta, habían caminado casi una milla mientras conversaban. El viento marino jugaba con los cabellos, que danzaban algo rebeldes en torno al rostro de la mujer. Los dos eran de paso ligero y decidido, además de que parecían retarse a una carrera, no solo intelectual, sino también física. ¡Y ninguno de los dos había perdido el aliento!, aunque Leah no podía dejar de pensar que sí había sido vencida por el doctor.

Era la primera vez que le sucedía, los médicos anteriores no habían aportado nada nuevo. A Milford Haven llegaban los viejos decrépitos que buscaban jubilarse más que seguir con su profesión y los expulsados, esos que tenían casos de mala praxis en las grandes ciudades y arribaban a los pueblos olvidados porque allí no llegaban las noticias del mundo.

—¿Por qué está aquí, doctor Wagner? —preguntó Leah, tras ese silencio meditabundo—. No da el pego, ¿sabe? Ni viejo, ni escandaloso.

—Oh, pero me temo que lo segundo… —Al haber capturado la atención de ella, siguió—. Tuve una amante, en Londres, lo nuestro se supo, el esposo me retó a duelo —Leah se cubrió la boca con las manos—, pero yo me defendí. Lo maté, y la esposa al verse envuelta en el escándalo, sin marido ni amante, se suicidó… así que…

—¡Oh, por Dios…! —Serge se echó a reír, se dobló por la mitad y dejó que las carcajadas le alivianaran el pecho—. ¿Era broma?, ¿mentía usted? —Leah lo golpeó en el hombro, y, al ver que el hombre no dejaba de reír, le dio un puñetazo sin mucha fuerza en el pecho—. ¡Usted tiene un sentido del humor demasiado retorcido!

Serge recuperó el aire. La cogió de las muñecas y la soltó como si quemara. Dio un paso atrás, el humor aún se adivinaba en su sonrisa, pero ya había abandonado sus ojos. Había olvidado volver a ponerse las gafas del disfraz. Leah quedó prendada de ellos, eran demasiado bonitos para ser tan fríos y distantes, pensó.

—Usted quería un chisme y eso le he dado. Está decidida a desconfiar de mí, de mis intenciones…así que sí, le tomaba un poco el pelo.

—Insisto, tiene un sentido del humor retorcido.

—Soy retorcido —murmuró, aprovechando que el viento de la isla se llevaría sus palabras—. Ahora es mi turno de preguntar, ¿por qué desconfía de los médicos, siendo hija de uno?

—Oh, no, no…nada de esa charlatanería conmigo, que la conozco muy bien.

—¿Qué charlatanería?

—El psicoanálisis…

—¿No le gustan los psicólogos? —El humor volvió a asomar en sus ojos.

—¿Le han dicho alguna vez que sonríe como si la vida fuera una gran broma de mal gusto de la cual es solo un espectador?

La réplica lo tomó por sorpresa, era demasiado acertada. Nadie en su vida lo había descripto tan bien. Desde Brunilda que la vida era para él una obra de teatro de bajo presupuesto, con villanos crueles y con héroes estúpidos, donde la trama solo avanzaba por deseo explícito del escritor. Y él estaba dispuesto a convertirse en el escritor de esa pieza de pacotilla.

—¿Quién analiza a quién ahora? Y, sobre todo, ¿quién evade las preguntas sobre el padre? Mmm…

—Claro que he oído del psicoanálisis…tenía mis dudas con su acento, pero ya no. Es usted austríaco.

—Y usted sigue dando rodeos.

—Mi padre se ha aficionado al psicoanálisis, escuchó de esa corriente en Viena, al igual que usted, imagino…—Hubo un deje de amargura en su tono.

—Veo que su desprecio a esta corriente va más allá de lo científico.

—Es lo que nos ha alejado a mi padre y a mí. Él…—Serge intentó mantener la compostura, aligerar los músculos que se le habían tensionado—, algo en esa competencia médica desmedida lo absorbió. Se ha ganado enemigos en el camino y es la razón por la que uso el apellido materno.

—¿Enemigos?, ¿qué clase de enemigos?

—Supongo que otros médicos ambiciosos. —Se encogió de hombros, restándole importancia.

Serge, en cambio, sintió la corriente en sus venas, la certeza de que había dado con algo relevante.

—Negación —susurró. Ella podía renegar del psicoanálisis, mas era una candidata perfecta para el diván. Ruptura con el padre, desprecio a la profesión de este, dedicación a la curandería como rebeldía a su progenitor. Era para escribir una tesis completa.

—¿Cómo dice?

—Que entiendo —mintió—, la medicina le ha quitado a un padre, pero yo soy un simple médico rural, señorita Böhm, no me verá a mí competir por la aprobación de mis colegas. Yo me dedico a la mier…a las defecaciones de la señora Cameron.

Leah sonrió y negó con la cabeza, resignada a ese excéntrico médico y a la incómoda sensación de que no le caía del todo mal, aunque no pasaba por alto que seguía escondiendo cosas. Su broma de mal gusto sobre amantes y suicidios no tenía otro fin más que el de cambiar de tema, había notado que se le daba bien emplear la incomodidad en los demás para zanjar asuntos.

Él, por su lado, había develado la esencia de Leah. La negación. Hasta entonces no le cuadraba que una mujer tan lista, capaz de llevar ella sola las actividades de médica rural —porque era más que una curandera, era evidente que sabía de medicina— fuera ingenua sobre lo que hacía su padre. Pero el poder de la negación era inmenso. Leah podría preguntarse por todo, por el pasado de Michael Wagner, por los misterios de los virus y hasta por las corrientes del psicoanálisis, pero jamás indagaría en los secretos de su padre. Se protegía de la verdad, porque todo en ella le decía que Viktor Schwarz no era el amoroso padre que conocía.

—¿Y su madre? —se atrevió a preguntar—, era tan famosa por estas tierras como lo es usted.

—Fue ella quien le exigió a mi padre que me dejara fuera de sus investigaciones, fue su última petición antes de morir de un tumor en el pecho que se había desparramado por todo su cuerpo. No pudo salvarla, así que no le quedó más remedio que acceder a su petición.

Serge intentó componer un gesto de empatía, fracasó. La sangre le bullía en el interior. Viktor había intentado hacer de ella una Prometheus, la madre lo sabía, intervino conocedora de lo que era el proyecto. Leah era demasiado astuta para no sospechar, sin embargo, cuando toda tu existencia se sostiene de una mentira, te aferras a ella como a un madero en altamar.

Pero era la hija de Viktor, ella tuvo una madre que intervino, Brunilda no. Fue incapaz de sentir pena; la ira, esa que propulsaba sus acciones, tomaba el control.

La respuesta era clara, no debía importarle Leah Böhm…Leah Schwarz. Debía usarla y había una única manera de hacerlo: tenía que seducirla. Cuando ella se entregase a ese anodino médico rural, no le quedaría más remedio que poner en aviso a su padre para llevar las cuestiones legales del matrimonio. Y entonces…entonces Viktor Schwarz caería en la trampa.

—Ha sido una conversación de lo más enriquecedora, señorita Böhm. Empiezo a pensar que nos podremos llevar bien después de todo.

—Y yo tengo por seguro que se irá en breve —Sonrió ella—, pero, mientras dure su estadía, no tenemos por qué pelear. ¿Verdad?

Le tendió la mano en son de paz, Serge se la cogió y estrechó con firmeza. Leah la retiró con premura, había sentido algo al tocarlo, como si todo su cuerpo le lanzara una advertencia. ¿Era Michael Wagner un peligro por sus secretos o por su capacidad de cautivarla? Como fuera, no pensaba arriesgarse, él se iría, no tenía pasta de médico rural. Faltaba averiguar, entonces, por qué demonios estaba en Milford Haven.

Capítulo 4



No era de extrañar que Leah se esforzara al máximo cuando se enfrentaba a una situación que se le escapaba. Algo que solo sucedía de vez en cuando, pues la joven Bohm era una maldita enciclopedia médica con piernas. ¡Cómo no serlo cuando tu casa, más que un hogar familiar, fue una biblioteca científica! Ser hija de Viktor Schwarz no fue fácil. Lo supo desde pequeña, incluso antes de perder a su madre: si quería acercarse a su padre, debía hablar su mismo idioma. Mientras las niñas jugaban a las escondidas y cazaban mariposas, ella leía sobre anatomía. Mientras las jovencitas aprendían a bordar y a bailar el vals, ella leía libros de química y biología humana. Mientras las debutantes ansiaban hallar marido, Leah suturaba heridas y lidiaba con la gangrena.

Huelga decir que no era quien era por los conocimientos científicos adquiridos en los libros. No, fueron su abuela y su madre, durante los años que las tuvo a su lado, quienes le enseñaron el arte de la sanación. Los libros solo contribuyeron a ponerle nombre a lo que hacía. Y también es necesario aclarar que esto ocurrió cuando el doctor Schwarz se marchó de Milford Haven con la excusa de una búsqueda incansable. Con el paso de los años, Leah lo entendió: su padre no deseaba ser un buen profesional para aplicar esos conocimientos a sus pacientes, no, él quería que su nombre apareciera en los libros de medicina. Quería que el conocimiento médico fuera solo apto para los mejores, por lo que también lo sería el privilegio de sanar.

Por supuesto, Schwarz estaba en contra de la decisión de su hija. Pero no pudo luchar contra el peso del legado que portaba en sus genes, así como la extraña mutación que la hacía diferente a los demás y la convertía en una mujer nacida bajo la influencia de la luna y la nieve. Por su sangre corría el llamado asistencial, ese al que todas las mujeres Bohm respondían en algún momento de su vida.

El renombrado doctor Schwarz regresó al pueblo cuando la madre de Leah estaba próxima a morir, pero no fue para despedirse de quien había sido su esposa, sino para cumplir su última voluntad: organizar la vida de la jovencita que había quedado huérfana lejos del epicentro de sus intrigas médicas. Luego, sin llevarla consigo, volvió a marcharse sin fecha de retorno. Podría ser criticado por su ausencia y por su falta de amor hacia su progenie, por supuesto. En cuanto a las necesidades de su hija... esas estaban cubiertas. Desde la distancia, pero cubiertas al fin. Debía de considerarse una afortunada, ¿verdad?

Y lo reconocía. Era una afortunada por tener a su padre lejos y, gracias a eso, estaba al timón de su vida. Hacía lo que deseaba. Si quería pasar toda la noche quemándose las pestañas con la luz de

las velas, ¡lo hacía!

—¿Dime qué demonio te ha poseído? —Adele resopló cuando la halló en el mismo lugar en el que la dejó la noche anterior: la biblioteca. Había un centenar de libros abiertos desparramados sobre la alfombra. Otros tantos sobre la mesa escritorio. Y ella apenas podía sostener su cabeza en alto. Penduleaba de un lado al otro. Hacia delante y hacia atrás. Como no reaccionaba ante sus palabras, hizo palmas al aire. Leah se sobresaltó.

—¡Dile que en unos minutos estaré en su casa! —dijo con un estado de total exaltación. Se puso en pie con un movimiento brusco. Tambaleó—. ¡Prepara mi maletín, Adele!

—Lo que voy a prepararte es una taza de café negro, doble. ¡No, triple! —sentenció luego de evaluarla de cerca—. ¡Tienes los ojos rojos, dios santo!

—Siempre tengo rojez en los ojos, Adele —refutó ella. El contorno siempre tenía un leve tinte rojizo, característico las personas con albinismo, algo más notorio en época invernal. O en casos como esos, en donde no descansaba como correspondía y su cuerpo no regulaba correctamente la temperatura por el agotamiento.

—Debo recordarte lo que tú me recuerdas a diario... —Puso los brazos en jarra. Leah evitaba el contacto visual con ella, era su estrategia favorita de evasión, si no te miro, lo que digas tiene importancia a medias. La vio cerrar uno a uno los libros—, el descanso nocturno es un pilar fundamental para la salud.

—¡Ajá! —Cargó los libros en brazos para regresarlos a la biblioteca.

—El cuerpo se regenera durante el sueño...

—¡Gran verdad! —exclamó mientras introducía un libro en su lugar correspondiente.

—En resumen, lo que no duermes en vida, lo duermes en la muerte... —carraspeó—, una anticipada, vale aclarar.

—¡Oh, el bello descanso eterno! Sí... muy cierto. —Una vez que terminó con los libros que cargaba, hizo lo mismo con los que estaban sobre la alfombra—. A propósito, ¿tú cómo estás durmiendo últimamente? Ya sabes que te quiero viva y coleando por varios años más.

—¿Cómo duermo yo? ¡Como el demonio! … ¡Y por culpa de tu demonio! —exclamó con fastidio. Era la tercera noche que Leah se desvelaba, y Adele lo hacía a su par, no podía dormir con tranquilidad sabiéndola despierta.

—No digas tonterías, en Milford Haven no hay demonios. —Exhaló con satisfacción cuando todos los libros estuvieron en su lugar. Fue hasta el escritorio a por su cuaderno de notas. El segundo de la semana.

—Lo hay, hasta tiene nombre y todo... —Finalmente captó la atención de Leah, esta hizo contacto visual con ella—, el doctorcito ese, Michael Wagner... —Mencionarlo la fastidiaba, parecía que el malnacido había ido al pueblo con el único propósito de hacerle la vida imposible a su niña. Como si fuese un emisario de la academia de medicina que estaba allí para tomarle lección a diario—. Lo he hablado con Kendra, a ella tampoco le agrada, me dijo que va a hacer un ritual en la bahía para espantar a su espíritu oscuro. —Así como había curanderas, también había hechiceras. ¡Vaya pueblo!

Leah rio a carcajadas. No es que no creyera en las habilidades de Kendra, la mujer era una con la naturaleza, resultaba difícil de explicar, pero podía comunicarse con esta. Predecía las heladas que destruían a las cosechas, también las fuertes tormentas y, en especial, alertaba a los hombres del puerto cuando la furia del océano estaba próxima a despertar. No solía fallar, cuando Kendra les sugería no surcar las aguas y quedarse en tierra, lo hacían.

—Permíteme discrepar contigo y con Kendra, no creo que el doctor Wagner tenga un... mmm... un espíritu oscuro. Es tan solo un hombre de ciencia. —Se encogió de hombros, no iba a

criticarlo, actuaba como cualquier otro. Es más, si ella se quemaba las pestañas releyendo información, era por su orgullo personal, no porque se sintiera inferior y quisiera demostrarlo para obtener su aprobación.

—Por eso mismo, ya tenemos experiencia con esa clase de hombres —balbuceó con fastidio Adele. Se obligó a terminar la conversación en ese punto. Resopló—. Vamos a la cocina... si no tuviste un descanso conveniente, por lo menos ten un desayuno que sí lo sea.

—Oh, qué extraño, Adele, tú cambiando de tema... —La provocó Leah mientras seguía sus pasos—. Cuando dices «esa clase de hombres» te refieres a nuestro querido doctor Schwarz, ¿verdad?

—¿Café y tocino? —preguntó en vez de responder—. Creo que necesitas de ambos...

—Confío en tu criterio... Café, tocino, y pan con mantequilla —agregó con una sonrisa de par en par. El estómago le gruñía de hambre. Y su cerebro, el pobrecillo necesitaba una bofetada para despertar y funcionar.

—Y yo confío en el tuyo, en cuanto al tal Wagner. ¿Qué puedo decir?, ¡me da mala espina! —exclamó resignada mientras cogía la tetera de hierro que había dejado reposando sobre la salamandra. Así mantenía la temperatura correcta del café. Sirvió dos tazas, lo demás ya estaba dispuesto en la mesa del salón.

—Si te soy sincera, a mí también me da mala espina —dijo Leah cogiendo en brazos la bandeja con el pan recién tostado, mantequilla y miel—. He intentado encontrar las razones que me provocan esa sensación y la única que encuentro es —Introdujo una rebanada de pan en su boca antes de dejar la bandeja en la mesa— mi... ¿vanidad, quizás? —Lo dijo como quién espera una confirmación de su interlocutor.

—¿Vanidad, tú? —Adele se burló, le untó una rebanada de pan con mantequilla y le colocó tocino horneado encima, se la entregó—, ese es tu cerebro agotado hablando. Duerme por las noches como corresponde y verás como las razones correctas llegan a tu mente.

—Esta razón vino a mi mente antes de las noches de desvelo. En mi defensa, la soberbia del doctor Wagner fue el instigador de mi vanidad.

—Si me lo preguntas, ese doctorcito de pacotilla lo hace adrede —gruñó entre dientes. Adele solo bebió café, comer y hablar del doctor le provocaría indigestión.

—Creo que estás siendo un poco extrema con el calificativo —rio. Sorbió café y continuó—: me arriesgo a decir que su soberbia y pedantería son proporcionales a sus conocimientos, de no ser por su mal carácter —Las formas de Michael Wagner no eran adecuadas para un pueblo como Milford Haven, allí debía utilizarse terminología acorde a sus oyentes, tratar a todos como si fuesen niños susceptibles, hablar con pausa y carisma. Carecía de todo ello el doctor—, sería una joya preciada para nosotros. ¡De lo mejorcito que hemos recibido! Incluso en apariencia —Dejó que su cerebro dormido hablara—, joven y atractivo.

—¿Joven? Debe rondar los cuarenta años... —refunfuñó Adele solo para restarle crédito.

—¡Lo es en comparación a otros! El doctor Baggs tenía sesenta años. —Se untó una nueva tostada con mantequilla, ya había terminado con la primera.

—El único punto a favor que tiene, porque lo demás me hace replantear el hecho que continuemos viviendo en Milford Haven. ¡Atractivo, por favor! —resopló, negó con la cabeza—, tendríamos que ir a la ciudad para que te hagas un planteo sobre estándares de belleza.

—Lo he dicho como una apreciación al pasar, lo que importa es su desempeño como médico, puedo estar en desacuerdo con sus formas, pero no con sus resultados. Menos que menos, puedo desmerecer sus conocimientos.

—Mientras no desmerezcas los tuyos, cariño... haz lo que te plazca. —Rellenó la taza de Leah

con más café—. Ah, y también, haz lo que te plazca siempre y cuando recuerdes tus palabras... —fingió toser. Alzó una ceja. Era la primera vez que Leah consideraba a un hombre atractivo y Adele trataba con todas sus fuerzas de disimular el nerviosismo que eso le generaba. De todos los hombres... ¡Wagner! No, ese hombre no le agradaba en lo más mínimo. Quizás ella no tenía la misma habilidad que Kendra, pero de algo estaba segura, ese hombre ocultaba algo.

—Soy fiel a mis palabras, Adele, no te preocupes. He aprendido muy bien, casarme no está en mis planes y, menos que menos, casarme con un médico. —Valiéndose de su propia experiencia familiar, unirse en matrimonio con un hombre que ya estaba casado con la ciencia era comparable a una viudez inmediata. Su madre fue invisible ante su padre y, en cierta forma, ella también. No repetiría una historia de soledad similar. Quizás eso era lo que le daba la mala espina cuando pensaba en Wagner, que le recordaba a los modos y hermetismo de su padre. Pero, al igual que este, debía reconocer que la motivaba a ser mejor. Como el alumno que quiere superar al maestro. Si Wagner la desafiaba, ella lo aceptaría con gusto. Por primera vez en mucho tiempo sentía que la rutina se hacía trizas ante sus ojos... y eso le resultaba verdaderamente estimulante—. Le prometí al señor Banner que lo visitaría a primera hora —dijo mirando el reloj cucú—, una tostada más y me marcho.

—Deberías descansar un poco, una hora de sueño no hace la diferencia para el señor Banner —dijo y se persignó.

—Aún no murió... —le dijo con una mueca en los labios—. Y no lo hará todavía.

—Lo sé, lo sé —Sacudió la mano al aire—, prepararé una cesta con frutas y conservas para que le lleves.

—No esperaba menos de ti. —Se levantó de la silla, rodeó la mesa y la besó en la mejilla—. Iré a higienizarme y a cambiarme de ropa.

Antes de abandonar el salón comedor, cogió esa última tostada, la proclamada segundos atrás, y la metió en su boca. ¡Suficiente! Estaba lista para afrontar un día más. Pero, sobre todo, estaba preparada para lidiar con Michael Wagner, si es que este se cruzaba en su camino.

Capítulo 5



La brisa de la bahía comenzaba a ser un incordio, le resecaba la piel. Parecía hecho adrede, ya que todos los pacientes que debía visitar se encontraban en la zona del puerto. La arena que flotaba en el aire y la ventisca con salitre proveniente del mar carcomían lo que se cruzase en su camino. Todo terminaba siendo consumido por el poder de la naturaleza: embarcaciones, viviendas, habitantes... La única que no perecería y se mantendría en pie en aquel maldito lugar sería la naturaleza. Era un punto a favor para la ciudad, que no te consumía con el propósito de expulsarte, sino que te absorbía para perpetuar su existencia. No, definitivamente, él no era un hombre apto para el mar en ninguna de sus dos versiones. Hurgó en su bolsillo para dar con el papel en el que había apuntado las referencias de la vivienda. Se trataba de una casa de una sola planta, pequeña, con porche y tejado gris. El dato distintivo: un bote abandonado y completamente deteriorado en su entrada.

—Bravo, Michael, llegaste a tu idílico destino. —Su humor retorcido nunca estaba ausente; no necesitaba un interlocutor para emplearlo, se bastaba a sí mismo. Sacudió su calzado, que había pisado arena húmeda, y se adentró en la propiedad. Al pasar junto al bote abandonado, la visión del porche de bienvenida ocupó todo su campo visual. Para su sorpresa, quien parecía ser el habitante de la vivienda se hallaba sentado en una mecedora junto al porche. Tenía una botella de whisky en la mano y bebía directamente del pico. Cuando percibió que alguien se acercaba, la escondió tras su espalda—. Buen día, ¿es usted el señor Banner? —le preguntó una vez que estuvo ante él, a pasos de la escalera de ingreso.

—Depende ¿Quién pregunta? —cuestionó el anciano entrecerrando los ojos. No veía bien de lejos, tampoco de cerca. No le importaba, recordaba de memoria el paisaje que rodeaba a su casa, con eso le bastaba. Con eso y las voces familiares. Esa no lo era.

—Michael Wagner.

—¿Y quién es Michael Wagner? —volvió a indagar con recelo el anciano.

—El nuevo médico de Milford Haven.

El anciano carcajeó.

—Entonces no, no soy el señor Banner. Vaya a buscarlo al otro extremo de la bahía. —Se meció en su silla con los brazos cruzados a la altura del pecho a la espera de que el recién llegado regresara sobre sus pasos.

—¡Diablos, debo de haber anotado mal la dirección! —Serge fingió decepción y desgano.

Exhaló como si el cuerpo y la vida le pesaran demasiado—. Le molesta que tome asiento por unos minutos... —Señaló los escalones. El viejo asintió a modo de invitación. Serge se sentó en el escalón del medio, eran tres en total. De manera estratégica, quedó a medio metro del anciano—. Debo reconocer que el aire del mar me agota más de lo que quisiera. —Hurgó dentro del bolsillo de su chaqueta, extrajo un paquete de cigarrillos, una cajita con cerillas, y se encendió uno.

—No culpe al mar, culpe al veneno que sostiene en sus manos. —El anciano rio a carcajadas, pero sus risas se vieron obligadas a detenerse por la falta de aire. Tosió.

—¿Quiere uno? —Extendió el paquete al hombre.

El anciano lo evaluó, el tal Michael se hallaba a la distancia perfecta, ni muy cerca ni muy lejos, podía distinguir su rostro y expresión.

—¿Qué clase de médico es usted? —indagó con una ceja en alto. Sin dudarlo, cogió un cigarrillo.

—Uno realista. Uno que sabe que un síndrome obstructivo pulmonar crónico no se gesta de la nada misma —El señor Banner, posiblemente, fumaba desde que era un crío. Rio para sí—, y que, en determinado punto, evitar esa *nada* que lo gestó no tiene demasiado sentido. —Serge encendió una cerilla y la acercó al cigarrillo de Banner.

—Me gusta su realismo médico, doctor. —Esperó a que él le recordara el apellido, no se tomó la molestia de prestarle mucha atención cuando se lo dijo.

—Wagner... Michael Wagner.

—Un gusto, doctor Wagner —dijo aspirando el cigarro con placer.

—El gusto es mutuo, señor Banner. —El anciano rio—. Ahora que nos hemos presentado correctamente, podría ser tan amable de compartir su whisky y hacer esto recíproco. —Movió los dedos que sostenían su cigarrillo. Era un intercambio justo.

—¡Vaya, veo que predica con el ejemplo! —Banner le entregó la botella sin pensárselo dos veces.

—¡Pues claro, como corresponde! —Aprovecho la excusa del whisky para dejar el cigarrillo en el borde de la escalera. En realidad, no le apetecía fumar. Beber tampoco, pero lo haría a modo de intercambio cortés entre médico y paciente.

Por un par de minutos, ambos se entregaron al silencio. Entre cigarro y alcohol, se deleitaron con la calma de la bahía. Era una mañana ventosa y, a lo lejos, el sonido de las olas de mar revoltosas se sumaba al cuadro contemplativo como una maravillosa banda sonora.

—No soy oriundo de Milford Haven —Banner se invitó a sí mismo a hablar, la extraña calma en el médico rural le provocó esas ganas—, para cuando decidí radicarme aquí, mis pulmones ya habían decidido separarse de mí, abandonarme... —bromeó, le dio una aspirada profunda al cigarro, exhaló el humo con lentitud—, o quizás, fui yo quien los abandoné, no lo sé. Supongo que los dejé olvidados en las minas de carbón o en la fábrica textil en la que trabajaba con mi madre. —Su mente viajó al pasado, recordó sus primeros años de experiencia laboral limpiando los engranajes de las máquinas hiladoras, aspirando la toxicidad de los líquidos limpiadores, ahí, a los pies de su madre—. Abandoné la ciudad a los veinticinco años y creo que fue demasiado tarde, ¿no? —Serge asintió, joder, la vida era jodidamente insalubre para los que nada poseían. Solo los ricos y afortunados gozaban de una juventud sin obstáculos. Los demás nacían trayendo consigo una condena de muerte. Como Banner, como su Brunilda, como él si no hubiese tomado el camino de la venganza y la destrucción—. Demasiado tarde para ganarle a la muerte. —Sacudió la cabeza.

—Oh, no, le ganó a la muerte gran parte de la partida, señor Banner. —Le regresó la botella al hombre luego de beber un sorbo más.

—¿En verdad lo cree, doctor? —carcajeó, desde su punto de vista, se había consumido año tras año, al punto tal de no poder abandonar su casa porque los pulmones no se lo permitían, tenía un margen de piedad de cinco pasos, ¡cinco! Al sexto, le faltaba el aire, se sentía morir.

—¿Cincuenta y nueve años, verdad? —lo interrogó.

—Sesenta el mes entrante.

—Pues entonces, acepte su triunfo... de haber continuado en la ciudad, no hubiese llegado a los cuarenta. Despida su vida como corresponde. —Podría darle paliativos, pero en breve, sus pulmones y su corazón colapsarían. ¡Qué sentido tenía reprimir los placeres de la vida en esa instancia de su existencia!

—Tiene razón, brindo por ello —Banner bebió whisky, hizo gárgaras de festejo, y lo tragó—, he vivido una buena vida aquí en Milford Haven.

El amistoso intercambio entre ellos se vio interrumpido por una presencia, esperada para Banner, pero inesperada para Serge. Parecía una broma del destino. No importaba en qué dirección dirigía sus pasos, tras él, siempre estaba ella. Con minutos de diferencia, pero siempre lo alcanzaba. Como si fuese su jodida sombra. ¡Qué demonios! Ese era su plan, convertirse en la sombra de Leah Böhm, pisarle los jodidos talones, acosarla hasta en sueños. Sin embargo, cada día vivido en ese maldito pueblo, invertía más y más sus roles.

—Y podría seguir viviendo buena vida si... si... —La señorita ardía en furia. Resoplaba como un caballo luego de una carrera frenética. No pudo completar ni su oración ni su idea, simplemente se acercó con pasos rabiosos y enfrentó a Wagner—. Dígame, ¿dónde demonios ha dejado su juramento hipocrático? —Él se encogió de hombros, su gesto fue hecho con muy mala gana. Absoluto y puro desgano, algo que fastidió aún más a Leah. ¡Cielo santo! De ser por ella, le lanzaría a la cabeza la maldita cesta con víveres que cargaba en brazos. Pero no, sería un desperdicio de frutas y conservas—. Por lo menos, tenga la cortesía de responder —gruñó entre dientes.

—Ah, en verdad esperaba una respuesta, pensé que era una pregunta retórica, señorita Böhm. —Se incorporó sobre el escalón. De por sí, él la superaba en altura, pero esa diferencia de altura se duplicó debido al peldaño. Su presencia fue imponente en ese momento. Un gigante de cabellos rubios y ojos azules, tan fríos como un océano en invierno—. ¿Necesita ayuda? —Señaló la cesta—, parece pesada.

Leah lo igualó en posición, subió los escalones hasta igualarlo en altura. Golpeó su pecho con la cesta al entregársela.

—Por supuesto que pesa —mintió. Las mejillas se le enrojecieron por la furia—, por supuesto que necesito su ayuda... venga, sígame. —Le dijo abriéndose paso al interior de la vivienda.

—Con su permiso, señor Banner. —No es que él quisiera el visto bueno del hombre para ingresar, solo pretendía dejar en evidencia el comportamiento poco cortés de la señorita Böhm, como si fuera el ama y señora de esa casa.

—No necesita mi permiso, cuando la señorita Böhm está aquí, ella es el ama y señora de esta casa —dijo entre risas el anciano—. Haga lo que ella diga.

—Mierda —balbuceó Serge entre dientes. Y siguió los pasos de la mujer. Una vez en el centro de la pequeña sala comedor, sin poder dar ningún paso más por la cantidad desmedida de muebles innecesarios, no tuvo más alternativa que mantenerse a dos pies de distancia de ella. El cuerpo de la señorita Böhm desprendía un calor semejante al de una salamandra repleta de leña. Ese choque de temperaturas, su temperamental fuego contra su existencial frío perenne lograba un efecto extrañamente placentero en él. Apoyó la cesta que le había entregado en la mesa y se dispuso a extraer cada uno de los ítems que contenía. No mirarla. No hablarle. Esa era la premisa.

—Terminemos con esta farsa de una vez, doctor Wagner. —Lo increpó con una rudeza tal que Serge, por primera vez en una infinidad de años (así lo percibía él, como una experiencia terrenal eterna, dos vidas, miles de años), sentía que sus entrañas se agitaban, se retorcían. ¿Había algo vivo en su interior todavía?, ¡vaya sorpresa! Contrario a preocuparse o pensar que las sospechas sobre su verdadera identidad comenzaban a ser un motivo de indagación para la hija de Viktor, sonrió. Fue una sonrisa ladeada, sardónica, que solo logró fastidiarla más—. Entiendo que su humor sea retorcido o, quizás, un tanto extravagante para estas regiones costeras...

—Extravagante... así me gusta más, por favor —la interrumpió al tiempo que evaluaba un frasco. Lo abrió, olió—. ¿Sardinas en escabeche? —Cerró el frasco y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—Sí, sardinas al escabeche —confirmó Leah. Acto seguido, introdujo la mano en la chaqueta de Wagner, recuperó el frasco con sardinas y lo regresó a la cesta—. Usted no lo necesita, el señor Banner sí. —El anciano requería de nutrientes de calidad.

—No, es exactamente lo opuesto... se ha tomado la molestia de observar el estado general del señor Banner, señorita Böhm, la hinchazón en manos y brazos, la hinchazón de cuello y tobillos… —Desde el lugar en el que estuvo sentado pudo observar cada detalle. Su elección de escalón no fue al azar, sino el punto estratégico de evaluación física sin ser invasivo con el anciano. El hombre ya no estaba para esos tratos, conocía muy bien su condena a muerte, no tenía sentido incomodarlo con exploraciones para confirmar lo mismo una y otra vez—. La punta de sus dedos evidencia los primeros indicios de falla pulmonar definitiva —Hinchados y azules—. Sin mencionar sus riñones, que también están igual de críticos. ¿Realmente cree que unas sardinas... unos pepinillos —dijo evaluando otro frasco—, y melocotones en conserva harán la diferencia? —Banner estaba en un estado tal que tenía que elegir entre respirar o masticar, no podía hacer las dos cosas a la vez.

—¿Y usted cree que beber whisky y fumar lo hace... eso hace la diferencia? ¡Pensar que usted se hace llamar médico!

—No, los demás me llaman de esa manera, usted puede llamarme Michael si lo desea.

—No, prefiero llamarlo doctor, quiero llamarlo y considerarlo de esa manera. Dígame, hable con la verdad, ¿a qué ha venido a este pueblo remoto? Nadie viene aquí por voluntad propia.

—Yo lo he hecho. —Wagner alzó los brazos.

—Por lo visto, su voluntad tiene serios problemas —resopló Leah. Rodó los ojos.

—Noto un poco de animosidad en sus palabras... —Serge se cruzó de brazos y se dedicó de lleno a observarla. La vio parpadear de manera inquieta cuando sus ojos se posaron en los de ella. En ese instante cayó en cuenta del bello color plateado de sus pestañas. Se le antojó contarlas, acariciarlas. Parecían las alas de una aguzanieves.

—No es animosidad, es sentido común, creo que ambos sabemos que este lugar no es adecuado para usted... ni para sus conocimientos —carraspeó. Reconocía el valor del hombre, pero si no se amoldaba a las formas y habitantes del pueblo, de nada valdrían.

—Ah, creo que voy comprendiendo, señorita Böhm, no son mis métodos lo que la fastidian, sino mi presencia. Veo que aún no ha hecho las paces conmigo, ¿verdad? No, mejor dicho, con el hecho de que yo me comprometa con mi función y la desplace.

—¿A esto le llama comprometerse con su función? ¡Beber con el paciente!

—Sí, a eso se le llama cuidados paliativos, señorita Böhm.

—¡Lo dudo mucho! El señor Banner, en vez de estar sentado en el porche fumando, tendría que estar sentado en esta mesa aspirando el vapor de un cuenco con agua caliente y hojas de tomillo y eucalipto.

—¡Vaya, y pensar que durante mucho tiempo yo me consideraba un médico de manual! —Michael encontró sus formas, los modos arcaicos de la medicina no cabían en sus zapatos. Sin importar que su propósito fuera destruir a Viktor, mientras continuara en su papel de Michael Wagner, haría las cosas a su manera, y aunque fuese difícil de creer, su manera siempre incluía el bienestar de los demás. Salvar a los débiles. Por supuesto, sus métodos eran cuestionables. Ni él ni nadie podría negarlo—. Dígame, señorita Böhm —puso bastante énfasis en la pronunciación de su apellido. A cada minuto luchaba con esa desconcertante sensación de pensarla como hija de su enemigo o como... ¡Mierda!—, ¿cuánto tiempo de vida cree que le queda al señor Banner? —Desde que habían ingresado a la casa que el anciano no paraba de toser.

—No lo sé —mintió. El pronóstico no era para nada bueno. No quería ser tan lapidaria como Adele que ya lo había pensado bajo tierra. Leah quería mantener la esperanza. Una ilusa esperanza, no por ella, sino por el señor Banner. ¿Acaso el anciano se lo pedía? Ese maldito pensamiento instauró de repente en su cabeza al doctor Wagner. Él la cogió por la muñeca, la atrajo hacia su cuerpo.

—Vamos, no sea una maldita cobarde... —le susurró al oído, al hacerlo rozó el lóbulo de su oreja con la punta de su nariz. El contacto los sobresaltó, sus mentes les gritaban a ambos: sepárense. Pero los cuerpos tenían otro plan, estaban a gusto. Y así se quedaron, cuerpo contra cuerpo. Con las tibias exhalaciones mezclándose, con los perfumes de la piel creando una nueva fragancia en conjunto. Serge aspiró profundo, inundó sus pulmones con ese aroma y repitió—: ¿Cuánto tiempo le queda?

—Poco... nada... días, quizás horas.

—Y dígame, señorita Böhm, si usted supiera que le quedan apenas unos días de vida, ¿cómo los viviría? Tratando de creer, ingenuamente, que pueden perpetuarse... o viviéndolos de la misma manera en la que eligió vivir toda su vida.

—Yo sé cómo viviría mis últimos días... mis días —reiteró exponiendo la intención de sus palabras. Wagner presuponía que eso era lo que Banner deseaba. Podría estar equivocado.

La mano del doctor continuaba aferrada a la muñeca de Leah y ese agarre le resultó una ventaja. La arrastró consigo fuera de la casa. Una vez que estuvieron de nuevo frente al señor Banner, la liberó.

—Pregúntaselo —la instó a que le hiciera el planteo correspondiente al involucrado en cuestión.

—¿Qué? —fingió no comprender, no deseaba seguir su juego. Bah, en realidad, no quería aceptar la derrota. El muy desgraciado tenía un buen punto, no desde lo médico, sino desde lo humano. A veces, en el afán de ayudar a sanar al otro, traspasamos límites que no debemos.

—Señor Banner, ¿qué prefiere? ¿Sardinas al escabeche o whisky? —Michael lo hizo por ella, sabía que se estaba haciendo la tonta. En otra circunstancia, su actitud le hubiese resultado encantadora. Para su suerte, la circunstancia presente arrancaba esa sensación de raíz.

—Eso ni se pregunta. —Alzó la botella al aire. Rio, tosió. Se quedó sin aire. Leah le palmeó la espalda para ayudarlo a escupir la mucosidad—. No se lo digas a Adele —dijo entre medio de inhalaciones desesperadas. No estaba despreciando sus sardinas, eran deliciosas, pero prefería morir ahogado por alcohol y no por el escabeche.

—No se lo diré, quédese tranquilo. —Le sonrió, en sus ojos vio ese destello final. La despedida estaba cerca. Lo besó en la frente. Fue un beso fugaz y delicado. Los niños del pueblo dirían... así es como besan los ángeles—: Mañana vendré a verlo, ¿sí? —Banner asintió por puro convencionalismo. Quizás la volvería a ver... quizás no.

Sin decir más nada, Leah se marchó. Ni se molestó en dispensarle una mirada ni un adiós al doctor. No estaba acostumbrada a darle la razón a otros en esos asuntos, porque casi siempre no

existían esos otros. Era ella sola contra ese pequeño mundo llamado Milford Haven. Pero las cosas empezaban a cambiar, Michael Wagner no se marcharía... y Michael Wagner, pese a las detestables formas que utilizaba, tenía sus buenas razones. Haría las paces con él, quizás le tomaría unos días o toda su vida, pero lo haría.

Michael regresó al interior de la casa, cogió el frasco con sardinas y un tenedor, y volvió junto al anciano. Se sentó en el mismo escalón que antes, abrió el frasco, pinchó una sardina y la degustó con satisfacción.

—Sabrosas, ¿verdad? —Quiso constatar Banner. Michael asintió, le extendió el tenedor con una sardina, el anciano negó—. Cómelas tú, muchacho, las necesitas más que yo. —Serge continuó con la labor—, he tenido suficiente, ya puedo despedirme de la vida... y hoy es el día perfecto. Me ha besado una mujer bonita y bebo un buen whisky en compañía de un amigo... —Le extendió la botella a Michael, este hizo una pausa con las sardinas y aceptó la invitación, cogió la botella, sorbió y se la regresó. Fue un simbólico brindis—. Procura tener eso al final de tu vida, muchacho.

—¿Qué?, ¿sardinas y whisky? —rio.

—No, una bella mujer y un buen amigo... Ah, y por supuesto, un buen whisky. —Banner rio a carcajadas. Y esas fueron las últimas carcajadas de su vida.

—Lo siento, viejo... pero en mi caso, solo será un buen whisky.

Le hizo compañía por el resto del día. A la noche lo acompañó hasta su cama, bebieron, fumaron, conversaron hasta que el anciano se durmió. A mitad de la madrugada, Banner finalmente le dijo adiós a su vida.

Capítulo 6



Cogió el colgante púrpura en sus manos y lo blandió delante de él, el ir y venir del dije le ayudaba a relajarse. Deseaba ser capaz de hipnotizarse a sí mismo, de desprenderse de sí y actuar alienado. Por desgracia, no era posible, como tampoco lo sería hipnotizar a la señora Tames para sonsacar más información. Tendría que emplear sus dotes de manipulador y no las de psicólogo, era casi una ironía que, en la recta final de su venganza, fuese Michael quien tomara la delantera por sobre Serge. No era tan necesario el médico como el ladronzuelo de bajos fondos.

Por lo menos ahora, luego llegaría la hora de emplear lo aprendido en la universidad de Viena bajo la identidad robada de Serge Amberg.

—¿Sabes qué, colega? —le dijo al muerto, mientras bajaba las escaleras e iba al encuentro de la señora Tames—. Me debes una, soy mejor médico de lo que tú hubieras sido jamás. No valías el aire que respirabas, te hice un favor a ti y al jodido mundo.

No le faltaba razón, el verdadero Serge Amberg había sido un hijo de perra, un niñato malcriado de las altas esferas austriacas que accedía a estudiar medicina por sus contactos y no sus saberes. Era un abusador de criadas, un adicto al juego y un borracho empedernido. Su hígado no habría soportado siquiera los años de estudio, por eso nadie se sorprendió cuando Serge Amberg, tras recibirse, se marchó de Austria y no se supo más de él. Lo dieron por muerto, y bien hicieron; solo que su fecha de defunción databa de mucho antes de su desaparición definitiva.

Michael no sentía remordimientos, desconocía tal emoción. Si Serge Amberg no hubiera sido un malnacido, igual lo hubiera reunido con el Creador. Él necesitaba entrar a la universidad de Viena, y Michael Wagner era un nadie, jamás lo conseguiría. Matar al verdadero Serge y ocupar su lugar no fue el primer crimen de su vida, mas sí el de su venganza. El primer paso para estar donde estaba: junto a la hija de Viktor Schwarz, a pasos de completar su misión.

No lo negaría, una parte de él se debatía entre secuestrar a Leah, torturarla, obligarla a escribirle al padre y dar por zanjado el asunto. Pero le faltaban certezas, estaba tan cerca de la meta que temía que su ansiedad le jugara una mala pasada. ¿Y si Viktor no quería a su hija en realidad?, ¿y si la sacrificaba por su proyecto? Era una posibilidad, al fin de cuentas la había abandonado en un pueblo olvidado de Gales, con sus necesidades materiales cubiertas, pero lejos de saciar las emocionales. Tal vez no la quería, tal vez solo era un error del pasado y ellos le harían un favor al remediarlo.

Con esos pensamientos rumiantes en su cabeza, llegó junto a la señora Tames. Últimamente la mujer estaba de mal humor, no le sentaba bien haber dejado los dulces, aunque reconocía sentirse mejor físicamente.

—Buenos días, señora Tames, ¿cómo amaneció hoy?

Ya no empleaba las gafas a modo de disfraz, la señora Tames apenas podía verlo y con Leah no habían funcionado. Era mejor ahorrarse el incordio.

—Pues como todos los días, doctor —gruñó, maldijo al sacar un frasco—, ¿qué será de este lugar sin mí? ¡Nadie conoce como yo este oficio! Han puesto el preparado de ajo junto con el destilado de amapola…Quizá no vea, pero sin dudas huelo.

—Esperemos no descubrir pronto cómo será el mundo sin usted, señora Tames, porque auguro un lugar sombrío y mucho menos divertido.

—Sus adulaciones no funcionan conmigo —masculló la mujer, acomodó los frascos y se volvió hacia él—, ni con la señorita Böhm, dicho sea de paso. Me he enterado de sus «encuentros».

—¿Se refiere a visitar a los mismos pacientes? Señora Tames, ni la más estricta chaperona puede creer que hay algo romántico en compartir espacio con alguien que expectora mucosidad con sangre.

—¡Ay, por Dios! Sus formas —se quejó la dama—. Ya que lo tengo aquí, aunque no sea de mi agrado —resaltó—, dígame las proporciones del preparado para la señora Cameron.

Serge le ayudó a prepararlo, lo cierto era que no representaba ningún desafío para él. Llevaba tantos años supervisando experimentos mentales, con sus respectivas torturas físicas, que nada de lo que veía en esas tierras conseguía alterarlo. En otro momento de su vida, cuando era pequeño, hubiese encontrado su saber admirable. Lo reconocía, llevaba demasiado tiempo analizándose a sí mismo, en el pasado había sufrido de complejo de salvador. Había salvado a Hugo, a Otto, a los demás niños de la cervecería…se supo sentir útil cuando conseguía robar comida o medicamentos. Hasta Brunilda…

Brunilda no necesitaba ser salvada físicamente, ella era mil veces mejor que él. Robaba mejor, huía mejor, mataba mejor…Brunilda había necesitado a Serge Amberg, no a Michael. No pudo salvarla y el peso de la culpa lo carcomía, alimentaba una ira insaciable, un deseo de sangre inhumano.

No hallaba ningún placer en ayudar a los pobladores de Milford Haven, eran unas piezas más en su tablero de juego, y era hora de mover a la señora Tames.

—No entiendo por qué le preocupan tanto mis formas —dijo Serge, mientras se aseguraba de que la vista de la mujer no le jugara una mala pasada.

—¿Se cree que, porque vivimos en un pueblo costero, alejado de las grandes ciudades, somos menos respetables? —Lo observó por encima de la enorme lupa.

—¿Prefiere la verdad incómoda o la mentira confortable?

—¿Qué demonios significa eso?

—Vaya boquita, señora Tames… ¿blasfemando? —Le brindó una media sonrisa que fue desperdiciada porque ella apenas podía verla. Él, en cambio, disfrutó del sonrojo de la mujer. El Michael pícaro de antaño había tomado la delantera, buscó enfurecerla para que se fuera de boca—. Optaré por la verdad: sí, creo que son menos respetables. La señorita Böhm ha sugerido que yo llegué aquí por un escándalo, al parecer todos llegan aquí por ese motivo, lo que me hace suponer que es lo habitual…

—¿Y ha llegado por un escándalo? —La mujer bajó la lupa, intentó focalizar en el rostro del médico. Había escuchado dos versiones, unas que decían que era apuesto y otras que decían que era aterrador, ella no conseguía un veredicto, porque apenas veía el contorno de su rostro.

—No, a diferencia de muchos aquí, soy absolutamente respetable. —Se peinó los cabellos

hacia atrás, sin éxito. Le había crecido el pelo y por falta de una barbería y productos de tocador de buena calidad, los mechones rebeldes caían por su frente hasta hacerle cosquillas en la ceja.

—¿Qué insinúa?

—Que la tan respetable señorita Böhm no lo es tanto…

—¡Váyase de mi tienda!

—Tenemos un contrato por un mes y he pagado por adelantado, no me iré. Pero su reacción me lo confirma —la provocó—, si la señorita Böhm fuera respetable usted pondría sobre este mostrador las evidencias en lugar de la furia.

—¡Claro que es respetable!, ¿qué evidencia necesita?

—No se enfade, le hará mal a su glaucoma. Me expresé mal —dijo, conciliador—, no la culpo por los pecados de los padres; solo resalto lo evidente, desde Eva y Adán que pagamos por el pecado de los progenitores.

—A mí no me hable en difícil, doctorcito, que yo le corregiré los modos como debió hacer su madre, con la vara de sauce.

La idea le hizo carcajear. Ya quisiera él haber tenido una madre, aunque fuera una como la señora Tames.

—Bien, seré claro. La señorita Böhm lleva el apellido materno porque el señor Schwarz nunca se casó con su madre. Es una bastarda.

La señora Tames abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua. Michael contuvo la sonrisa triunfal, se adelantaba al resultado. Con tal de defender a la querida Leah, la mujer le contaría toda la historia detrás del nacimiento de la muchacha.

—¡Esa es una acusación muy grave!

—Que usted no desmiente.

—El doctor Schwarz se casó con la señorita Böhm, claro que sí, yo mismo asistí a la boda. Fue discreta, lo admito, y apresurada, también. Pero es que esos dos se amaban… —Eso Serge lo dudaba mucho, no creía a Viktor capaz de amar…aunque…

—La madre de Leah debe haber sido una mujer hermosa, además de inteligente y de apariencia fuerte…

—La describe como si la hubiera conocido.

Una hembra de cruza, pensó Amberg. Había querido engendrar él mismo a un superhombre, ¡vaya ego! Conocía la respuesta, pero debía escucharla de boca de la señora Tames, así que la provocó un poco más.

—Luego nació una niña ochomesina…

—Oh, usted es de lo más malpensado. ¿Qué le pasa en esa cabecita? ¡Para su información, Leah tardó casi diez años de matrimonio en ser engendrada! En parte porque el doctor viajaba mucho y en parte porque a veces la naturaleza es así de complicada. Algo que debería saber muy bien siendo doctor.

Claro, pensó, no nace el niño esperado, y él empieza a hacer experimentos con otros. A preparar el terreno para que, cuando naciera su hijo, supiera cómo convertirlo en un superhombre. Jodido enfermo.

—Dígame, ¿qué edad tiene la señorita Böhm? Por su condición es muy difícil adivinar la edad.

—Nació en 1870, ¿verdad que parece más joven?

¡La edad de Franz Cooper, joder! La imagen comenzaba a cobrar sentido, cuando nació una niña y encima una niña albina, Viktor dejó los experimentos con niños de edad media para enfocarse en bebés. Franz fue su preferido, porque Franz representaba el hijo que su mujer no pudo darle.

—Dice que el doctor Schwarz amaba a su mujer, sin embargo, en cuanto le dio una niña se marchó de aquí.

—Usted es muy rápido para juzgar y muy lento para escuchar, doctor Wagner. ¿Quién le dijo que él se marchó porque quiso? ¡Ella lo echó! Tuvieron una discusión muy fuerte, por eso de la medicina, ¿sabe? Yo desconozco los detalles, pero es lo mismo que afecta a nuestra adorada Leah, algo de esa competencia con colegas, enemigos… —Se encogió de hombros—. Son temas muy ajenos a un pueblo como este, aquí no hay espacios para competencias entre colegas, ¡imagine! Si apenas hay una boticaria, una costurera, un zapatero… Y dé gracias.

—Ella lo echó… claro… eso explica todo.

—No sé qué explica exactamente, solo prueba que Leah no es bastarda. Usa el apellido de su madre, pero en la iglesia está anotada como Schwarz, eh. No se vaya a creer. Lo que pasa es que aquí rara vez necesitamos atender asuntos legales, hasta que no se case, no necesitará usar ese apellido y… saque números, doctor —La mujer rio—, puede aparentar joven, pero es toda una solterona. —Lo dijo con orgullo, le agradaba la idea de tener a Leah para ellos por siempre.

—¿Qué queda para mí?

—Ni se le ocurra posar sus ojos de buitre carroñero en nuestra niña —amenazó la mujer.

Tarde, respondió mentalmente, será mía. Y ese pensamiento impactó profundo en él, porque, aunque se refería a la venganza, a usarla, la sensación de hacerla suya era abrumadora… posesiva… primitiva.

Lo importante era que tenía su llave, se dijo, despejando la mente de esos pensamientos incómodos. Aferró el colgante para recordar que lo hacía por Brunilda, que en su vida no había espacio para otra mujer, mucho menos para la hija de su enemigo, del hombre que mató a la joven que amaba.

Viktor no quería a su hija del modo que una persona sana lo entendería, lo hacía de una forma retorcida. El doctor Schwarz sufría de un trastorno obsesivo, ninguna novedad para Amberg, y esa obsesión había alcanzado a su esposa e hija. Ellas fueron su primer proyecto Prometheus, joder. El fallo, la esposa que en lugar de ser una perfecta hembra de cría se convirtió en una madre amorosa, contrario a lo que él consideraba acorde a la evolución, y la hija, mujer y albina, se unieron para conformar el detonante perfecto de su psicopatía.

Pero ese fallo lo atormentaba, porque a diferencia de los demás, que podían ser eliminados, Leah era sangre de su sangre, era una Schwarz. Esa contradicción era su obsesión, era lo más parecido a amar de lo que Viktor era capaz. No ser capaz de matar a su hija le hacía convencerse de que tenía una debilidad, era un cabo suelto que necesitaba controlar, supervisar… por eso, cuando ella le dijera que se casaría, él se vería impulsado a salir de las sombras, necesitaría evaluar esa unión, los hijos que pudieran salir de ella, con qué sangre se mezclaría la suya, cuál sería el próximo eslabón evolutivo Schwarz y si… si uno de sus nietos daría el pedigrí de superhombre.

—Señora Tames, usted es una fuente inmensa de sabiduría. Lo digo y lo repito, cuídese —le besó la frente—, el mundo sería un lugar muy sombrío sin usted.

Abandonó casi corriendo la boticaria en dirección a su habitación. Había conformado el perfil de Schwarz, había hallado su detonante, era hora de poner al tanto a los Prometheus.

Su único contacto seguro con los Prometheus era Alexa Milbank. Se había ganado la confianza a medias de Marcus Cavendish, pero no podía arriesgarse. Frank, por su parte, analizaría las ventajas con practicidad y determinaría que el camino más fácil y eficiente era secuestrar a Leah Böhm, y Tobías… bueno, él haría volar todo por los aires.

Definitivamente debía ir a por Alexa.

Había decidido hacía años que Viktor Schwarz debía morir en manos de sus *creaciones*, porque así se convencía de que no llevaba a cabo su venganza por él, sino por Brunilda. Le otorgaba a una Brunilda simbólica el poder de controlar su vida, de poner fin a su tortura y liberarse.

Sí, el psicoanálisis le había trastocado la cabeza. Analizaba cada una de sus acciones por sus valores simbólicos, por las manifestaciones de su inconsciente. Pero es que había descubierto que esa corriente era muy útil. A medida que estudiaba el comportamiento humano, los traumas y sus consecuencias, más y más se convencía de que no existía tal cosa como la absoluta libertad. Bastaba que tu madre no te hubiera abrazado lo suficiente para condicionar tu vida para siempre. Lo único que restaba era entender de dónde nacían esas pulsiones y emplearlas a tu favor.

En su caso era sencillo, o eso se decía a sí mismo. Abandonado por su madre, no reconocido por su padre, dejado a merced de un orfanato que los vendía como mano de obra barata, había encontrado en Brunilda un sentido para el sufrimiento. Todo el dolor lo había conducido a los momentos de dicha junto a ella, los cuales eran escasos como los minerales preciosos, e imposible de valorar para aquellos que crecieron rodeados de oro. Él había salvado a Brunilda de ser atrapada por Prometheus una vez más, gracias a estar en el lugar correcto en el momento indicado. Brunilda lo había salvado a él de algo mucho más importante, lo había rescatado del nihilismo, de creer que todo valía lo mismo…lo había salvado de ser Viktor Schwarz, una persona para la que no existía la justicia ni la moral, solo el bien personal como motor de evolución.

Michael había reemplazado ese desapego de las calles por algo más profundo: sentido de justicia. Y gracias a eso no se convirtió en un demonio, sino en un hacedor de demonios. Él los reunía, como el mismo Satán, para que fueran a por los pecadores.

En el camino el plan fue tomando forma. Primero se infiltró, esperando tener acceso a Viktor y buscar sus debilidades; luego se dio cuenta de que Schwarz era un paranoico y que por ese sendero no llegaría a él, por lo que optó por secuestrar —o salvar— a uno de sus casos de estudios. Aprovechó un incendio para llevarse a Alexa Milbank de entre las llamas y estudiarla al derecho y al revés, descubrir cómo funcionaba la mente de una Prometheus…Junto a Alexa halló la llave para despertar a los demonios, liberarlos. Se trataba de algo tan primitivo y lógico que se echó a reír de sí mismo: el amor. Él, que había atravesado mil obstáculos, diseñado un plan de venganza y aguardado años para dar el golpe, no supo ver que el amor era la respuesta que buscaba. Si conseguía que ellos hallasen *su Brunilda*, Viktor estaría condenado.

Para Franz Cooper fue Georgiana.

Para Marcus Cavendish fueron Irina y Gunnar, en conjunto, como una trinidad.

Y para Alexa y Tobías, el uno para el otro.

Ya tenía sus demonios, ya tenía cercado al pecador, era hora de encender las llamas del infierno.

Escribió una nota para Alexa, escueta, en clave y que sería depositada en una casilla de correo anónima, en la que le informaba que había echado el anzuelo. Pronto tendría novedades. Los Prometheus debían empezar a alistarse para la batalla final.

Lanzó la nota al coche de postas y se volvió de regreso a la boticaria, a fingir que era un anodino médico rural. Joder con ese trabajo, lo suyo era el diván. Si le propusieran analizar las cabecitas de esos pueblerinos, estaba seguro de que hallaría la labor mucho más interesante. ¿Qué demonios los llevaba a quedarse en un pueblo olvidado de Gales, pasando frío, dependiendo de la pesca, en un estado tan primitivo? En el caso de Leah lo había descubierto: negación. Salir al mundo era quitarse el velo, sacudir los cimientos de su vida, y ni toda la valentía del mundo bastaba para atreverse. Si existiera la forma de viajar en el tiempo y le preguntasen en esas noches que aún tenía a

Brunilda en brazos si optaba por la mentira de soñar que se curaría o por la verdad de lo que en realidad Viktor Schwarz y su proyecto Prometheus le habían hecho, él cogería la mentira con todas sus fuerzas, sin dudar.

La valentía estaba sobrevalorada. Los cobardes eran mucho más felices.

De modo que no, no juzgaba a Leah por permanecer en ese pueblo de mala muerte, preocupada por sus pobres vecinos, llevando una vida sin mayores sorpresas ni desafíos. Le dejaría mentirse un poco más, decirse que elegía eso libremente y no por el trauma que implicaba ser hija de Viktor Schwarz. *Claro que sí, bella Leah, claro que optas por esto porque detestas la competencia médica.*

Definitivamente lo suyo era psicoanalizar, no atender caries ni…

—¡Doctor Wagner! —Un niño descalzo corrió hacia él—. ¡Doctor Wagner!

Jacob Brooks, el hijo de Ethel Brooks…eso quería decir…

—¡Mierda! —gruñó.

—Mi madre entró en trabajo de parto —dijo el niño, con demasiado aliento teniendo en cuenta la carrera que se había echado.

—¿No es ese trabajo de comadronas?

El niño ladeó la cabeza y Serge pudo jurar que sintió algo…¿qué cojones era eso?, ¿acaso… remordimiento? No, imposible, seguramente la señora Tames le metió algo al café.

—Sangra y me sacaron de la casa, doctor.

Amberg miró al niño, sus pies descalzos, la desesperación en su mirada. Puso los ojos en blanco, al demonio el psicoanálisis, volvía a sus años de estudiante, cuando tuvo que demostrar primero que era un médico excelente para que le dejaran acercarse a los catedráticos de Viena.

Suspiró.

—Venga, vamos…—Le hizo un gesto con la mano de que marcara el camino—, seguro que, para cuando lleguemos, tu hermanito ya está chillando a todo pulmón y esa sangre que viste es la normal en estos casos.

Capítulo 7



¡Esa cantidad de sangre no era normal, joder!

—Usted no puede pasar —lo detuvo el señor Brooks, aunque sin ímpetu. Estaba tan pálido que parecía más blanco que Leah. En algún momento, Jacob lo cogió de la mano y él no se la soltó; no sabía quién apretujaba a quién.

Leah se volvió solo un segundo ante el alboroto en la entrada, sus ojos color cielo, con rebordes rojizos, se clavaron en él y Serge pudo leer en ellos el pánico. Algo iba realmente mal.

—En condiciones normales, no haría siquiera el intento…pero esto no parece normal.

Los médicos no atendían partos, y cuando lo hacían… bueno, la verdad es que la cagaban. Tenían mayor tasa de mortalidad que las comadronas; los defensores de los catedráticos decían que se debía a que a ellos llegaban los casos más difíciles. Serge Amberg era de otra idea: los hombres no entendían la anatomía femenina. Y no por falta de capacidad, sino por falta de interés. Tan centrados estaban en sus propios cojones que jamás se dedicaron a estudiar las vaginas, los úteros y el maravilloso universo de la procreación.

Lo reconocía, él era uno de ellos. En su caso no por desmerecimiento de la anatomía femenina, de hecho, en sus años de adultez había desarrollado un saludable gusto a ella. Su problema era que se centraba en las mentes y no en el resto. Conocía del parto lo elemental: que existían dos escenarios posibles, o el niño salía bien y ambos proseguían con su vida, o todo se iba al demonio.

Estaban en el segundo escenario.

—Ningún hombre verá a mi esposa desnuda —sentenció el señor Brooks.

Vale, nueva estrategia.

—No vengo por la señora, vengo por usted.

—¿Cómo…?

—Claro, en estos casos se recomienda que el hombre reciba atención también. Dime, Jacob, ¿tienen ginebra en casa?

—Sí…

Serge rodó los ojos.

—Y ve a por ella, muchacho —le ordenó. El niño corrió hacia la alacena y regresó con una botella de ginebra. Al otro lado de la puerta, los gritos eran ensordecedores. Las maldiciones de Leah también—. Bien, señor Brooks, empiece por la primera dosis —le extendió la botella y el hombre bebió

sin dudar. Lo necesitaba. Otro grito de su esposa coronó el asunto—. Un trago más —lo instó Serge, mientras sus ojos iban en dirección a la puerta cerrada. ¿Qué demonios sucedía? Escuchaba el correteo de muebles, los gritos de la mujer, las órdenes de Leah. Necesitaba ayuda, era evidente, ayuda de alguien que supiese, no de un esposo aterrado y unos niños en la pubertad.

Y el jodido médico estaba atascado en las normas sociales.

—Bien, ahora, confíe en mí…—pidió Serge, y cogió el colgante púrpura. Si funcionaba con un Prometheus, tenía que ir de maravillas con el señor Brooks—. Mire el colgante —comandó. Le cogió una mano, apoyó su pulgar en el pulso, no para medirlo, sino para transmitirle sus latidos calmos al hombre. El dije comenzó a danzar ante los ojos del hombre—. Siga mi voz, ponga la mente en blanco. Se encuentra en el mar, las olas lo mecen, la brisa lo alcanza…No ve la costa, está solo, en el bote, sin premuras… solo escucha las gaviotas y mi voz. —Contó las respiraciones, se esforzaba para que los gritos y traqueteos no intervinieran, cuando notó el pulso del hombre sereno, prosiguió—: Al chasquear los dedos, despertará y sentirá un irrefrenable impulso de ir a caminar a la costa. Es urgente, no puede esperar. —Chasqueó los dedos y el señor Brooks abrió los ojos. Los fijó en el doctor. Un nuevo alarido irrumpió en la sala, pero no pareció alterar al hombre.

Se puso de pie de golpe, miró a su hijo. Jacob lucía sorprendido, no entendía nada, ni los gritos de su madre, ni el estado de su padre.

—Debo ir a la costa.

—Vaya, hombre, que nada lo detenga.

En completo estado de trance, el señor Brooks abrió la puerta a la calle y se marchó en dirección al mar. Jacob permaneció estupefacto. Serge, en cambio, no perdió tiempo. Guardó su colgante y abrió la puerta de la habitación.

¡Esa cantidad de sangre no era normal, joder!

Leah se volvió hacia la puerta y se encontró con la figura de Michael Wagner recortado bajo el umbral. Por primera vez desde su llegada, agradeció verlo.

—No sé qué ha hecho para deshacerse del señor Brooks, pero gracias —Sonrió—, jamás pensé decir esto, pero hoy es usted un ángel.

Las palabras de Leah le golpearon hondo en el pecho, le costó reaccionar. Ella…diciendo lo mismo que Brunilda. Dio un paso al frente por pura fuerza de voluntad.

—¿Qué tenemos? —pasó a la acción de inmediato. Sangre, contestó su cabeza, demasiada sangre.

—El niño está trabado en el canal.

Ethel gritó, la naturaleza seguía su curso y el cuerpo femenino, ese que los médicos habían obviado estudiar, estaba diseñado para expulsar el crío a como diera lugar. De todos modos, Serge no pudo evitar soltar la absurda comanda:

—¡No puje!

—¡Eeeesooo inteeentooo, gilipollas!

—No me lo tomaré personal —murmuró. Se quitó la chaqueta, se arremangó la camisa e hizo lo principal, mirar por debajo del camisón de la señora Brooks—. ¡Joder!

Recibió un golpe preciso y doloroso en las costillas.

—¡El trato humano, doctor! —le recordó Leah.

—Es que las mujeres no son humanas.

—¿Ha atendido algún parto alguna vez?

—¿Cuenta estar presente?

—¡No! —le contestaron Leah y Ethel al unísono.

—Me sé la teoría, si eso sirve de algo —aceptó con sorpresiva humildad—, así que, en esta ocasión, señorita Böhm, yo seré su auxiliar. Ordene…

—Más agua hirviendo, más paños y ayúdeme a recostarla, o seguirá pujando.

—Empecemos por recostarla…

—Me parece bien.

La señora Brooks no estaba para pudores, y cuando los fuertes brazos del doctor la rodearon, sintió tanto alivio que se largó a llorar. Apenas podía moverse, todas las energías de su cuerpo estaban puestas en su útero, que seguía con las contracciones, ajeno a los problemas del niño. Serge la acomodó sin complicaciones, la recostó en la cama de manera gentil, aunque no por eso menos práctica y, ayudándose con las sábanas, le levantó las piernas en cuarenta y cinco grados. El zarandeo hizo su parte, y la coronilla del bebé pareció meterse de regreso en el canal.

—Enseguida vuelvo —dijo el doctor y corrió a la cocina. El pequeño Jacob era el único que estaba, sus hermanos se hallaban trabajando con las redes y no le habían informado aún del trabajo de parto. Mejor así. El señor Brooks… bueno, si a un Prometheus la hipnosis le podía durar horas, a un simple mortal…

Ya lo buscaría luego para despertarlo.

—Agua hervida y paños… —El niño señaló la cocina, la señora Brooks había preparado todo con antelación en cuanto sintió la primera contracción. Se esperaba un parto como los anteriores, sin complicaciones. A los cielos gracias su providencia. Puso a hervir más agua y le pidió al pequeño que le avisara cuando hiciera burbujitas. Sin más, retornó a la habitación.

—¿Cómo seguimos?

—Mal. —Leah estaba agotada, debajo de sus ojos enrojecidos se dibujaban aureolas violáceas por el cansancio. Parecía rendida, era un sentimiento tan ajeno a ella que Serge sintió ira al notarlo.

—¡No se puede rendir! —la reprendió con dureza. Ella lo miró, sorprendida por el exabrupto —. Usted no es de las que descartan vidas, que eligen qué proyecto vale la pena seguir y cuál no… ¡Usted no es su condenado padre! Así que póngase en marcha, mujer, que ni es niña ni es inocente ni es una cobarde.

—¿Qué demonios le pasa?

Serge dio un paso al frente, o tal vez fue Michael, que volvía después de años adormecido. Michael al que ella se atrevió a llamarlo ángel como hacía Brunilda.

—No soy un ángel, señorita Böhm. Estoy aquí haciendo ciencia, y si no está para lo mismo, entonces hágase a un lado.

—Es usted un imbécil.

—Y usted enojada es más útil que resignada —rebatió.

Leah clavó en él sus ojos furibundos, lo apartó de un empujón y regresó junto a la señora Brooks. El muy maldito tenía razón, se estaba rindiendo y no podía hacerlo. Dos vidas dependían de ella. Analizaría luego por qué ese hombre parecía conocer cada manivela de su mente, cómo descubría el modo de provocarla y ponerla en acción.

Y, sobre todo, por qué siempre sacaba a colación a su padre. El doctor Schwarz era apenas un recuerdo en la vida de Leah, una misiva cada tanto, un cheque, un informe…

—El niño está enredado con el cordón, eso es evidente —dijo Serge, asomándose una vez más bajo el camisón—. Mierda…

Ethel volvió a gritar, ya apenas tenía fuerzas. Había perdido mucha sangre por el desgarro y probablemente por el útero. El niño…el niño perdía las posibilidades minuto a minuto.

—No alcanzo el cordón, ya lo intenté, joder. ¡Ya lo intenté! —Leah se mordió el delantal por la ira. Los ojos de Ethel estaban nublados por el dolor, suplicaban en silencio que la ayudaran y la única ayuda que parecía venir a ella era la parca.

—¿Dónde está el cordón?

—Creo que en el tobillo, por la altura a la que llega el bebé.

Serge cogió a Leah de la muñeca y la condujo fuera de la habitación, los corazones de ambos latían acelerados, arrastrados por las circunstancias. A Amberg la situación lo tomaba desprevenido, desde sus inicios en la medicina que su objetivo era la venganza, no salvar vidas. Si bien no había podido marcharse y dejar morir a los jóvenes Prometheus en el incendio, esto era muy distinto. Se trataba de puramente vocación, del juramento hipocrático…

Su sueño era real. Él era Serge Amberg, era un jodido médico y tenía que salvar vidas.

—Van a morir —dijo.

—No… No… —Leah se quiso zafar de él, se retorció en sus brazos como una leona embravecida. Serge olvidó que era la hija de Viktor, su venganza… olvidó todo y solo fue capaz de contenerla contra su pecho. La apretó con fuerza, con ira, con esa maldita admiración que empezaba a brillar dentro de él por esa mujer a la que debía despreciar—. No pueden morir…

—Todos los libros de medicina así lo dicen, todos los consejos de comadronas también y lo sabes. Ya hemos hecho lo posible…

—Entonces, hagamos lo imposible —rebatió ella. Él le sonrió.

—A eso quería llegar, ¿estás lista para correr el riesgo?

Leah no respondió, simplemente regresó a la habitación con Serge detrás de sí. Ethel estaba gris por la pérdida de sangre y temblaba por los espasmos.

—Hay que sacarlo a como dé lugar —determinó.

—Es tarde para una cesárea, si la cortamos, morirá —respondió Serge—. Tendrás que alcanzar el jodido cordón. ¿Lista?

—Lista.

Serge se desabrochó el chaleco también, sabía que los botones le imposibilitarían hacer la fuerza que iba a requerir. Ethel no podía pujar más, ya había hecho el maldito trabajo, era hora de que él hiciera el suyo, usara esa anatomía masculina, que sí era estudiada por los médicos, al servicio de la vida.

Arrastró una silla junto a la cama, se posicionó junto al respaldar y levantó a Ethel desde debajo de los brazos. La mujer apenas pudo gritar.

—Apoya las rodillas, una en la silla y otra en la cama —pidió Leah. Debió ayudarla a hacerlo, apenas se sostenía; los brazos de Amberg hacían el trabajo de mantenerla erguida—. Esto va a dolerte mucho. Perdón. —Los ojos se le nublaron de lágrimas.

—No seas cobarde, Böhm —la reprendió Serge.

—Y tú no seas un capullo.

—Esa es la diferencia, yo soy un capullo todo el tiempo, tú eres una cobarde cuando debes ser valiente.

—Deja de provocarme para sacarme del pánico.

—¿Funciona?

—Sí, joder. Funciona. Pero ya te dije que odio los alienistas del demonio.

—Tienes suerte de que yo solo sea un médico rural. Hazlo, Böhm… ¡Hazlo ya, maldita cobarde, digna hija de tu jodido padre!

Cada insulto del doctor cumplía su cometido. Leah Böhm, que había llevado una vida entera

en un pacífico pueblo pesquero, sin jamás enfadarse con nadie, era ahora una máquina perfecta de convertir ira en combustible.

Coló su mano por el canal, sintió las lastimosas contracciones de Ethel desde adentro, el grito ahogado por la falta de fuerzas y los jodidos insultos del doctor Wagner en sus oídos.

Una cobarde…una simple curandera…una niña rebelde que se dedicaba a jugar a ser médica para desafiar a papá…

—Aquí tienes, Michael Wagner, aquí tienes a tu niñita de papá —gruñó, alcanzando al fin el cordón. Pese a la furia, sus movimientos eran gentiles y tan nimios que apenas se notaban. Aunque seguramente para Ethel era el infierno en la tierra.

—¿Lo tienes, Leah?

—Lo tengo, ahora haga su parte, señor *Científico*.

—Conmigo no funcionan las pullas…

—O tal vez no encontré dónde pinchar.

Como fuera, no se necesitaba ciencia en ese momento, sino fuerza. Pasó sus antebrazos por debajo de las axilas de Ethel y pegó la espalda de la mujer a su pecho. Con las manos, empezó a empujar hacia abajo, imitando las contracciones que la mujer ya no podía hacer.

—Dime que tienes la cabeza —rogó.

—Un poco más, venga —lo animó Leah. La señora Brooks creyó que se partía en dos, pudo jurar que una luz se abría camino en su techo y la llamaba a abrazar la paz. Las voces y pullas de Leah y Serge le llegaban ahogadas, como de otra vida. Pensó en que hacían linda pareja, los dos tan fogosos, tan apasionados… Extendió la mano hacia la luz, pero no podía alcanzarla. Los brazos del médico parecían sostenerla no solo erguida, sino con vida. Y la emoción en el rostro de Leah era de una guerrera.

De pronto la luz ya no se veía lejos, sino que la alcanzaba como un rayo en el medio del vientre.

—¡Ahhhhhh!

Una última contracción arremetió contra ella; intensa, fortísima, llena de vitalidad. Las manos del doctor acompañaron la puja y las de Leah recibieron a su niña…

—No respira —murmuró Leah.

—La madre tampoco.

En perfecta sincronía, Leah empezó a reavivar a la bebé y Serge a la señora Brooks.

—Uno, dos, tres…—Exhalación boca a boca—. Uno, dos, tres…

Ya no había espacio para desafiarse, solo se miraban con pavor. Habían ido más allá de los libros, de los consejos, habían jugado a ser Dios y ahora Dios les mostraba el resultado. Los que debían morir, morían.

¿O no?

—Uno, dos, tres…

El chillido de la bebé resonó a coro con el suspiro de la madre. Los dos alzaron la vista al cielorraso, agradeciendo a una deidad de la que llevaban demasiado tiempo sin creer. Cayeron de rodillas por el agotamiento, se miraron un instante, se sonrieron irónicamente y se desafiaron al unísono:

—¿Se rinde, señorita Böhm?

—¿Se rinde, doctor Wagner?

No se rendían, aún tenían la noche por delante. Tenían que ver si la madre se recuperaba de la pérdida de sangre y si la niña tenía secuelas por el tiempo atrapada en el canal de parto. De

momento, solo podían determinar una cosa.

Habían caminado por entre la delgada línea entre la ciencia y el milagro.

Capítulo 8



No había tiempo para celebraciones parciales; a una batalla la seguía otra, y haber conseguido que ambos respiraran era un triunfo parcial. Sin necesidad de órdenes, supieron que debían cambiar los roles.

Serge fue a la cocina, donde Jacob se encontraba junto al fuego. La mirada llena de miedo obligó al doctor a mentir, algo que rara vez hacía:

—Se pondrá bien.

No lo sabía, muchas cosas podían salir mal. Algo en ese suceso lo había conmocionado, podía tratarse de ver a Leah en acción, cubierta de sangre, luchando por una vida. O podía tratarse de él, que por una vez ejercía de médico de verdad. O la sensación abrumadora, embriagadora, de haberle ganado un palmo a la muerte. Como fuera, en ese instante se parecía más al viejo Michael Wagner, al niño que luchaba un día a la vez para mantenerse con vida que a Serge Amberg, el médico obsesionado con la venganza.

—Ya hace burbujitas —respondió el niño. El doctor asintió, no solo hacía burbujitas, sino que se había evaporado la mitad. No importaba, de momento le bastaría.

—Tú quédate un momento más aquí, ¿sí? Enseguida regreso. —Jacob se sentó en el banquillo que usaba Ethel para cocinar, con sus pies colgando y la mirada fija en el fuego, donde ya reposaba un nuevo cuenco. Esta vez avisaría a la primera burbujita, se prometió, no se dejaría amedrentar por los gritos y la sangre.

En la habitación, Serge dejó el agua y los paños junto a Leah. En silencio, respondió a sus órdenes mudas. Levántala así, muévela asá…Ayudó a desvestir a Ethel y se alejó para darle privacidad, aunque no fuera de los mojigatos de la época. El cuerpo de la parturienta no despertaba en él más que admiración. Sus senos inflamados, listos para dar alimento. El vientre hinchado por haber albergado vida. Las estrías en la piel que mostraban cuánto era capaz de crecer una mujer y las marcas rojizas de una fuerza que ni el mayor de los guerreros era capaz de tener.

En el otro extremo de la habitación, otra guerrera esperaba por él. Hizo lo que le correspondía mientras Leah lavaba el cuerpo exhausto de Ethel. Revisó a la niña, la elevó en una mano y supuso que pesaría unos dos kilos novecientos gramos. Era pequeña, lo cual formaba parte del milagro. Un niño de más de tres kilos hubiera hecho del desgarro vaginal una sangría letal. Esa pequeña criatura había compartido el canal con la mano de Leah. No pudo evitar observarla, era tan

eficiente que uno olvidaba lo menuda de su contextura. Era alta en comparación a otras mujeres, mas delgada…atlética sería el mejor término para describirla. El cabello blanquecino lo llevaba cubierto por una cofia, pero en la labor los mechones habían escapado sin control. El vestido gris y el delantal blanco era un recuerdo, las manchas de sangre ocupaban toda su pechera y parte de las mangas. Llevaba ahora los brazos desnudos, porque se había tenido que higienizar hasta los codos. La piel marmolea mostraba dos corazones rojos en las mejillas por el esfuerzo y los labios se veían carmesí por lo mucho que se los mordía debido al estrés.

Era preciosa.

La conclusión lo tomó desprevenido.

Había entablado relación con mujeres hermosas en su vida. Sin ir más lejos, en sus encuentros con los Prometheus solía estar en presencia de las mujeres de estos. Irina y Georgiana entraban en la categoría de Venus modernas. De Alexa no podía opinar, porque la había criado y veía en ella más a una hermana que a una mujer. Y, sin embargo, todos los cánones de belleza se iban al demonio cuando estaba frente a Leah Böhm.

Su atuendo práctico, su cofia desordenada, el agotamiento en sus facciones la hacían la mujer más hermosa que hubiera visto jamás.

Se odió por ello. Apretó los dientes y regresó la atención a la bebé.

Todos los dedos, los latidos bien, los ojos aún enceguecidos pero en apariencia normales. Un par de chasquidos para constatar si respondía a los sonidos…

La incomodidad no lo abandonaba. Apenas conseguía visualizar a Brunilda, y, cuándo lo conseguía, la imagen aniñada de su amor de juventud despertaba en él una ternura y una ira que era barrida por la pasión que encendía Leah.

Tenía que hacerla caer, usarla para llegar a Viktor, pero él mismo se enredaba más y más en su propia red.

Envolvió a la bebé en una faja de tela y la acercó a su pecho. La niña comenzó a chillar, buena señal. Tenía hambre.

—Llévatela un segundo —pidió Leah. Ethel empezaba a volver en sí y su instinto de madre clamaría priorizar a la pequeña antes que ella misma. La comadrona debía hacer algo antes: ayudarla a expulsar el resto de la placenta y coser el desgarro vaginal. Serge no la envidió en lo absoluto.

Con la pequeña en brazos, fue junto a Jacob y lo invitó a ir al jardín a tomar aire. Absorto en sus pensamientos, no fue consciente de sus acciones. Se sentó en el suelo, con las piernas en canastilla. Jacob ocupó el hueco que formaban y Serge le puso a su hermanita en brazos.

—Mantenla cerca del corazón —le dijo, mientras él acunaba a las dos criaturas contra su pecho.

Así los encontró Leah al salir.

El cuadro que conformaba el doctor Michael Wagner con los dos niños era algo que no se esperaba Leah Böhm. Hacía pocos minutos había tenido ante ella a otra versión de ese hombre, una que ponía en manifiesto su fuerza, no solo física sino también mental. En el momento no había sido capaz de procesarlo, la acción demandaba todo de ella. Pero poco a poco las imágenes volvían a ella para que las analizara con la cabeza fría y…sí, la sangre caliente.

Michael sin chaqueta, con el chaleco desabrochado y los antebrazos desnudos. El doctor Wagner usando su fuerza para manejar el cuerpo de Ethel como si el de una niña se tratase. A su archienemigo empleando sus dotes de tocapelotas para sacarla a ella del estupor…

Nada de lo que habían vivido esa noche se comparaba con lo acontecido hasta el momento. El Michael Wagner que la acompañó en la batalla no era el distante, cínico, irritante que había conocido

hasta el momento, sino un médico como los que ella admiraba: aguerrido, con el juramento hipocrático por delante, preocupado por la vida y no por los brillos catedráticos, jugando en la delgada línea entre la fe y la ciencia…como lo habían hecho por siglos las comadronas.

Y ahora, con los niños en brazos… describir la emoción sería imposible para Leah, porque implicaría admitir un sueño que llevaba años soterrado. El de su propia familia.

—Ethel pregunta por su bebé —murmuró. Los ojos de Jacob se fijaron en ella, asustados—. Por sus bebés.

Serge se incorporó arrastrando consigo a Jacob y a la bebé. El movimiento ágil fue admirado por Leah una vez más. La curiosidad se abrió camino en su mente, ¿cómo había conseguido un médico el cuerpo de un guerrero? Porque eso era Michael Wagner, un guerrero entrenado, le faltaba descubrir en qué arte de la guerra, si en el combate o en la estrategia. Clavó sus ojos en la ancha espalda y lo siguió hacia el interior de la casa; con movimientos suaves, depositó a la bebé en el pecho materno y le permitió a Jacob acurrucarse junto a su madre.

Ethel estaba débil, apenas podía moverse, pero ya no sangraba. A Leah le esperaban días muy movidos, tendría que cocinar hígado y el revuelto con sangre de vaca para ayudarla en la recuperación, rogar que mientras estuviera así de débil ninguna enfermedad la acechara, además de hacer lo que siempre hacía por las mujeres durante el postparto: supervisar los pezones, si no se inflamaban las mamas y si el calostro y la leche parecían de calidad para el bebé.

Todas esas labores se le presentaban como el paraíso, pues lo contrario hubiese sido la tragedia. Una vez que Serge se aseguró, por rutina, que la madre no tuviera fiebre, volvió a abandonar la casa en silencio y regresó al jardín, a sentarse en el césped. En esa ocasión, se sacó los zapatos y los calcetines y dejó que sus pies desnudos tocaran el verde suelo. Parecía recargarlo de energía.

—Ya pareces Jacob, yendo descalzo a todos lados —dijo Leah y se sentó a su lado. Notaba que el hombre estaba taciturno y hasta podía jurar que distante con ella. No hallaba explicación, las pullas no habían sido en serio, sino con la intención de sacarla del pánico. ¿Por qué estaría enfadado?, ¿por qué no compartía su euforia?... ¿Por qué la miraba como si se debatiera entre besarla y ahorcarla? ¡Joder con Michael Wagner y su carácter enigmático! Cada vez que parecía descubrir algo de él, una nueva incógnita parecía abrirse camino.

El silencio se le hizo pesado, empezaba a anochecer y la brisa fresca le infundía mejores ánimos para enfrentar lo que quedaba. No desperdiciaría su alegría en acompañarlo en su estado de ánimo atroz. A ella le funcionaban los desafíos, a él esperaba que su cháchara lo sacara del ensimismamiento.

—Creo que lo sabes, ¿verdad? —empezó Leah—, me caíste mal desde el momento en que llegaste a Milford Haven. Al principio, por la razón evidente, todos los médicos que arriban lo hacen con sus aires de sabelotodo. Intentan cambiar las cosas que funcionan muy bien y no hacen nada por remediar las que funcionan muy mal…Pero luego hablé contigo y…

—Y descubriste mi encanto —rompió el silencio Serge.

—Y me caíste peor —rebatió ella. Se granjeó una de las cínicas medias sonrisas del doctor—. Eras el más irritante médico que jamás conocí; ¡incluso más que el viejo Church! Y eso, créeme, es mucho decir.

—¿Por qué hablas en pasado? ¿Acaso perdí mi encanto? —bromeó.

—Porque hoy, cuando llegaste en el momento indicado, pensé que eras un ángel. Ahí, de pie, bajo el dintel, ocupando casi el total del marco de la puerta… Pensé… No, ¡supe!, supe que lo lograríamos. Que esa era la razón por la que estabas aquí. Sé que no eres un áng…

—¡No vuelvas a decir eso! —espetó Serge. Leah se asustó al ver el brillo casi demencial en los

ojos hielos del hombre.

—¿Q-qué cosa? ¿Que pensé que eras un án…?

Los labios duros del doctor impactaron en ella, acallando las palabras. El beso nada tenía de romántico y todo de furioso. Era como una de esas tempestades marinas que cada tanto azolaban Milford Haven. Bestiales, descomunales, indomables.

Leah permaneció impávida unos segundos, por la doble sorpresa: la del beso y la de las extrañas sensaciones que despertaba en ella. Eso le permitió a Serge calmarse, cambiar la dureza por la suavidad.

Solo había pensado en callarla, en sellar esa boca criminal que había conseguido dar sin imaginarlo en su detonante. Él, que había librado a los demonios de sus condicionantes, era preso de uno y la jodida hija de Viktor Schwarz lo había descubierto. ¡Maldita ironía!

A medida que sus labios se acostumbraban al calor de los de ella, otras emociones empezaban a abrirse camino por entre las grietas de su disfraz. Leah Böhm no era su padre… Leah Böhm era una mujer hermosa… Leah Böhm estaba viva, su sangre caliente, su cuerpo anhelante… Besaba a Leah como jamás podría besar a Brunilda.

Se separó de ella como si quemara; Leah hizo lo mismo. Se observaron con espanto.

—Solo… no lo digas… —rogó Serge y notó en su voz un matiz de vulnerabilidad que le revolvió el estómago.

—¿Así callas a todas las mujeres? No me sorprende que te hayan echado de Londres —intentó bromear. Serge rio, le agradeció que le quitara el hierro caliente al asunto. Sabía que debía seducirla, y besarla podía ser un buen inicio, pero sin pretenderlo, ese beso le había arrancado un pedazo de alma y no le quedaba demasiada como para ir desperdigándola por ahí.

—No a todas, solo a las bonitas.

—Oh, venga…puedes hacerlo mejor.

—O puedo besarte de nuevo, aunque no tenga talento para el cortejo —propuso con picardía.

—De eso nada, tendrás que encontrar mejores modos de callar a una dama.

—¿Mejores que besarla? Dudo que exista… Más eficientes, tal vez… Más placenteros, no lo creo.

Al fin consiguió que se sonrojara. Se contentó con su magro logro, de momento venía metiendo la pata sin parar con ella. Tenía que ganarse su confianza y, sin embargo, los fantasmas del pasado no le hacían más que recelar. Se daba cuenta de que Leah Böhm podía ser peligrosa, no como lo era su padre, sino como lo podría ser una mujer encantadora. Una hechicera milenaria.

—Podrías hablar tú. Eso me haría callar —sugirió—. Podrías contarme por qué te enfureciste tanto. Al fin de cuentas, intentaba halagarte.

El doctor Amberg contuvo el aire. Sabía que debía decir algo si quería ganarse su confianza y requería esa confianza para ejecutar su venganza. Si algo había aprendido en los años de ser un farsante, era que para que una mentira colase, lo mejor era que estuviera matizada con la verdad.

—Otra persona solía llamarme así…Decía que por mi nombre, Michael —confesó—. Ella creía que yo podía ser su ángel guerrero, su salvador. Pero no pude salvarla. No soy un ángel, Leah.

—¿Cómo se llamaba?

—Brunilda. —Su nombre le raspó en las cuerdas vocales. Llevaba tantos años sin nombrarla, escribiendo sus sueños en clave por miedo a que alguien lo descubriera, recurriendo a su imagen borrosa en la memoria, que sintió que Leah, con su charla, le brindaba el más grande de los obsequios. Le permitía volver a darle vida al recuerdo de Brunilda, le ayudaba un poco a transitar el duelo trunco de su muerte.

—Por ella estás aquí, ¿verdad? —dedujo la señorita Böhm. Posó la mano sobre la de él, notó la suya pequeña en comparación. Al segundo, desapareció de su vista, porque la otra mano de Serge la cubrió, y la atrapó entre ambas.

—Sí, por ella estoy aquí. —Se sintió bien soltar esa verdad; sabía que se aferraba a una interpretación laxa de veracidad. Leah pensaba que lo empujaba el duelo, no la venganza. Ella sería la responsable de su error de interpretación, no él.

—Tienes razón, Michael, no debí confundirte con un ángel. Eres algo mucho mejor que eso… —Lo instó a mirarla—. Eres humano. Por fin puedo verte humano.

—Los humanos apestan…

—Los humanos existen y cometen hermosos errores. Como el de creer que pueden dejar el dolor atrás cuando arman las maletas y se marchan. ¿No lo ves?, Brunilda siempre estará aquí…—Con la mano libre le tocó el pecho, el lugar exacto en que el botón de su camisa marcaba el límite entre el pudor y la indecencia—. No hay nada de malo en seguir viviendo, al contrario, mientras tú vivas, su recuerdo habitará en ti y eso es maravilloso.

—Hay algo muy malo en seguir viviendo, Leah —reconoció él, sin máscaras ni dobleces—. Y es que duele como mil demonios.

Leah lo abrazó, lo hizo con el corazón generoso que la caracterizaba. Él la cogió en brazos, con el hambre y desesperación que lo invadían. Llevó su mano a la nuca femenina, demandó que alzara el rostro hacia él y volvió a besarla.

Se suponía que debía ser gentil, un caballero cortejando. Pero ella había abierto la puerta del infierno que habitaba en él, esperaba que estuviera lista para danzar con los demonios. Le abrió los labios con la lengua, invadió la cavidad y saboreó el dulce néctar de su boca.

Era dulce como solo podía serlo la inocencia… era tan deliciosa que cubría con su sabor el amargo gusto de la venganza. Le mordió el labio inferior, antes de adentrarse más hondo, hasta arrebatarle el aliento. Cuando sintió que su cuerpo respondía, se separó de ella, dejando entrever el espanto y el miedo en su mirada. Que ella interpretara caballerosidad donde solo había desesperación.

Deseaba a la hija de su enemigo.

—Lo siento, Leah.

—Yo no —reconoció ella. Se puso de pie, se alisó el vestido sucio y se quitó la cofia. Su larga cabellera cayó libre por su espalda y el viento se dio un festín. Serge también—. Pero no se puede repetir. Puede que mi padre no sea un hombre presente, no obstante, es mi tutor y no creo que apruebe…bueno…que apruebe esto.

La mención de Schwarz consiguió enfriarlo como un baño en el helado mar.

—Lo entiendo. Aunque tal vez tendría que advertirle, señorita Böhm, que no soy de los que se rinden fácilmente. Ya lo ha comprobado esta tarde.

Ella bajó la mirada con fingido decoro. En realidad, escondía la sonrisa coqueta. ¿Acaso quería que Michael Wagner la cortejara? ¡Qué demonios! Si hacía tan solo veinticuatro horas le parecía el hombre más irritable del planeta y ahora…

—Por cierto —dijo, cambiando de tema por su bien—. ¿Y el señor Brooks?

Serge palideció.

—¡Joder, el señor Brooks!

—¿Qué has hecho con él?

La pregunta se la llevó el viento, el doctor ya se había dado a la carrera en dirección a la costa.

Capítulo 9



Nunca en su vida un café le resultó tan amargo. Imposible de tragar. Lo hizo, por supuesto. Había ingerido cosas peores. ¡Joder, si hasta había comido de la basura! Podía con esa infusión amarga, en exceso sobrecalentada y con una acidez fuera de lo habitual. Casi extrema, adrede, como si la hubiesen condimentado con algo más.

Con una gran cucharada de recelo, ¿quizás? Y otra cucharada de fastidio. Sí, y también con una buena dosis de intolerancia.

Serge bebió un sorbo de la oscura infusión y fue como tragar su propia bilis, de todas maneras, sonrió de satisfacción, como si hubiese degustado un manjar digno de reyes.

—Oh, vaya cabeza la mía, no le he ofrecido azúcar... —Adele fingió que le importa brindarle una buena atención al recién llegado. El doctor Wagner le importaba tres pimientos, todo él.

—No se preocupe, lo bebo amargo. Justo así, como usted lo ha preparado. —Sorbió con lentitud, sin apartar su mirada de la mujer. El encuentro de sus ojos fue comparable a un duelo. Los dos estaban a la espera de una expresión facial. Los dos permanecieron impávidos e inalterables—. Tendré que venir de visita más seguido para deleitarme con esto. —Bebió en su totalidad con un último y largo sorbo. Golpeó la mesa con la taza vacía como un borracho reclamando que le rellenaran el vaso.

—Veo que esos son sus planes, ¿no? Visitarnos más a menudo. —Finalmente el duelo llegó a su fin. Adele se consagró perdedora al alzar su ceja derecha. La tetera metálica estaba apoyada en la mesa, así que volvió a servirle más café.

—No sé si eso puede considerarse como «mis» planes… sino una ineludible actividad. —Aferró la taza con sus manos, como quién entibia las palmas con el calor de la porcelana. Si bebía otra taza necesitaría un preparado estomacal para dormir esa noche—. Usted conoce muy bien a los habitantes de Milford Haven, pareciera que las puertas de sus casas tienen un cerrojo... uno que solo la señorita Böhm puede abrir. Si quiero hacer mi trabajo, debo tenerla a mi lado.

—O buscar otro trabajo, uno en el cual no necesite escolta. He oído que en Holyhead están a la espera de un nuevo doctor. —Su ceja derecha seguía alzada; ante lo dicho, la ceja izquierda la igualó en altitud. También sus dedos se sumaron al espectáculo, golpeteando la madera de la mesa.

—Gracias por la información, se la trasladaré a un colega —mintió. Aunque tuviese un colega de su aprecio, no le desearía una suerte igual a la suya, menos aún en el otro extremo de Gales—. Por

mi parte, me estoy adaptando al clima y a la vida de este pueblo. También a sus modos y a la amabilidad de sus lugareños —dijo, alzando la taza.

—Lo dudo —gruñó entre dientes.

La charla y el trágico destino de Serge —beber esa otra taza de café— fueron interrumpidos por Leah. Bajó por la escalera a paso veloz, con el cabello trenzado, un vestido de lino en tono ocre y maletín en mano. Serge quedó prendado de su imagen por unos segundos, deseaba regresar al duelo visual con el aya, pero no... debía admirar esa imagen. Su cuerpo, su ligereza de movimientos, su ansia por ponerse en marcha rumbo a aquellos que la necesitan. Y su sonrisa... su hermosa y jodida sonrisa. ¿Cómo alguien, sin más motivos que por su existencia, podía sonreír de esa manera? Sonreía como si la vida le sonriera también. No, la vida no le sonreía a nadie, ¿verdad? Sonreía como si la mañana fuese hermosa. No, no lo era, era una mañana nublada, gris y ventosa. Entonces, ¿por qué sonreía con tanta felicidad?, ¿por qué demonios le sonrió en cuanto lo vio?

Peor aún, ¿por qué demonios él correspondió su sonrisa con otra?

—Buen día, doctor Wagner... Adele —También le sonrió a ella—. ¡Oh, café! —dijo al ver la cafetera en la mesa. Antes de que su aya pudiera evitarlo, ella cogió una taza vacía de la bandeja y se sirvió.

—He preparado té para ti. —Intentó detener la taza antes de que se la llevara a la boca. Tarde. Leah sorbió y, ni bien saboreó la infusión, escupió lo bebido dentro de la taza.

—¿A quién intentas enven...? —Se llamó al silencio y apretó los labios cuando vio que el doctor tenía una taza repleta en sus manos. Miró de soslayo a Adele, esta se sacudió migas imaginarias en la pechera de su vestido.

—La próxima vez, doctor Wagner, beba algo solo con mi aprobación previa —carraspeó con cierto enojo. Tensó los labios.

Serge detestó a Adele, no porque le hubiese servido ese café nauseabundo, sino porque con su treta se ganó el enfado de Leah y le borró de un plumazo la sonrisa de los labios. ¡Maldita mujer! Si otra fuese la circunstancia, en reprimenda, la utilizaría como sujeto de experimentación. Se lo merecía.

—Creo que lo más conveniente sería evitar las «próximas veces» —masculló entre dientes él, tensó la mandíbula al ver que la mujer disimulaba su sonrisa. Claramente pretendía que él no volviera a poner un pie en el hogar Böhm.

—No diga tonterías, venga... —Lo cogió por la muñeca y lo arrastró fuera de la casa—. Una vez en el jardín, lejos de los oídos de su aya, le dijo con un susurro—: Si se deja ganar por Adele, se deja ganar por todo Milford Haven. —Lo instó a caminar a su par. Tenían asuntos que atender, por eso él estaba allí, habían pactado el encuentro.

—Lamento informarle, señorita Böhm, pero Milford Haven ya ha ganado. —Su presencia en el pueblo todavía no era del agrado de los lugareños. Leah sacudió la mano al aire como si quisiera restarles credibilidad a sus palabras—. Más evidencia que esta no hay —dijo haciendo alusión a la caminata en su compañía—. Parezco una debutante que necesita de su chaperona para no perder su prestigio social.

Leah se echó a reír a carcajadas tan fuertes que tuvo que detenerse para enfocarse en esa sola tarea. Fueron unas carcajadas tan ruidosas, chispeantes y graciosas que, como el más peligroso de los virus, contagió a Serge. Él rio con tantas ganas que pensó que las costillas se le quebrarían. Todo su cuerpo colapsaba ante una experiencia inusual, casi desconocida: reír de manera natural. ¿Acaso era posible?

—Si de prestigio social... —Leah hizo una pausa entre risas para finalizar la idea del doctor— se trata... déjeme decirle —Las risas le provocaron lágrimas, él extrajo un pañuelo de su chaqueta y se

lo entregó. Serge no pudo hacer una pausa en las suyas, es más, hasta un extraño resoplido las acompañaba—, que lo perdió a los días de haber llegado.

—De ser así, déjeme informarle que... —Miró en derredor, desde el interior de las casas, los vecinos observaban el escandaloso espectáculo— los dos lo hemos perdido.

Leah giró sobre sus talones y siguió con sus ojos la línea de visión del doctor. Agitó la mano con un saludo en dirección a la mujer que los observaba desde la ventana.

—¡Buen día, señora Breinholt! —La mujer le correspondió el saludo, a Serge lo fulminó con la mirada—. ¡Más tarde Adele le traerá el ungüento para sus talones!

—Gracias, querida, que tengas un buen día —respondió con un grito. No le dispensó ni un gesto a su acompañante, era como si no existiera.

—Ha visto —Giró de nuevo hasta enfrentarlo como antes—, mi prestigio siempre está intacto. Puedo ser una libertina —bromeó y enlazó su brazo al de él a modo de ejemplo— y, aun así, mi prestigio se mantendrá intachable- —Se acercó a su oído y le susurró—: Ese ungüento, ufff, hace maravillas en sus talones resecos.

—Siempre lo he dicho, la necesidad vence a la opinión. —Tenerla aferrada a su brazo le resultó una sensación agradable, como si ella perteneciera a ese lugar, a su lado, unida a su brazo, pegada a su cuerpo. Y fue esa misma sensación de comodidad la que lo hizo tomar distancia. La idea era que ella experimentara esas sensaciones, no él—. De todas maneras, no tentemos a la suerte y a las habladurías, bien podría terminar casada conmigo a la fuerza. —Considerando que estaban en un pueblo pesquero, le pareció conveniente el momento para lanzar el anzuelo. En términos más personales, sembró la semilla en su consciencia para que esta echara raíces en lo profundo de su inconsciente. El trabajo fino se llevaba a cabo en ese lugar.

—¿Qué le hace pensar que yo aceptaría que el escrutinio social decidiera sobre mi vida? —carcajeó. Le devolvió el pañuelo. Retomaron la caminata.

—Quizás es mi vida en la ciudad la que habla... —Alzó los hombros—. Allí uno solo camina en la dirección que indica la brújula social.

—Pues no es necesario recordarle que está muy lejos de la ciudad, ¿verdad? Y, además, no se preocupe de las posibles presuposiciones de este pueblo, le puedo garantizar que tanto usted como yo, juntos —Especificó, no iba a hacerse responsable de las habladurías que involucraban al doctor—, jamás seremos dignos de un rumor en este pueblo.

Serge resopló, ni que enamorarla fuese una tarea difícil. La joven Böhm era un jodido libro abierto, con traumas incluidos, conquistar su corazón era tan sencillo como dar vuelta un calcetín.

—Disculpe, pero creo que tengo que ofenderme... ¿Me está menospreciando?

—No sé si la palabra adecuada sea menosprecio, sino experiencia personal. La gente de Milford Haven sabe que yo no tengo intenciones de repetir la misma historia familiar.

Oh, vaya sorpresa, los conflictos paternos no resueltos afectando las decisiones de la progenie femenina.

—¿Con historia familiar se refiere a casarse con un médico? —Ella asintió—. Eso sí que es un absurdo, sin ir más lejos... mírenos —Continuaban caminando—, lo lógica nos dice que seríamos la pareja perfecta. ¿Qué mejor compañera para un médico que una mujer que esté a la altura de sus conocimientos?

Leah volvió a reír.

—¡Por favor, doctor, desde cuando un hombre quiere a su lado a una mujer con esas características!

—No generalice, señorita Böhm, eso solo pone en evidencia su rígido juicio de valor. Además,

déjeme decirle que esa pretenciosa idea de no repetir historias familiares no se soluciona evitándolas. —Se detuvo y detuvo el andar de Leah ubicándose frente a ella—. Sabe, cuánto más empeño ponemos en algo, ese algo más nos atrae...

—No lo sé, de momento, me ha ido muy bien evitándolo... —Le sonrió con picardía. Sí, cada día lo encontraba más atractivo. Cada día se sentía más a gusto en su compañía, de hecho, fue ella la que propuso hacer las rondas clínicas juntos. ¡Hizo las paces con sus modos y ese humor retorcido que lo caracterizaba! Y sí, en ese preciso instante, se le antojaba acomodar el mechón rubio de su frente. Dio un paso al costado y eludió la barrera impuesta por su cuerpo—. ¡Ve… lo evito sin problemas! —bromeó mientras se alejaba de él—. Apure el paso, doctor Wagner, la señora Cameron nos espera.

Luego de casi veinte minutos de caminata, arribaron al destino. Uno inesperado para el doctor, los almacenes generales del puerto y sus oficinas. Entre medio de estos edificios se encontraba una taberna.

—Cuando dijiste que la señora Cameron no tuvo más alternativa que hacerse cargo del negocio de su difunto marido, debiste de ser más específica —dijo restregándose la nariz. Olía a pescado podrido. ¡Y a orina! Orina de borrachos.

—¿Por qué?, ¿acaso haría la diferencia? —Leah se resignaba, no era su entorno de preferencia, pero la mujer requería de su asistencia. En ese sitio, en su mayoría, se encontraban hombres de paso, los que arribaban al puerto para carga y descarga, luego continuaban con su ruta marítima. El bar de los Cameron era el albergue momentáneo para todos estos.

—Sí, hace la diferencia para usted. —Lucía enojado. No era un lugar para la señorita Böhm, entre medio de borrachos pesqueros y, seguro, de polizones maleantes—. ¡Joder, no sé si es inocente o temeraria! Usted, aquí, es carnada de tiburón —gruñó clavando sus ojos en un hombre que no dejaba de mirarla. Casi como un acto instintivo, la cogió por la muñeca y la colocó tras su espalda—. ¿Cómo se atreve la señora Cameron a solicitarle atención aquí?, tendría que ser ella la que…

—Yo me he ofrecido. La señora Cameron no tiene ni el tiempo ni el estado físico adecuado para hacer lo que usted sugiere, doctor. —Abandonó el refugio tras su espalda y avanzó dispuesta a enfrentar la primera línea de borrachos. Él volvió a cogerla por la muñeca, la detuvo—. No es mi primera vez en este rodeo, son inofensivos... no quieren enemistarse con su proveedor de alcohol, y lo harán si se atreven a molestarme.

Se soltó del agarre y con un par de largas y firmes zancadas, llegó hasta la puerta de la taberna. Allí había un hombre parado, sosteniendo una botella de ginebra. Cuando Leah pasó a su lado, Serge vio cómo los labios de este se movieron al tiempo que miraba con total descaro el pequeño y delicado escote de su vestido. No alcanzó a oír lo que le decía, pero le bastó con ver que luego de hacerlo, el maldito desgraciado se relamió.

La mirada penetrante de Serge le atravesó la cabeza al hombre, un segundo más de su mirada y le provocaría un accidente cerebrovascular al borracho. Ardía en furia. Una vez que Leah estuvo dentro de la taberna y él la reemplazó en lugar, se tomó el permiso de no ser Michael Wagner, sino Serge.

—Intenta controlar tu lengua cuando ella vuelva a pasar a tu lado... —le susurró.

—¿Y si no qué? —rio el hombre. Apenas podía sostenerse firme. Su espalda reposaba contra la pared.

—Sino yo la controlaré por ti.

Dentro del lugar, aunque olía igual de espantoso que afuera, las formas eran más civilizadas. Lo eran a la fuerza, a pedido de la señora Cameron, quizás, la única mujer a la que le tenían respeto. En cuanto a Leah, todos le faltarían el respeto sin dudarlo, y de la manera más brusca y desagradable posible.

Comprendía la razón de Leah al ir con tanta premura a ese lugar de mala muerte, la señora Cameron tenía una herida por quemadura que, al no haber sido tratada de la manera correcta, se había infectado al punto de supurar. Requería mucho más que ungüentos y un vendaje. Una vez que la herida dejara de supurar, tendrían que hacer un raspaje de la piel muerta e infectada.

—Si le parece bien, señora Cameron, mañana regresaré para hacerle una nueva limpieza en la herida… —Miró a Leah de soslayo—, vendré solo si está de acuerdo. —Esa maldita costumbre que tenían los lugareños de abusar de la bondad y del afán asistencial de Leah comenzaba a tocarle los cojones. Su mirada fue ruda, no le daba tregua a la mujer. Por suerte, a la señora Cameron, además de clientela, también le sobraba sentido común.

—Por supuesto, doctor Wagner. Ya te lo he dicho, Leah, este lugar no es para ti —le dijo a la mujer.

—Pero si yo no vengo, tú no...

—Ahora estoy yo —le recordó Wagner con tono serio y cortante, no se prestaría a discusión. Leah no pondría un pie más en esa taberna mientras él estuviese en ese pueblo—, trate de mantener el vendaje seco, por favor.

—Lo intentaré. —Le era difícil, en ocasiones, hasta le derramaban la cerveza encima—. Gracias.

Leah trató de disuadirlo antes de abandonar la taberna, deseaba acompañarlo al día siguiente, ver la evolución de la herida. La negativa de Wagner fue rotunda. No había pujas y deseo de desafío en él, no es que la excluyera porque no la considerada una buena mano derecha para él, en ese caso, su negativa ocultaba una preocupación auténtica. Quería protegerla de lo que creía era un pequeño fragmento de mundo peligroso. Por fuera de ese radio, todo estaba bien. Pero allí, no. Michael Wagner mantuvo su postura inalterable. Y para Leah eso fue encantador. Tan acostumbrada estaba a protegerse a sí misma, que se olvidó de lo bien que se sentía tener a alguien dispuesto a hacerlo.

La confirmación de que ese fragmento de mundo no era el adecuado para ella se hizo presente cuando abandonaron la taberna. El mismo jodido borracho, dispuesto a dar uso a su lengua ebria.

—Cariño, tienes cara de que no sabes lo que es una buena follada... yo puedo enseñarte. —Le habló y la cogió del cuello. Aunque su intención fue manipular el cuerpo de Leah para deleitarse con sus femeninas curvas, no logró su cometido. Una mano lo aferró a él por el cuello y lo inmovilizó contra la pared.

—¡Michael! —gritó Leah cuando lo vio aprisionar el cuerpo del hombre. En cuestión de segundos, no solo la había liberado a ella, también había arrinconado al borracho contra la pared. Hacía presión en su garganta con su mano derecha, presión en sus testículos con la rodilla y, con su otra mano libre, le había quitado la botella de ginebra. Una botella que, al parecer, tenía intenciones de partirla en la cabeza del hombre—. ¡Michael! —volvió a gritar Leah.

—Agradece que me recuerda mi nombre —susurró haciendo presión con su boca en la oreja del borracho.

—Ya te encontraré sola, perra —amenazó el borracho entre toses—. Te crees intocable, pero no lo eres.

Michael Wagner era un hombre que mantenía la compostura, que no se trenzaba en peleas. Michael era un médico respetuoso, incapaz de infligir dolor a otro por puro placer. ¡Oh, maldito

Michael! Liberó al hombre. Cogió el maletín que había lanzado al suelo. Se acomodó la ropa y cogió de la mano a Leah. No la soltaría hasta que no estuviesen fuera de ese territorio de aves carroñeras. ¡Al diablo, no la soltaría hasta que estuviese de regreso en su casa, a salvo! Que nadie la mirara con segundas intenciones, que nadie la tocara, que nadie se atreviera a hacerle daño.

¡Mierda... no la soltaría nunca más!

Cuando el sol desapareció en el horizonte y la bahía quedó bajo el único amparo de la luz de la luna, Michael Wagner tuvo una charla con su otra cara, con su versión mejorada... Serge Amberg. Para este no existían ni las comas ni los punto y aparte, solo existía un punto final. La narrativa quedaba a manos de Michael, pero era Serge el que se encargaba de la corrección definitiva. En las sombras se enfrentaba a los monstruos, en medio de la batalla decidía si merecían la muerte o la redención. Muy pocos habían sido redimidos, y lo habían sido solo con el propósito de convertirlos en algo más, sus demonios. Era un hacedor de demonios y también era un emisario de la muerte.

El factor sorpresa siempre era la mejor arma de todas. Nadie lo esperaba... nunca. Ni a Michael ni a Serge. Ese hombre, ese maldito borracho iba a tener un privilegio único e irrepetible, se enfrentaría a ambos a la vez.

La amenaza que había soltado era real, esperaría a encontrar a Leah sola para atacarla y no necesitaba ser un genio para adivinar qué le haría. La idea lo hizo bullir de ira, le recordó que la venganza era lo que quedaba cuando no se podía salvar a alguien. Él estaba a tiempo de evitar el desenlace, las cicatrices.

Lo halló sentado en el borde de la rambla sur. No estaba solo, dos hombres, en el mismo estado de ebriedad que él, lo acompañaban.

—Te dije que cuidaras tu lengua, ¿recuerdas? —dijo desde las sombras.

—¿Quién mierda habla? —gritó entre risas burlonas, él y sus compañeros de ginebra rieron a la par. Todo les causaba gracia en ese estado—. ¿Quién está ahí? ¡Ven a la luz, maldito!

Solo una farola alumbraba el lugar. Serge avanzó hasta que la luz lo cubrió por completo. Vestía pantalón, camisa, chaqueta de cuero y guantes del mismo material. No quería marcas en sus nudillos, nada que evidenciara su presencia en ese lugar.

—Que conste que te puse en aviso, pero tú no solo lo pasaste por alto... —Se acercó a ellos—, sino que te atreviste a más.

—¡Ey! Molestas... nadie te ha invitado —dijo uno de los hombres, se incorporó dispuesto a enfrentar al recién llegado. Serge apuró sus pasos y le encestó un puñetazo en la mandíbula. El hombre escupió sangre y dientes. Acto seguido, cayó inconsciente al suelo.

—¡Mierda! —Gritó el otro. Al contrario de su camarada, se levantó dispuesto a marcharse. Serge cogió un tablón del suelo, un resto de madera de barco que tenía incrustado clavos oxidados y se lo estampó en el rostro al cobarde. Uno de los clavos le atravesó el globo ocular.

El borracho, el único con sentencia previa —los otros dos fueron daño colateral—, continuaba en su lugar, observaba los acontecimientos como si se tratara de un mal sueño. Uno en el que pronto iba a despertar, así de borracho estaba, ni siquiera era capaz de recordar su nombre. Pero sí lo recordó a él...

—¡Tú! —le dijo entrecerrando los ojos—. ¿Dónde has dejado a tu perra de cabello blanco? —Le lanzó la botella, casi sin fuerza. El alcohol le entorpecía los movimientos.

—¡Dios santo, sigues haciendo mal uso de tu lengua! Hombres como tú no tienen cura. —Cogió la botella del suelo, era de vidrio grueso, apenas se había rasgado. Serge la estrelló contra el

borde de la rambla. Logró partirla en dos. Lo cogió del cabello y le echó la cabeza hacia atrás—. Hombres como tú son los verdaderos casos fallidos de esta sociedad enferma... —Le clavó el filo del cristal en la garganta, una vez, dos, tres. La sangre brotó sin control, por su boca y cuello rasgado. Lo dejó caer de espaldas al suelo, una vez allí, se agachó, le abrió la boca y, con el mismo filo de la botella, le cortó la lengua. Fue una tarea un tanto complicada, pero lo logró. Sin más, la lanzó al agua. A él también, lo arrastró y lo arrojó al mar.

Fue a por los otros dos, todavía respiraban. Hizo presión en sus cuellos hasta sentir que se les quebraba la tráquea. Los hizo rodar por sobre la rambla hasta que también cayeron al agua.

—Esta noche, los peces, se harán un banquete con ustedes. —Se quitó los guantes y los arrojó al mar.

Exhaló con satisfacción, se sentía bien volver a ser quién era. ¡Muy bien!

Capítulo 10



Según sus cálculos, la misiva ya tendría que haber llegado a manos de Alexa con el tiempo suficiente como para tener respuestas. Era un serio problema comunicarse sin delatar el sitio en que se hallaban. En el caso de ella, era mucho más sencillo. Rara vez salía de la vieja fábrica que empleaba Tobías Krage como refugio, el problema no era saber dónde se hospedaba, sino llegar a ella sin ser asesinado por el ejército de mercenarios que la protegían con Tobías a la cabeza.

Su situación era más compleja. Ya no quedaban dudas para los Prometheus de que Serge Amberg era un aliado en su causa, pero eso no significaba que confiaran en él. Los espías de Marcus lo seguían a cada paso, los había conseguido perder momentáneamente antes de emprender su viaje a Gales; no obstante, no se hacía ilusiones de ser capaz de escapar por mucho más tiempo. Sin contar con que, pese a la lealtad de Alexa, ella le diría a Tobías, este les informaría a los otros y, sin demora, tendría profesionales investigando sus misivas.

Como fuera, debía correr el riesgo.

Se montó a su calesa por la mañana temprano y condujo hasta Steynton. La calesa avanzaba lentamente por el serpenteante camino, el amanecer comenzaba a dorar los campos ondulados de Pembrokeshire. El traqueteo constante de las ruedas de madera sobre la grava mojada marcaba el ritmo del viaje, acompasado por el resoplido del caballo. Se había convertido en todo un médico rural. Salvo por su expresión cínica y sus ojos fríos, nadie podía adivinar que no se trataba de un doctor haciendo una diligencia de rutina.

Entre los setos desordenados y los árboles desnudos, se distinguían de vez en cuando las chimeneas humeantes de alguna granja lejana, testigos silenciosos de una vida que transcurría sin prisa. Casi podía hallarle el encanto. Casi. Hubiera sido una vida soñada si su compañera hubiera sido Brunilda. Y claro, si en lugar del mar los rodeara la montaña. Sabía que su anhelo, su nostalgia de Austria nada tenía que ver con la realidad, sino con un sueño de vida truncado. No había sido feliz en Viena, salvo los pocos instantes junto a Brunilda. Si evaluaba su existencia, Inglaterra se elevaba como su «tierra de la oportunidad». Allí era un médico respetado, tenía dinero, techo, comida… Y, sin embargo, ansiaba una felicidad que nunca tuvo, porque era consciente de que aquella desgraciada existencia era suya y le había sido arrebatada. Mientras que esta vida de bienes y comodidades no le pertenecía y era él quien la había robado para uso de su venganza.

Cuando por fin divisó la torre de la iglesia de Steynton a lo lejos, Serge exhaló despacio. Se

levantó las solapas de su abrigo y emprendió camino hacia la sacristía. Se había asegurado por unos chelines de que el empleado postal de Liverpool «confundiera» la dirección de la misiva de Alexa y la enviara por «error» a la iglesia.

Se coló sin mucho esfuerzo, el párroco del lugar empleaba las mañanas en visitar a los fieles y no tenía una esposa que pudiera inmiscuirse en sus papeles. De hecho, la ausencia de una compañera de vida eficiente se notaba en el desorden. Le llevó diez minutos hallar la carta de Alexa, menos de un minuto leerla y solo diez segundos destruirla.

No sé cuán cerca estarás, Serge, pero aquí Cavendish tiene información de primera mano de que Viktor planea irse a América. O nos das algo que podamos utilizar, o Tobías se encargará de enviar hombres a cada puerto para cazarlo antes de que se pierda tierra adentro. Y ya sabes lo que eso significa…

Explosiones, completó Serge los signos suspensivos. Significaba dinamita y mucha sangre. No era que le importase, la verdad, salvo por el hecho de que una muerte rápida era indigna de Viktor Schwarz. La carta no finalizaba con buenos deseos ni muestras de cariño, era la forma de Alexa de demostrarle que estaba enfadada con él por haberse marchado y desoído su consejo de convertirse en una «persona de valor», en un «médico de verdad».

Sonrió. Una de esas sonrisas que Leah catalogaría de cínicas.

—Si me vieras ejerciendo de médico rural… —murmuró, antes de abandonar la vicaría sin dejar ni su perfume como prueba. Era hora de regresar a Milford Haven y comprobar si era cierto que Viktor huía como rata por tirante. Si era así, apresuraría su plan. Quería mirarlo a los ojos y que supiera por qué moría.

Por Brunilda.

Si algo había aprendido siendo Serge Amberg era a mantenerse en las sombras. En sus primeros años en Viena, intentó no levantar sospechas o encontrarse con viejos amigos del verdadero Amberg. Al fin de cuentas, la alta sociedad de Viena no se diferenciaba de la londinense: todos se conocían con todos. Y aunque Serge era un niñato bien de la aristocracia rural, nunca faltaba el tío del primo del cuñado que lo hubiera visto una vez a sus cinco años y que comentase: ¡Te has puesto más rubio!

Pasar desapercibido era un don que había desarrollado muy bien. Con los años, debió perfeccionarlo hasta llevarlo al fino arte de «asechar». Una vez lejos de Viena, su misión fue acercarse a Viktor. Averiguar qué buscaba para su proyecto, hacerse indispensable para los miembros cercanos del doctor, saber dónde presentarse, cuándo hacerlo y qué decir. Eso requería demasiado tiempo de espionaje. Su primer objetivo fue Chamberland, la mano derecha de Schwarz y también su mayor decepción. Chamberland era el psicólogo a cargo del proyecto, quien sometía a los niños a experimentos de presión, miedo, trauma… esperando crear con eso hombres sin debilidades. La mayoría de las veces terminaba por romper a esos niños; no era que a Viktor le preocuparan los casos fallidos por ser humanos, sino por ser pérdidas de tiempo. Así que, tras espiar por meses al médico, entendió que allí debía infiltrarse. Esperar en las sombras a que Schwarz se cansara de él y lo reemplazara con el ambicioso jovencito llegado de Viena.

No tuvo que esperar mucho, porque cuando Chamberland falló en eliminar a Tobías Krage, Tobías Krage no falló en eliminar a Chamberland. Lo que el Prometheus había conseguido asesinando al anterior psicólogo era inconmensurable para Serge. No solo se ganó el favor de Viktor, sino que este le otorgó un lugar de privilegio. No le correspondía hacer experimentos con niños, por el contrario, su misión era supervisar los *casos de éxito*.

Con eso llevó sus dotes de espionaje a otro nivel. Ya no debía asechar a simples mortales, a señores engreídos, sino a tres seres paranoicos, educados para la guerra, que parecían estar siempre tres pasos por delante de cualquiera.

Serge creció profesionalmente con ellos. Lo que aprendió sobre la mente humana no lo sabía ni el mismo Freud, lo investigado sobre traumas, hipnosis y condiciones le valían el reconocimiento de los catedráticos. Pero nada de eso le interesaba a Amberg. Él seguía firme en su único objetivo: vengar a Brunilda.

Gracias a ello, hoy se valía de lo aprendido. De perderse en las sombras, de leer labios a la distancia, estudiar rutinas, aprender sobre reacciones. Diseccionar el comportamiento humano era una ciencia en sí misma y él era su descubridor.

Solo una cosa escapaba de su dominio. El efecto que Leah Böhm ejercía en él. Desde su regreso de Steynton que seguía sus pasos en busca de cualquier prueba de comunicación con su padre. Había estado bajo su techo una vez sin supervisión, al llegar al pueblo, y no halló nada de valor. La razón era Adele. La mujer no era solo una chaperona o dama de compañía de Leah, sino también su guardiana. Era ella la que se aseguraba de que la información que pudiera comprometer a Viktor fuera eliminada, ¿protegía a Leah o al doctor Schwarz? Como fuera, lo hacía, y eso implicaba borrar pruebas. Eliminaba los sobres, con las direcciones, por ejemplo, o fingía aceptar las mentiras que el doctor decía, aunque conociera la verdad. Al igual que la anterior señora Böhm, Adele estaba al tanto de Prometheus.

Serge necesitaba interceptar la carta antes de que las sigilosas manos de Adele hicieran su labor. Para eso, era menester estar al acecho. Lo cual implicaba seguir los pasos de Leah, verla trabajar de sol a sombra. Oírla reír con los vecinos, emocionarse con sus problemas, enfadarse con sus desgracias… Debía ser testigo de lo bella que se veía por las mañanas, cuando, somnolienta, se recogía su cabello blanquecino con un flojo moño e iba al pozo de agua. Siempre bebía un sorbo con el trasero posado sobre la piedra y la vista perdida en el mar.

Admirar su belleza no ayudaba a odiarla, a convencerse de que era solo una pieza de su plan. Tal vez si fuera cómplice de su padre, quizá si su espíritu fuera menos libre, a él le resultara todo más fácil.

Pero estudiar a Leah Böhm, en lugar de serle útil, empezaba a convertirse en un tormento. Y ni hablar acercarse a ella, cortejarla. Se sentía como un sueño extraño, sin sentido. Demasiado pretencioso para Michael Wagner, quien era un ladronzuelo de bajos fondos; demasiado puro para Serge Amberg, que era un médico despiadado. Leah se convertía día a día en un nuevo deseo, ajeno a la venganza, al pasado… se manifestaba como un anhelo de futuro.

Y él no tenía futuro. Sabía que su vida, tal y como la conocía, terminaría con la venganza. Sin Brunilda y sin Viktor, todo su ser carecía de sentido. Le correspondería recién entonces pensar en lo siguiente; de una cosa estaba seguro, Leah Böhm no formaría parte.

—Jamás me perdonarás, bella Leah. Ni yo me disculparé. Al menos, una cosa te obsequiaré… —le susurró desde las sombras—, la verdad.

Aguardó hasta medianoche. Solo por si acaso, le mezcló una hierba relajante al té de la señora Tames. No quería levantar sospechas con sus andares nocturnos, ya bastante preguntaba la mujer sobre su viaje a Steynton. Esperaba que las noticias que el excéntrico doctor Wagner fuera a buscar se tratasen de una nueva oferta de trabajo lejos de allí. Si antes lo detestaban por ser un forastero, desde que había entablado una *amistad* con Leah, directamente lo odiaban y no disimulaban su desprecio.

No estaba a la altura de su niña, y él no podía contradecirlos. Hay en el instinto algo de

verdad, es un rasgo primitivo que alerta sobre el peligro, y los habitantes de Milford Haven lo tenían bien desarrollado. Todos menos Leah, al parecer.

Leah empezaba a confiar en él… Ser psicólogo era útil cuando debías comportarte como un capullo. Porque Serge sabía muy bien por qué Leah bajaba las defensas, él jugaba con sus anhelos inconscientes. Demasiado tiempo lejos de la vida que le correspondía, encontraba en ese forastero una forma de experimentar. Jamás cortejada. Jamás admirada como mujer. Lejos de los salones y la vida social, hallaba en Michael Wagner un vestigio de un sueño juvenil. Se permitía coquetear un poco a su manera, ver sus dotes de curandera más que como un servicio, hacerlo como un don admirable. Por fin un hombre la veía, la veía a ella como mujer y había algo demasiado potente en eso.

Además, Leah conocía un secreto de su doctor que nadie más sabía: que sus ojos hielo se derretían al verla, que, cuando la miraba a ella, en el Ártico de su mirada comenzaba el verano. Era algo que ni siquiera el mismo Wagner conocía, porque no podía verse como ella lo hacía. Estaba tan cerrado en su plan, que era incapaz de notar cómo con Leah Böhm lo ablandaba; el modo en que ella parecía suplantar la ira constante por algunas risas, por un poco de desafío…

Tan ciego en su venganza estaba que no se percató que sus barreras se desmoronaban y que Leah, además de buena curandera, era una excelente excursionista. Había hallado sus grietas y colado entre ellas.

Se acercó a la casa Böhm, agradeció que fueran tan autosuficientes, porque se bastaban con pocos criados y la compañía de Adele. Todos dormían profundamente. La casa de estilo victoriano era hermosa, acogedora y no demasiado grande. El único problema era que sería imposible que tanta madera no crujiera bajo sus pies. Decidió usar la puerta principal, las traseras estaban cerca de las habitaciones de los criados.

Con un movimiento ágil de ganzúa, la puerta cedió. Al cerrarla tras él, el ruido del oleaje quedó ahogado y lo recibió el aroma a hierbas y flores. Un perfume que ya asociaba a Leah. Avanzó sin perder tiempo por la sala y fue en dirección a la biblioteca.

Era enorme, la envidia de cualquier catedrático. Se evidenciaba una vez más que sus presunciones sobre Viktor eran acertadas, quería hacer de ella una candidata a Prometheus. Tal vez no como Franz, Marcus o Tobías, sino como una cruza perfecta para una nueva generación de superhombres. Leah había sido criada en libertad, fuera de las normas sociales, aprendiendo ciencia y filosofía por igual.

Sería una excelente madre de un *caso de éxito*.

No supo por qué, pero pensarla casada con otro hombre, uno formado por Viktor, despertó en él unos celos endemoniados. Violentos. Posesivos.

Mía.

No podía clamarla como suya, iba a destruirla. Y, sin embargo, lo único que podía pensar mientras revisaba la correspondencia era que Leah Böhm no sería una pieza más del plan del padre. Una total hipocresía, cuando era una pieza del suyo. Solo que no era capaz de contemplar la idea de que otro hombre la tocara, la besara, tomara de ella lo que quería reclamar para sí.

Sus dedos pasaron furiosos por las cartas, ninguna con sobre. En ellas podía leer que no se equivocaba, en las viejas, datadas de hacía más de tres años, Schwarz *sugería* una posible unión entre Leah y Franz. Al demonio con sus dotes de discreción, la hizo un bollo y la metió en su bolsillo.

Las misivas se acumulaban una tras otras, mostrando un diario de mentiras.

«Me voy a Viena porque un colega ha amenazado con robarme mi trabajo…»

«No puedo ir estas navidades, porque en la escuela de médicos aprovecharán mi ausencia para desprestigiar mi investigación…»

«Debes mantenerte en Gales, los moralistas no entenderían que mi hija estudie y no quiero arrebatarte ese derecho por las presiones de una panda de *medicuchos*…»

Y así, mil engaños más que mantenían a Leah en las sombras, lejos de las consecuencias reales de los andares de Viktor Schwarz…lejos de las garras de los Prometheus.

Al fin consiguió hallar una carta de esa semana, no estaba con las demás, sino en un anotador de piel que empleaba Adele para registrar los gastos domésticos. Aún llevaba el sobre, aunque el remitente estaba borroneado, podía leerse que provenía de Edimburgo. En ella, la nueva mentira a medias.

«Por razones que escapan a mi comprensión, mis financistas han decido dejar el proyecto. Nuevos horizontes se abren en América. En cuanto pueda establecerme, analizaré qué es mejor para nosotros. Tal vez a los dos nos venga bien un cambio…»

Alexa tenía razón, Viktor huía. Era hora de apresurar su plan, debía valerse de lo que sabía de Leah para emplearla como anzuelo de su padre. No había tiempo que perder, ni riesgo que correr.

Sin embargo, Serge desoyó su propia advertencia y sí corrió el riesgo. Subió las escaleras, abrió la puerta de la habitación de Leah y se apoyó en el marco. La observó dormir, se embebió de la imagen de la mujer compitiendo con la luz de la luna.

Un pensamiento aterrador lo asaltó cuando abandonó la casa: No puedo enamorarme de ella. Ese abrumador terror era la prueba de que aquello…aquello ya había sucedido.

Capítulo 11



La figura del doctor Wagner se recortó en el camino de entrada de la casa Böhm. Era apenas una mancha lejana, pero ya lo reconocía por su andar. A Leah se le aceleró el corazón al verlo; llevaba un par de días analizando el modo en que este respondía a él. ¿Por qué demonios le gustaba? Era algo que no tenía explicación y, tal vez, ahí radicaba el encanto.

Nada en él había cambiado, seguía siendo cínico, frío y parecía esconder mil secretos. Era ella quien había cambiado respecto al doctor, tal vez porque le había contado de su viejo amor.

¿Cómo había sido Brunilda?, ¿qué clase de mujer era capaz de cautivar a un hombre como Michael Wagner?

—No me molesta que estés enamorada —irrumpió sus pensamientos Adele—, es algo que les sucede a todas las mujeres…

—Te molesta que esté enamorada de él —completó Leah.

—Pues fíjate tú que no, lo que me enfada es que cometas los mismos errores que tu madre. Cuando una vive lo suficiente, como yo, está condenada a ver la historia repetirse. ¡Es una tragedia!

A Leah las palabras le impactaron. Lo cierto era que no estaba segura de estar enamorada del doctor. Tal vez cautivada, quizá curiosa… encontraba en él un desafío, una posibilidad de salir de la monotonía.

—¿A qué error te refieres? —Sus ojos se fijaron en el hombre que se hacía más visible a cada paso.

—A confundir el deseo de formar una familia con el deseo de formarla con *ese* hombre en particular.

—El doctor Wagner no se asemeja a mi padre, lo único que tienen en común es la profesión — lo defendió, sin saber por qué.

Tampoco era que odiase a su progenitor, simplemente… no lo conocía. Era una figura más cercana a un profesor que a un padre; un educador que con sus misivas direccionaba su camino. Y aunque jamás pensaría en Viktor como un hombre amoroso, en comparación con la educación de otras damas, debía considerarse afortunada. No estaba en casa lo suficiente como para golpearla con la vara, no limitaba su educación a las tareas domésticas y le brindaba libertad. ¿Qué más quería?

Que estuviera presente, que no le mintiera respecto a la distancia y el secretismo, que la quisiera de verdad…

—Supongamos que tienes razón, que él no se asemeja a tu padre. ¿Tú, no quieres lo mismo que tu madre? ¿Es él quien te atrae o es tu reloj biológico que hace tic-tac? —Leah no contestó. Era una pregunta válida, sin dudas—. Déjame reformular la pregunta, Leah, si te casaras y no quedaras embarazada, ¿lamentarías haberte unido a ese hombre?

Como respuesta, el rostro del doctor se hizo visible y Leah supo la verdad. No, no se arrepentiría. Sería feliz si él la desafiaba a diario, si juntos atendían las necesidades de sus vecinos, si se quedaban hasta el alba debatiendo sobre medicina. Sería dichosa de irse a dormir a su lado, construir un hogar juntos, aunque solo sea con gatos en los cojines.

Entendía el recelo de Adele, pero no podía explicar su sentir. Se conocían desde que ella tenía memoria, normalmente hasta se podían leer el pensamiento, e igual era incapaz de transmitirle en palabras lo que Michael Wagner le producía. Es que, ¿cómo se le explica a una aya que ese hombre dejaba de ser de hielo cuando estaba con ella? Cada vez que veía en la superficie helada de sus ojos una lucha interna por no quererla, más deseaba ella vencer. Porque podía vislumbrar, en esa batalla, que Michael había amado, y solo alguien que había amado profundamente era capaz de sentir aquel pavor ante la idea de volver a entregar el corazón. Pero ella no pretendía reemplazar a Brunilda, ¡jamás!, buscaba probarle al doctor que un corazón que una vez amó es capaz de volver a sentir, y ella quería ser receptora de ese cariño.

¿Por qué?

Porque Adele estaba equivocada. Porque Michael no se asemejaba en nada a Viktor. Porque Michael era capaz de querer y su padre no. ¡Porque estaba harta de no ser querida!

La forma en que esos ojos la devoraban, el modo en que apretaba la mandíbula con ira cada vez que deseaba besarla, le hacían sentir irresistible. Especial al fin. Única. No era una Böhm más, como su madre y su abuela, indispensable para Milford Haven. No era la hija no deseada, la decepción de un padre desamorado. ¡Era Leah! Solo Leah. La mujer que volvía a poner en funcionamiento el corazón herido de Michael Wagner.

¡Y joder si eso no era adictivo!

—Jamás me lamentaría, Adele. Empiezo a pensar que para bien o para mal, el doctor Wagner se ha apropiado de mí, y mi vida tendría más sentido a su lado que con su ausencia.

—A veces una vida sin sentido es mil veces mejor que una vida con un sentido doloroso, Leah.

—No seas fatalista —Intentó sonreír, aunque entendió la advertencia. Podía salir de ese coqueteo con el corazón roto. ¿Y si él se aferraba al pasado?, ¿y si jamás pudiera superar su viejo amor y darle una oportunidad a uno nuevo?

—Buenas tardes, señora, señorita… —saludó Wagner al llegar y cortar la conversación. Los ojos de Adele lo fulminaron, pero los de él no repararon en ella. Solo podía mirar a Leah.

Cortejarla se convertía en su propio infierno; empezaba a olvidar las reglas del ajedrez. Ya no quería matar al rey, solo ansiaba proteger a su reina blanca.

¿De quién?

De él.

De la venganza de Serge Amberg…de la obsesión de Michael Wagner.

Se sentaron en el salón principal y el silencio se apoderó del encuentro. Leah lucía más joven, fuera de lugar. Un hombre más piadoso hubiera compartido su incomodidad o incluso maldecido por la falta de práctica en el arte del cortejo. Él no. Serge se centraba en analizar cómo aprovechar esa debilidad a su favor. El tiempo apremiaba y debía seducirla. Lo que no le daba tiempo ni para penas ni para tratar de comprender por qué la idea ya no le molestaba tanto.

¿Y qué si me caso antes de que llegue Viktor? *Un matrimonio es un matrimonio, sin importar el contexto. Sería mía ante la ley*. Esa idea empezaba a convertirse en un pensamiento rumiante, esos que tenían los enfermos mentales con tendencias obsesivas.

—Señorita Böhm, dado que en nuestros encuentros frente a la chaperona debemos hablar de temas inocuos… —Sus ojos se clavaron en los de Adele, sonrió al sentir el fuego de la mujer—, empecemos por el clima.

Leah rio.

—Nunca se me dio bien hablar del clima: hace calor en verano, frío en invierno, y está agradable en otoño y primavera. Siempre lo esperado, salvo alguna tormenta más violenta que de costumbre, no encuentro cómo puede una charla así ocupar tanto tiempo en la sociedad.

—En tal caso, hagámosla interesante, Leah… —Adele carraspeó para recordarle su lugar de caballero—, señorita Böhm —se corrigió el doctor, aunque dijo su apellido como un susurro, una caricia —. Estoy seguro de que entre los dos podemos hacer todo interesante. —El color subió a las mejillas de Leah. Adele tosió tan fuerte que despertó la preocupación de la joven mujer.

—¿Te encuentras bien?

—No —mintió—, esto se convertirá en una neumonía. Creo que necesito descansar.

—Nada la retiene —murmuró Serge. Leah lo escuchó y fue su turno de fulminarlo con la mirada, pero la severidad le duró poco y terminó por sonreír. Sabía que Adele mentía y le halagaba que el hombre quisiera quedarse a solas con ella.

—¡Doctor, qué poca consideración con una posible paciente!

—En absoluto. De hecho, gracias, Adele, nos ha dado tema de conversación. ¿Cree, señorita Böhm, que el aire marítimo es bueno para las condiciones respiratorias?

Leah miró a Adele, la mujer rodó los ojos, aceptando que fingía y que no se iría de allí mientras estuviera el doctor Wagner. Los *enamorados* siguieron la conversación.

—Depende de la afección, es sabido que el agua con sal ayuda a limpiar las fosas nasales. Ahora, ¿podemos decir lo mismo de los pulmones?, ¿la garganta?

—Lo ve, hemos conseguido hacer del clima un tema interesante. —Se inclinó hacia ella, hasta apoyar los codos en las rodillas. Fijó sus ojos celestes en Leah y no los movió de allí. La señorita Böhm dio inicio al juego de tics propios de esas situaciones: alisar pliegues falsos en su falda, acomodar el cabello tras la oreja, morderse el labio apenas al pensar…bajar la mirada por miedo a ser descubierta en su adoración—. En realidad —rectificó Serge—, usted lo ha conseguido. Usted logra que cualquier conversación, paseo, velada sea absolutamente interesante.

Adela volvió a rodar los ojos. Estaba a punto de lanzar la tetera al suelo, pero fue rescatada por Jacob.

—Señorita Leah —dijo una de las criadas—, el niño Brooks está en la cocina, lo ha enviado su madre para darle un recado.

—Enseguida voy. —Se puso de pie y el doctor la imitó. Su altura lo hizo ver inmenso—. Por favor, aguarde, ya regreso. ¡Y no acepte ninguna infusión de Adele! —advirtió.

—Aquí la esperaré. Aunque el mundo se incendiara, no tendría nada mejor que hacer que aguardar. —Hizo una reverencia. Leah carcajeó, comprendió que lo adulador del doctor Wagner no iba dirigido a ella, sino a molestar a Adele y eso le divirtió.

Sumar «que me hace reír» a la lista de ventajas del doctor Wagner no ayudaba a la causa del aya. Se marchó presurosa, con la intención de regresar a la misma velocidad.

Serge no alcanzó a apoyar el trasero en el sillón que la voz de Adele dejó el matiz de vieja chaperona para pasar a ser el de una leona.

—¿Qué pretende con Leah, doctor?

—¿Acaso no es evidente? —Cruzó sus piernas, relajado, apoyando el tobillo derecho en la rodilla izquierda y posando su espalda en el respaldo del sillón. Una posición de dueño y señor que irritó más a la mujer.

Leah recibió de manos de Jacob una canasta con delicatessen preparadas por Ethel a modo de agradecimiento, acompañó al niño hacia la entrada y lo despidió. Al regresar, las voces en el salón la hicieron detenerse. Sabía que estaba mal escuchar a escondidas, pero la curiosidad le ganó.

—No, no lo es para mí —rebatió la mujer.

—Entonces es usted una tonta, Adele, y ¿sabe qué pienso?

—No lo sé ni me importa.

—Pienso que usted no es ninguna tonta, solo finge.

—Y yo pienso lo mismo de usted, que finge.

—¿En qué finjo exactamente? —preguntó Serge, se puso de pie lentamente y notó que Adele se estremecía. Lo había enfrentado con valor, le otorgaba eso, realmente lo pensaba peligroso y entendía los riesgos que había corrido—. ¿En pensar que Leah es una mujer condenadamente hermosa? Míreme a los ojos…—le ordenó, la mujer le apartó el rostro. Él chasqueó la lengua—. Venga, no soy un demonio…míreme a los ojos y dígame que miento, que actúo mi embelesamiento por Leah. —Ella juntó el valor, se encontró con el rostro más temible que jamás hubiera visto.

—Tal vez sí sea un demonio —murmuró la mujer. Se puso de pie, detestaba que él usara su imponente presencia como ventaja.

Serge escuchó el roce de telas, miró hacia la puerta y no vio a nadie; sonrió, Leah estaba en las sombras, escuchando la conversación. En tal caso, era hora de otorgarle otra dosis de verdad.

—O tal vez usted no la quiera tanto…o peor, la quiera como su última posesión, como aquello que, si pierde, se queda sin nada.

—No se atreva a acusarme de egoísta. —Adele alzó el dedo.

—Entonces, ¿por qué demonios le parece tan difícil entender que estoy cautivado por Leah?, ¿acaso no ve sus virtudes?, ¿no puede entender que ansíe su compañía cada noche de mi vida? —A medida que se entregaba a esa puesta en escena, el papel se apoderaba de él y lo que decía empezaba a sentirlo de verdad—. No vine aquí buscando entregar mi corazón, si existe una deidad que todo lo ve, la pongo de testigo. Nada más lejos de mis planes. Pero Leah se ha colado bajo mi piel, y no por su absurda belleza, su extravagancia…sino por su libertad. Son sus ansias de ser libre lo que seduce hasta la locura a un hombre como yo, preso del pasado. Encadenado. Pero tal vez usted no la ve como yo, quizá ve en ella solo a una mujer solitaria, abandonada, que la necesita…básicamente, lo que le digo, Adele, es que traslada *su realidad* a ella. Porque usted es la única solitaria y la única en necesitarla. ¿Le negará su felicidad solo porque es junto a un hombre que usted no eligió?, ¿porque la libertad de ella se impuso a su régimen de años?

Un nuevo roce de telas lo puso en alerta. Buscó a Leah en las sombras, pero había desaparecido. El impulso de ir tras ella era abrumador, ¡joder, quería consolarla! Qué demonios le sucedía, se había clavado el puñal en el pecho y sacado sus emociones justamente para provocar aquel terremoto. Y ahora, que de su corazón habían aflorado los oscuros fantasmas, anhelaba ir a su lado a protegerla de las sombras.

—Sé que ha dicho la verdad, lo sé mejor que usted, doctor Wagner. Usted aún cree que actúa, pero el papel se lo ha devorado. Hay en sus palabras más verdad de la que ha salido de sus sucios labios desde que llegó aquí. Siempre intuí que se enamoraría de Leah…mi Leah…mi niña…Y de eso es que la protejo.

—No me toque los cojones, Adele. —Sin la presencia de Leah, se quitó la pesada máscara simbólica y Serge Amberg afloró sin contención—. Usted sabe quién es el padre de Leah, usted sabe quién demonios es Viktor Schwarz. No me venga con el cuentito de que el peligroso soy yo.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que tenía que ser algo relacionado con Schwarz!

Serge dio un paso al frente.

—Leah no lo sabe, no sabe quién es su padre en realidad. ¿Qué se siente trabajar para un monstruo? —Adele no bajó la mirada.

—Yo solo la protejo, mientras haga lo que el doctor Schwarz quiera, se mantiene lejos de ella.

Serge ladeó la cabeza, con total condescendencia.

—Al final va a resultar que usted sí es tonta. ¿Cree que Schwarz se va a olvidar de su hija?, ¿de su sangre? —Adele cerró los ojos, era consciente de que llevaba una vida alimentando una esperanza vacía—. Y tiene el descaro de verme a mí como una amenaza. En otras circunstancias, la ironía me haría reír. ¿Realmente cree que soy peor que Schwarz?

—¡Sí! —le espetó—. Sí, usted es mil veces peor. Y lo sabe, solo el diablo o Dios pueden vencer a un demonio, y usted no es Dios.

—Gracias por el voto de confianza… —ironizó, sí, iba a vencer a Schwarz, aunque eso implicara convertirse en un ser más peligroso. En un hacedor y destructor de demonios. Le brindó una de sus sonrisas de psicólogo, Adele dio un paso atrás. Mas no se calló:

—Cuando era pequeña e iba al bosque, les temía a las serpientes, a las arañas, a los lobos. Mi madre me enseñó que no debía, ellos eran animales, solo actuaban cuando su instinto les demandaba. Si uno conocía su naturaleza, sabía a qué atenerse. —Adele, con coraje, miró al doctor Wagner a los ojos—. ¿Sabe a qué hay que temer en el bosque?

—Ilumíneme…

—A los hombres. Los hombres a veces son instintivos y a veces no. En ocasiones obran de acuerdo con su naturaleza y en otras no. En los hombres es en la única especie en que existe la locura, doctor Wagner, pero eso usted lo sabe muy bien. ¿Alienista? —Adivinó su profesión. Ese hombre no era un condenado médico rural, era un maldito loquero.

—Prefiero *psicólogo*.

—El doctor Schwarz es un animal, y usted es peor que él porque es hombre y no animal. Es imprevisible como solo lo son los seres humanos. Le creo… ¡Le creo, joder, que se ha enamorado de Leah! Contra su naturaleza, sus instintos, su forma de actuar, ha caído por ella. Porque eso hacen los hombres, obrar a voluntad y no por instinto ¿Y qué hará entonces?, ¿vencerá en usted el animal o el hombre? ¿Se marchará, como hizo Schwarz, cuando *su plan* no salga como lo esperado, como haría un animal de costumbre? ¿O hará uso de su retorcida lógica para enredarla junto a usted?

—No se haga esto, Adele… —le aconsejó, con falsa indulgencia—, sea cual sea la respuesta… —Se acercó a ella, la mujer retrocedió hasta pegar la espalda a la pared. Quedó atrapada entre el médico y el muro—, no podrá hacer nada. Leah será mía y Schwarz caerá, ¿por qué preocuparse por lo inevitable? —Sonrió—. ¿Le apetece un té?, le recomiendo la camomila, es buena para los nervios.

—Es usted un monstruo.

—No, no… mi querida Adele… Ya lo ha dicho, soy algo peor: soy un hombre. La diferencia entre los monstruos y los hombres es que nosotros existimos. Hágale caso a su madre, tenga miedo de nosotros. Ahora, si me disculpa… —Se alejó de ella—, iré a buscar a Leah, ¿hasta dónde cree que ha oído?, ¿habrá escuchado su traición? —Le clavó el puñal con sus palabras.

La mujer se deslizó por la pared, hasta quedar ovillada en el suelo. No soportaba la idea de herir a Leah, podían juzgarla por sus pactos con Viktor, mas lo había hecho para protegerla.

Serge la dejó alterada y temblorosa. Pero, sobre todo, dispuesta a hacer lo que él necesitaba que hiciera: escribirle a Schwarz, quien, según ella, era el menor de dos males.

Capítulo 12



Percibió su llegada. No había tenido intención alguna de escuchar su declaración, pero no pudo evitar detenerse en las sombras al darse cuenta de que hablaban de ella. Era la curiosidad natural, esa que, dice el refrán, mató al gato. Huyó de ahí ante el impacto de las palabras del doctor Wagner, la confusión que generó en ella.

Jamás juzgaría a Adele por protegerla, de hecho, era ella quien no se explicaba su reacción. ¿Qué tenía de cautivador ser querida de ese modo por alguien tan enigmático?

—Leah… —Su voz le acarició la nuca, estaba más cerca de lo esperado—, siento que hayas escuchado mi exabrupto, mas no lamento que sepas la verdad. Estoy cautivado por ti, quiero que seas mi mujer.

La recorrió un escalofrío, temió volverse a él y sondear en sus ojos. Lo primero que había pensado al conocerlo era que esos iris eran dos pedazos de Ártico que alguien había recortado e implantado en el rostro de un hombre. Pero ahora era la única parte del doctor Wagner en donde hallaba sinceridad. Una voz en su cabeza, la conciencia o tal vez el sentido común, le alertaba que aún se reservaba demasiados secretos, que debía indagar. No le cuadraba que fuera un médico rural, pese a que él le hubiera contado que estaba allí escapando de su pasado, no alcanzaba a comprender por qué deseaba ocupar un lugar que no se condecía con su naturaleza. Tampoco podía convencerse de su papel de hombre enamorado, al menos no como lo contaban las novelas de folletín. Sin embargo, cuando indagaba en su mirada, las preguntas se ahogaban y las respuestas sobraban.

Se volvió despacio, él estaba tan cerca que rozó su pecho con el hombro. Se estremeció. Los dedos largos del doctor la cogieron por debajo de la barbilla, le alzaron el rostro, sabedor de que ese era su poder.

—No has dicho esposa, has dicho mi mujer —remarcó ella. Michael sonrió.

—Muy perspicaz.

—No eres un caballero.

—Y tú eres demasiado lista para que yo intente engañarte pretendiendo ser uno, Leah.

—No soy tan lista, si lo fuera, escucharía el consejo de Adele y huiría de ti. Pero aquí estoy.. cometiendo el error de mirarte a los ojos.

—Leah… Leah… —Soltó su nombre como un suspiro—. Sí, quiero que seas mi esposa. Quiero ese jodido papel que dice que eres mía, que puedo retar a duelo a cualquier hombre que ose tocarte.

Quiero que la ley, la sociedad y el maldito mundo sepa que yo te he conquistado… ¿No suena muy romántico cuando se dice sin florituras, verdad?

Leah rio.

—El problema no es que tú no seas un romántico, el problema es que a mí me gusta cómo eres. Diría que necesito un alienista que analice mi cabeza, pero… ya estoy frente a uno, ¿verdad? No eres un simple médico rural. ¿Por qué viniste a Milford Haven?

—Ya te lo dije, por Brunilda.

Esperaba que esa mitad de la historia bastara, empezaba a cansarse de mentirle. Con ella, la tarea de engañar se le presentaba nefasta.

—No pretendías enamorarte… Escuché cuando se los decías a Adele… —Leah bajó la mirada, o lo intentó, porque Michael se lo impidió.

Hasta ahí había escuchado, eso la había llevado a escapar, a resguardarse del resto de la historia. ¿Le contaría Adele lo demás?, Serge creía que no, ella también tenía mucho que perder por revelar su relación con Viktor Schwarz.

—Te detesté cuando noté que te colabas bajo mi piel, Leah —le confesó Michael. Optó una vez más por la sinceridad a medias, con ella no valdrían los cortejos normales. A diferencia de otras mujeres, con otras experiencias, la señorita Böhm no ansiaba la seguridad y fortaleza en una pareja, sino el desafío. El doctor Wagner no la había cautivado por su estrategia de seducción, ni por sus dotes de psicólogo. Se había ganado el corazón de ella por ser quien era, un hombre enigmático, con secretos, con una lucha interna, lleno de matices. Podría haber arribado a Milford Haven proclamando a viva voz que venía a por Viktor Schwarz e igual hubiera conseguido la atención de Leah. Era él, en su estado puro, lo que la atraía como la miel a las moscas—. Lo sabes, debes reconocer que fui todo menos cortés. ¿Por qué crees?, ¿cómo demonios piensas que me siento? Vine aquí para poner fin a una historia con un viejo amor, vine aquí con el nombre de mi amada grabado a fuego, y una maldita hechicera empieza a borrarlo, a hacerme olvidar de mis metas… me enreda con su lengua, con su espíritu…

—¿Aún me detestas?

Serge carcajeó.

—Ya quisiera. Me dolería menos odiarte… Es una tortura sentir cosas por ti, Leah.

—¿Por qué? —Leah le acarició la mejilla—. Joder, Michael, no elijes entre ella o yo. No es así; sé que eres un hombre que entregó su corazón una vez, no pretendo competir con el recuerdo, no sería justo ni para ella ni para mí. Pero si crees que no hay posibilidad para nosotros de ser felices, es hora de que lo digas, y prefiero que duela un poco ahora y no padecer una agonía después.

Él posó su frente en la de ella. Eso estaba saliéndose de control, tenía que aprovecharse de su soledad, de su necesidad de aprobación… valerse de ella para seducirla, obligarla al matrimonio y así a Viktor a presentarse en Milford Haven. En cambio… en cambio de su boca salían solo advertencias.

—Tendrás que ser tú la que se proteja de mí, porque yo no soy tan altruista. Tendrás que ser tú quien huya, pero lamento decirte que no te lo haré fácil. No sé si seré capaz de volver a amar, solo sé que tú me has hecho volver a sentir y que eso es un jodido buen principio…

—Michael…

—Puedo intentar regalarte flores y chocolates, paseos y poemas, pero tú lo sabes, no sería más que una farsa, una puesta en escena… es la forma civilizada, el lenguaje social de un deseo que nos une desde que el hombre es hombre y la mujer es mujer. Que la forma en que te quiero no entiende de leyes, de firmas ni de rituales. Solo de piel…

La acercó a él hasta pegarla contra su cuerpo; sus anatomías encajaban a la perfección.

Michael bajó el rostro, esquivó su boca a último momento y siguió el sendero de su mentón, de su cuello, hasta llegar al punto en que el pulso femenino latía frenético. Ahí donde su aroma se hacía más intenso por el flujo de la sangre. Se embriagó de ella. Se permitió un momento para sentir, por fuera de todos los planes de venganza.

Leah suspiró. La resistencia de él, su lucha interna era lo que la encendía. De pasar a ser la niña olvidada en un pueblo costero a la razón detrás de la locura de un hombre poderoso. Él la hacía sentir más fuerte, invencible, irresistible que nunca. El amor sano debía ser eso que daba calma, un refugio… Michael Wagner era un amor tormentoso, tenía el encanto de una novela gótica y el peligro de una historia de terror. La encandilaba, la seducía con su tortura interna, porque parecía una invitación a sanarlo. Era la vieja perdición de las mujeres, esa que había llevado a los antepasados a condenarlas de brujas: la tentación irresistible de danzar con el diablo, de otorgarle luz al señor de las tinieblas.

Y si ella había nacido tan blanca era para iluminar tanta oscuridad.

Enredó los dedos en los cabellos rubios de Michael, y lanzó la cabeza hacia atrás. Los labios masculinos no tardaron en aferrarse a la suave piel de su cuello, succionando y marcándola como un animal salvaje. El dolor se mezcló con el placer, la hizo gemir. Él gruñó a la par, subió con su boca hasta el lóbulo de su oreja, al que capturó entre sus dientes. Lo soltó para susurrar:

—Detenme, Leah. Recuérdame que debo ser un caballero. Dime que me vaya al demonio, voltéame el rostro de una bofetada…

—¿Conseguiré así que dejes de besarme?

—Momentáneamente… —Sonrió contra su piel. Ella rio—. Me obligarías a cambiar de estrategia…

—Y terminaríamos de nuevo aquí, en esta misma situación.

—Una y mil veces, como Sísifo, serías mi condena y mi razón de vivir…

La besó con ardor en los labios, ahogando cualquier posible protesta. De todos modos, no iba a ser proclamada. Leah abrió su boca, dejándole entrar. Saboreando al fin el gusto masculino de los besos de Michael. Era su perdición. La curaba de la soledad, del abandono… De no haber sido suficiente. Para Wagner no solo era suficiente, era más…era demasiado.

El beso se hizo más hondo, más sexual. La lengua del doctor profanaba su cavidad con movimientos sensuales, lentos…una anticipación. Leah experimentaba una sensación de irrealidad, el aire le resultaba escaso y solo podía respirar si inhalaba el aliento de Michael. El vestido se le encogía contra un cuerpo que clamaba libertad y sus manos buscaban ansiosas descubrir otros secretos de Wagner. Ya no su pasado, ni sus motivaciones…ansiaba develar los misterios de su pasión. Dónde le gustaba ser acariciado, cuáles eran sus puntos sensibles, qué lo llevaría al borde de la locura.

Pero fue él quien tomó la delantera, sus dedos ágiles y sus conocimientos de anatomía se pusieron al servicio de su amante. Desató los lazos que sostenían el vestido por la espalda, y abrió con fuerza la tela, revelando la blancura de la camisa interior. Ella se aferró de la nuca masculina y perdió el sentido de orientación cuando él la elevó y arrastró hacia la arboleda, lejos de cualquier mirada curiosa.

Los criados ya habían visto el beso, la discreción se elevaba al lugar de mero formalismo. También de posesividad, porque Michael Wagner no permitiría que nadie viera ni un resquicio de la piel de su mujer.

—Mía… —le susurró, al atraparla contra la rugosa superficie de un árbol—. Mía, mil veces mía.

Volvió a besarla con desesperación. Era un maldito error, ¿cómo cojones haría para usarla

contra su padre, cuando la idea de perderla se le hacía tan desesperante? Ya no la tomaba como parte del plan, ¡al demonio Viktor Schwarz! Que Tobías Krage pusiera una maldita bomba en cada puerto del mundo, porque él…Él tenía su propio infierno en el que arder y era el corazón de Leah Böhm.

¡Estaba enamorado de la hija de su enemigo!, entregado a la sangre y carne de ese monstruo. Aunque quisiera odiarla, era incapaz. Aunque quisiera pensar en Brunilda, en su justicia, lo único que venía a su mente es que su viejo amor lo aprobaba, que, si existía un paraíso sin dolor y allí se hallaba ella, desde ese sitio pacífico era dichosa de que él volviera a poner en marcha su corazón.

—Joder…—gruñó. Era tan fácil odiar y tan difícil amar.

—Michael, mírame —le demandó ella—, empuja a tus fantasmas, hoy somos tú y yo. Ya habrá tiempo para los demonios…

Vaya profecía.

Michael le alzó la falda, buscó entre los pliegues de ropa el sendero hasta el placer. Sí, ya habría tiempo para los demonios, para esos de los que él era un hacedor. ¿Sería ella una domadora?, ¿podría controlarlos como podía dominarlo a él? Era más que una curandera, era una verdadera hechicera.

Unió sus ojos a los de ella, al tiempo que su mano alcanzaba el centro femenino. Sus dedos ágiles le abrieron los pliegues con suavidad, desparramando la humedad de su placer por entre ellos, hasta alcanzar el capullo latiente.

A Leah se le cortó el aliento, le costó mantener los párpados abiertos. La respiración se hizo entrecortada con cada círculo de fuego que él trazaba en torno a su botón. A Michael le costó mantener el control, el deleite de ella era adictivo. Tenía los labios enrojecidos, las mejillas encendidas y en sus ojos acuosos, las pupilas dilatadas ocupaban casi la totalidad de sus orbes.

También su respiración se volvió errática, más aún cuando condujo su dedo medio dentro del canal y comenzó a penetrarla al ritmo lento, a la vez que continuaba con sus roces externos.

—Michael…Michael…—clamó Leah, al borde del orgasmo.

Joder, tenía que detenerse. Tenía que usar ese momento de locura pasional para tomarla, hacerla suya. No pudo, el anhelo de verla correrse fue más fuerte que todo. Darle placer a ella era su nueva obsesión. Leah cerró las piernas en torno a su mano, con los muslos la atrajo a su centro y la apretó con los espasmos de su orgasmo.

—*Scheiße!* —gruñó Michael—. *Du bist so verdammt wunderschön…*—Su mano libre se aferró a la superficie rugosa del árbol. Abandonó lentamente el interior de Leah, deleitándose de la humedad de su orgasmo. Su mandíbula parecía de granito por contener el deseo frustrado, la desesperación por tenerla. No había espacio para lamentar su plan, verla en la cima del placer valía la jodida pena.

—¿Por qué demonios te torturas? —le preguntó Leah, besó su mandíbula endurecida, hasta alcanzar los labios que eran una fina línea—. ¿Por qué no tomas lo que yo te estoy brindando a voluntad? ¿o me crees tan inocente de no saber a qué hemos venido al bosque?

—Sí, sí eres inocente.

—Soy virgen, eso es muy distinto. He atendido un parto, ¿recuerdas?, sé cómo vienen los bebés…

—Eso es saber de medicina, Leah, no saber del mundo. —La rodeó por la cintura con su antebrazo, la pegó a él. Volvió a besarla, ella no solo no se resistió, sino que recomenzó la tarea de buscar sus puntos débiles. Sí, el cuello, en el punto exacto en que danzaba su nuez de Adán. El abdomen se le encogía cuando la caricia era suave, le generaba una mezcla de cosquillas y placer…—. Leah, juegas con fuego —la detuvo antes de que alcanzara su zona más sensible.

—Ya sabes cómo somos los seres humanos, no aprendemos hasta que no nos quemamos.

—Ojalá escucharas tu propio consejo… —masculló, al tiempo que le volvía a alzar la falda. Pero esta vez no fue su mano la que ocupó el lugar entre sus muslos, sino su cadera. La elevó hasta que ella lo rodeó con las piernas por la cintura, y él se desabrochó el pantalón. Su miembro, ansioso, no tardó en hallar el camino y calzó a la perfección entre los labios humedecidos de su feminidad—. Leah…

—Lo sé…puede doler…

—No, joder, no te dolerá —gruñó él. Conteniendo sus ansias, volvió a llevar la mano al sitio en que sus cuerpos se unían y la estimuló hasta que estuviera de nuevo al borde del placer. En cada roce, su miembro se abría camino en el interior inexplorado de Leah, milímetro a milímetro, haciendo la penetración tan natural que, cuando estuvo por completo en su interior, ella pudo asegurar que eran un mismo cuerpo.

El gemido de placer de ella se mezcló con la exhalación de él. Michael la movía desde debajo de sus nalgas; en cada elevación, sus pelvis se rozaban, en cada descenso, llegaba más hondo, más profundo. Se besaron, a veces con hambre, en ocasiones apenas compartían el aliento. Los pechos de ella acariciaban los pectorales de él, sus dedos se enredaban en los cabellos de Michael y poco a poco él volvía a construir su orgasmo.

No había sitio de su cuerpo que no estuviera estimulado, pero era su mente la que más placer sentía. En esos momentos, el doctor Wagner no estaba revestido de frialdad, sino de pura humanidad. ¡Y era jodidamente hermoso! Estaba al borde del placer, se resistía solo para que ella lo acompañara. Aquel hombre que le había confesado que la quería con absoluto egoísmo y posesividad, ahora se mostraba como el más gentil y generoso de los amantes.

En ese instante, la verdad brilló clara, la encandiló: Michael Wagner era esos dos hombres, era la sombra y la luz, el tormento y la paz, la ira y la calma, la generosidad y el egoísmo. El problema era que llevaba más tiempo alimentando a una de esas dos partes, haciéndola fuerte, y la otra…la otra yacía moribunda, enferma en su interior. Ella había sido el néctar que revivía la parte débil dentro de él…

—Sí…Michael —dijo, al límite de la cordura—. Sí…soy tu mujer.

El orgasmo la alcanzó como un rayo, sus espasmos la hicieron aferrarse a él con fuerza. Su grito ahogado bastó para desatar la pasión de él, y mientras ella se deshacía una vez más en el goce, Michael se derramó en su interior, clamándola como suya por siempre.

—Mi mujer… —repitió, en el remanso posterior—. El problema, mi Leah, es que eso me hará tuyo también y dudo que el infierno acepte devoluciones.

Ella rio, le dio la espalda para que la ayudara con el vestido. Serge le besó el cuello y murmuró sobre su piel de manera inaudible: eres inocente…los dos debemos recordárnoslo.

Capítulo 13



Adele definía así el estado actual de Leah: una burbuja impenetrable. Para la muchacha, la burbuja era de colores, repleta de hermosas sensaciones. Para Adele, no era más que una burbuja contaminada y oscura. Cada día que pasaba, sus sospechas aumentaban; el doctor Wagner tenía un propósito secreto. Nada era casual, ni su llegada repentina ni su vínculo sentimental, aún más repentino, con Leah. Estaba segura de que el hombre había orquestado un plan de conquista desde el primer instante en que puso un pie en Milford Haven. Si semanas atrás se hubiese preguntado el porqué, la respuesta hubiese sido tan simple como que era la muchacha más bella y joven de todo el pueblo, de buena familia y con conocimientos acordes a su profesión. Sí, era la candidata perfecta para él. En realidad, para cualquier hombre. Pero lo cierto era que esa respuesta tan simple y lógica ahora se convertía en una retorcida y turbia. El desgraciado tenía unas razones ocultas; Adele percibió el odio visceral en las profundidades de su confesión. En cada ocasión en la que lo comparaba con el padre de Leah, la furia hacía que sus labios se tensaran. Existía un asunto personal entre él y el doctor Schwarz que debían resolver cuanto antes.

Adele quería procurar el bienestar de Leah, aunque este ya se había visto comprometido. Wagner se lo había llevado todo: le había enredado el corazón con palabras melosas y le había enredado el cuerpo con caricias tramposas y atrevidas. Como si fuese un pez más de la bahía, la había atrapado con su red de mentiras. Y ella no tenía las herramientas necesarias para rescatarla; solo su padre las tenía.

No tardó mucho en escribir una carta. No expuso todas sus sospechas, pues no conocía el límite del amor filial de Viktor. Quizás no era lo suficientemente grande como para exponerse ante un peligro en nombre de su hija. Por ello, trasladó su preocupación por la unión matrimonial de Leah con un matiz dramático que lo convocara a intervenir. Con describir la escasez de recursos financieros del candidato y menospreciar su historial académico sería suficiente. Su padre jamás permitiría que se casara con alguien inferior, con un hombre que no cumpliera con los requisitos impuestos por él. Sin ir más lejos, no había reubicado a su hija por esa misma razón: la mayoría de los jóvenes abandonaban el pueblo a temprana edad con ansias de crecimiento, en busca de una forma de vida diferente a la de sus padres. El catálogo de hombres de Milford Haven carecía de cualidades, por lo que su hija estaba abocada a la soltería. Una soltería que Schwarz le pondría fin el día que hallara el candidato perfecto. Leah no era más que su patrimonio. Cuando llegara el momento, lo utilizaría de la forma más

conveniente. El doctor Wagner no lo era, de eso no cabía duda.

La respuesta de Schwarz no se hizo esperar: en casos de celeridad, recurría a telegramas. Como toda misiva telegráfica, fue breve y clara: llegaría a Milford Haven en cuestión de unos días. Adele sintió que se quitaba un gran peso de encima en cuanto tuvo la nota en sus manos; exhaló con tanta fuerza que las piernas le temblaron y liberó toda la angustia que llevaba dentro. Todo su cuerpo se tambaleó. Una mano la cogió del brazo y presionó su bicep regordete con los dedos. Por suerte, la grasa acumulada le amortiguó el dolor, ya que los dedos apretaban con más intención de daño que de asistencia.

—¿Te sientes mal, Adele? —le susurró al oído una voz. Ella la reconoció al instante: Wagner. Tiró de su brazo y se liberó de su agarre—. Te noto débil... —chasqueó la lengua—, no creo que sea por falta de comida —dijo con burla sarcástica—, tal vez por falta de nutrientes. Tenemos que indagar sobre lo que te altera.

—Ni una cosa ni la otra, le agradezco su interés... —dijo guardando el telegrama en el bolsillo de su falda—, pero no lo necesito. Con su permiso. —Hizo una fingida reverencia, no estaban solos, los empleados del correo postal los miraban desde el interior de la cabina telegráfica. Sin nada más que decirle, se encomendó a la caminata. Rápida y ágil, tanto como su cuerpo robusto se lo permitió. Quería alejarse de él lo antes posible, más cuando cargaba en su bolsillo una noticia de relevancia.

—No, en estas circunstancias, me veo obligado a no darte mi permiso, Adele —le dijo una vez que la alcanzó en pasos. Caminó a la par de la mujer. El fastidio en ella fue por demás notorio, intentó acelerar un poco más su caminata. Michael rio. Si tenía intención de lanzarse a la carrera, desistiría a los dos metros, ni el cuerpo ni los pulmones eran sus aliados. La edad la ponía en desventaja—. Deja de esforzarte en vano, los dos sabemos que perderás.

Adele se detuvo en seco. Volteó su rostro a él. Sus ojos ardían de furia, no podía entender cómo Leah no lograba ver esa versión del doctor. Macabra, traicionera, manipuladora.

—¿Crees que esto es un juego?, ¿eso es Leah para ti, una maldita competencia? Porque de ser así, a diferencia tuya, yo no quiero ganar ni perder, quiero que esté a salvo.

Serge dio un paso hacia ella, quedó a un par de centímetros de distancia, los necesarios para que el fuego que brillaba en los ojos de la mujer se viera aplacado por el implacable frío de su ser.

—Tú no tienes ni la más mínima idea de lo que ella significa para mí... —siseó entre dientes apretados—, y te sugiero que no pretendas saberlo para utilizarlo como un obstáculo entre nosotros.

—Ese nosotros del que hablas está muy lejos de ser una realidad —carcajeó, Schwarz nunca permitiría esa unión.

—Déjame decirte que la que vive muy lejos de la realidad eres tú. Ya existe ese nosotros entre ella y yo. —Sus labios le brindaron una sonrisa de triunfo. De conquista. No había que ser muy inteligente para interpretar su gesto, la había hecho su mujer en todos los aspectos posibles. O quizás, en el único realmente importante, su cuerpo. Adele lo abofeteó—. No te preocupes, fui gentil, lo disfrutó... la sentí temblar entre mis brazos y fue jodidamente estimulante.

—¡Eres un malnacido! —Adele intentó abofetearlo por segunda vez, Serge detuvo su mano antes del impacto.

—Lo soy, no tiene sentido negarlo contigo. Pero soy un malnacido con metas y propósitos. —Le retorció la muñeca, ella gimió de dolor y cuando su cuerpo dejó de luchar contra el ataque, Serge hurgó dentro del bolsillo de su falda y extrajo el telegrama—. Déjame ver qué noticias te han traído a este extremo del pueblo a una hora tan temprana. —Soltó su mano con un leve empujón. Desplegó el papel del telegrama. Una vez que lo leyó lo estrujó en su mano—. ¡Vaya, tendremos visitas! —Adele intentó recuperar el telegrama, él alzó la mano—. Dime qué opinas... ¿esperamos al doctor Schwarz

para tener su bendición y aprobación?, ¿o le propongo a Leah una huida romántica?

—Opino que te alejes de ella antes de que llegue su padre y te arrepientas. —Lo dijo con una certeza tan evidente en su voz que Serge supo que la mujer estaba muy al tanto de la verdadera naturaleza de Viktor, era capaz de todo. No tenía escrúpulos ni remordimientos.

—Demasiado tarde, no voy a alejarme de ella —Y la certeza en su voz fue tan... tan abrumadoramente auténtica que Serge tuvo que tragar saliva. Tenía metas y propósitos, y Leah se había convertido en un inesperado obstáculo. La clase de obstáculo que derribaría sin contemplaciones como buen discípulo de la escuela Schwarz. Pero allí estaba él, cargando a cuestas el jodido obstáculo, llevándoselo consigo aunque eso significara su condena. Le lanzó el telegrama al rostro—. Crees que este es tu as en la manga, ¿verdad? —rio con ganas, estalló en carcajadas sabedor que no había nadie en derredor, estaban lejos de la casilla del telégrafo y lejos del centro del pueblo.

—Lo es, si en verdad conocieras al doctor Schwarz, sabrías que lo es.

—Conozco al doctor Schwarz, el problema aquí es que tú no me conoces a mí. —Sonrió como solo Serge lo hacía, con sus dientes blancos y perfectos apretados, una sonrisa que te erizaba la piel y te dejaba un frío en el cuerpo que ni toda la leña del mundo encendida podía quitarte—. Ve, corre ahora... ve a alertar a tu pequeña niña por decimocuarta vez, intenta convencerla, dile que deje de sentir lo que siente por mí... —Vaya contradicción la de Leah, era la única persona en la faz de la tierra que, en los brazos de Serge, sentía calor. La lógica podría decir que era lo esperable, al fin de cuentas, el hielo era igual de contradictorio, si lo tocas... quema.

Resultaba doloroso verla tan feliz, cuando su burbuja estallara, su corazón se haría trizas contra el suelo. En esa instancia, la única tranquilidad en Adele era que ella estaría a su lado, ayudándola a recoger los pedazos.

La señora Giorgio estaba de visita en la casa Böhm con la intención de tomar las medidas de Leah para la confección de su vestido nupcial. Adele las sorprendió a ambas en la sala principal, girando frente al espejo, analizando posibilidades...Mmm, un escote en forma de corazón. No, recto, a la altura del esternón. O quizás un vestido con pechera y cuello de encaje. Un encaje que haga juego con su velo. ¿Velo? Mmm... quizás una tiara de flores. O tal vez, un cabello recogido con un broche de perlas.

—Adele, ¿tú qué opinas? —Le consultó la señora Giorgio cuando vio el reflejo de la mujer en el espejo. De no ser por eso, no habrían notado su presencia.

—Que un velo es muy sofisticado... más acorde a una boda citadina en catedral —No deseaba aplacar los ánimos, pero no podía disimular su falta de predisposición. Por lo menos era sincera, se dijo—, pero en Milford Haven...

—En Milford Haven sopla una ligera brisa el día de la boda y adiós velo. —Leah no pudo evitar reír ante la imagen en su cabeza, su velo convertido en bandera de un barco, encajado a la fuerza en un mástil del puerto—. Tienes un punto, Adele.

—Un muy buen punto —La señora Giorgio tuvo un repentino debate mental, cómo no había pensado en el viento de la bahía, cuando soplaba fuerte se colaba por todo lados, en especial dentro de la parroquia del pueblo—, antes de pensar en diseños, debo de considerar las telas... —Se acarició la barbilla, era la modista del pueblo, pero sus labores solían ser simples, vestidos de tarde y arreglos de prendas, no recordaba cuándo había sido la última vez que había diseñado y elaborado un vestido de fiesta o boda. Había perdido la práctica—, necesitaremos tela de brocado damasco. —Guardó la cinta métrica en su canasta de costura—. Debo ir a mi tienda y hacer el pedido a Pembroke lo antes posible... —No tenía disponibilidad de esa tela en ese momento. Hizo una palmada con sus manos como un

recurso de motivación personal, tenía que pensar en todo, tela, hilo, apliques. ¡Oh, botones de perlas!

Cuando quedaron a solas, los buenos ánimos se esfumaron. Leah sentía el desagrado de Adele a flor de piel. El rechazo a su decisión se estaba convirtiendo en un factor de distancia entre ambas, sin importar cuanto Leah intentara explicarle las razones que la hacían desear unirse en matrimonio con Michael, el comportamiento de su aya continuaba siendo el mismo.

—¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que logres hacer las paces con esto? —Una vez más, Leah lo intentó, quería que Adele estuviese a su lado en ese momento de su vida, que la acompañara como lo haría un referente materno.

—Jamás haré las paces con algo que sé que no es lo correcto para ti, Leah.

—Si pudieras sentir lo que yo siento por él, sabrías que es lo correcto para mí. —Fue hasta ella, la cogió de las manos y las llevó hasta su pecho. El corazón de Leah se agitaba tan solo por pensar en él. Latía frenético y ansioso—. ¿Puedes sentir esto? Así late mi corazón desde que él apareció en mi vida...

—Por supuesto que puedo sentirlo, por eso mismo es que no estoy de acuerdo con esta relación... Puede que no sepa mucho de amor entre hombre y mujer, Leah, pero sí conozco sobre el sentimiento. —Le acarició el rostro. La quería como si fuese su propia hija—. El amor no te quita la respiración, no agita tu corazón, no remueve tu estómago como si tuvieras mariposas en las tripas... el amor es la sensación de una calma nunca antes experimentada. Seguridad y calma. ¿Crees que ese hombre es capaz de darte eso?

—No lo sé, lo único que sé es que toda mi vida creí que tenía lo suficiente, que estaba a gusto, que estaba completa... ¡Creí que podía vivir el resto de mi vida de esta manera! —Extendió los brazos como si con ellos pudiese abarcar todo el pueblo. Hasta la llegada de Michael creyó que podía contentarse siendo solo el ángel de Milford Haven. Con él comprendió que nació con el único propósito de complacer a otros. Complacer a su padre, siendo una hija ejemplar, perfecta, por eso se quemó las malditas pestañas en la biblioteca. Para merecer ser su hija. Y cuando su padre se marchó, Leah lo sintió como una bofetada, una que le decía: No eres suficiente para mí. No vales siquiera el hecho que me quede a tu lado. Tras su abandono, ella inició la inagotable carrera de ser necesaria, indispensable para todos. Fue el doctor Michael Wagner, predispuesto a hacer su trabajo, el que le recordó que ella no era necesaria en realidad. Solo se requería de un médico comprometido con su labor para desplazarla. Para recordarle que Leah Böhm era reemplazable. Fue también Michael Wagner quién le demostró que era suficiente... para él. Para un hombre que había olvidado lo que era el amor, que se había rendido a los sentimientos. Para un hombre que cargaba un pasado que le había paralizado el corazón, ella era suficiente. Tenerla a su lado le bastó para creer en la posibilidad de un nuevo principio. Quizás no era amor, pero era lo más cercano a ese sentimiento, ¿verdad?—. Ahora sé que no puedo permanecer igual, porque de lo contrario, moriré en la monotonía de una vida que no elegí. Al igual que los barcos de la bahía, me he movido al ritmo de las olas, nada más. Solo he seguido la corriente.

—Nadar a favor de la corriente es lo más sensato, Leah.

—Eso lo dices porque nunca has nadado en contra de esta. —Alzó los hombros. Michael era la marea más embravecida de todas, pese a ello, Leah se lanzaba con gusto contra sus olas—. ¿Le has escrito a mi padre, verdad?

—Viendo y considerando que tú no lo has hecho, sí.

—Cómo lo haría, ni siquiera sé dónde enviarle correspondencia —carcajeó. Así de amoroso era el vínculo, solo Adele podía hacerle llegar noticias al renombrado doctor Schwarz—, tú te encargas de ello. —Y por primera vez, sus palabras sonaron a reproche. Hasta ahora, Leah creía que nadaba a

favor de la corriente timoneando su propio barco. ¡Vaya mentira! Iba en un barco de propiedad Schwarz, con un capitán llamado Adele Brighton. Y ella no era ni un marinero ni un tripulante, era un maldito polizón que agradecía la posibilidad de llegar a un destino sin costo alguno.

Bueno, sí, hubo un costo a pagar, altísimo... su libertad.

Capítulo 14



Viena, 1877.

—¿Adónde vamos, Michael? —preguntó Brunilda, al tiempo que era arrastrada por las callejuelas de Viena. Estaban en uno de esos barrios lujosos, en donde se hospedaba la alta sociedad vienés. Las luces de la ópera ya llevaban tiempo apagadas, era la hora justa en que, decían, habitaba el demonio. Justo cuando los ricos se iban a la cama y los criados aún no se levantaban.

Era una noche fría de otoño, no lo suficiente como para congelar hasta el aire, por lo que la niebla era la compañera natural. Sus pies parecían perderse en la blancura, las farolas apenas rompían la oscuridad y había que adivinar el camino.

—Es una sorpresa —respondió él, entusiasmado. Su cuerpo alto y delgado se abría paso por la oscuridad. Brunilda ya era una pequeña damita, había dejado de crecer hacia arriba para empezar a manifestar los cambios de la edad en sus curvas. Si fuesen ricos, pensó Michael, a ella la estarían por presentar en sociedad. Aunque las presentaciones ante la reina eran algo propio de los ingleses, los adinerados de todo el mundo se sumaban a la idea y lo hacían a su manera: un baile, un gran festejo cuando llegaban a la edad casadera, una asistencia a la ópera. Brunilda, a su parecer, hubiera sido la sensación. Tenía el cabello negro y los ojos claros, el cuerpo delgado pero con curvas y una mirada romántica, nostálgica, que era furor entre los caballeros. Nadie sería capaz de adivinar que detrás de la superficie acuosa de sus ojos yacía el infierno.

—Michael… —dudó ella al llegar a una gran puerta de hierro forjado. Los ribetes dorados en las puntas denotaban el lujo de la vivienda—, si vinimos a robar, sabes que yo soy mejor.

—Pero esta vez tendrás que confiar en mí, porque no puedo enviarte a robar tu propio obsequio. —Le sonrió—. Aguarda aquí, y ya sabes…

—Silbo como ave si alguien viene.

Habitualmente la rutina era al revés, ella robaba y él era el sereno. Si era honesto consigo mismo, debía reconocer que el cambio le golpeaba en su ego masculino. Él era Michael Wagner, el líder de los muchachos de los bajos fondos, y… y era peor ladrón que Brunilda. Vale… no solo peor ladrón, era inferior en cada aspecto de su vida. Ella sabía leer, escribir, las operaciones aritméticas… conocía de carpintería, herrería, hierbas medicinales… podía combatir como una guerrera, convertir cualquier objeto en arma… sobrevivir al frío, al calor, al hambre…

Era sinceramente superior. Si ese jodido médico no le hubiera roto la mente, Brunilda habría

sido capaz de dominar el mundo. Lo peor, pensó Michael mientras se escabullía en la lujosa casa, era saber que ese era el plan del maldito doctor Schwarz. Se lo había contado ella, el demente médico buscaba hacer algo llamado *übermensch*. ¡Vaya locura!

Había destruido a Brunilda por dentro, hoy tenía un día bueno, pero en general sus visiones apenas la dejaban vivir. Era como si habitase constantemente en el mundo de sus pesadillas. A él lo veía con alas, a los demás con colmillos y nunca podías adivinar si esa superioridad la usaría para matarte al ser presa de sus delirios.

Pero para Michael Brunilda era más que una loca arruinada por un doctor. Que ella, siendo tan capaz de valerse sola, tan superior, eligiese su compañía lo hacía sentir en las nubes. Estaba seguro de que, si la quería lo suficiente, ella sanaría, dejaría de tener alucinaciones y podrían construir una vida normal.

Ya no estarían más solos.

Abrió con la ganzúa la puerta y se coló en el interior. Había visto al matrimonio a la salida de la ópera, llevaban unos anillos a juego, el de ella con una piedra enorme y el de él con una pequeña a juego. Subió las escaleras a paso lento, hasta colarse en la habitación principal.

Vaya con la gente rica, no cuidan lo que tienen. Las joyas estaban esparcidas por el tocador de la dama, como si la mujer se hubiera probado todas antes de elegir qué lucir en la ópera. El ronquido suave de la mujer le llegó al oído como música de Mozart. Buscó entre las piezas el anillo, y maldijo al no hallarlo.

¿Dónde demonios estaba?

La luna se abrió paso apenas por la niebla e hizo la alianza relucir. ¡No se la había quitado! Mierda. Tanto la de él como la de ella resplandecían en sus dedos anulares. ¿Rendirse?, jamás. Fue hacia la cama, con sigilo cogió la mano del hombre, siempre eran ellos los que dormían más plácidamente. ¡Y luego decían que los hombres habían nacido para proteger! No solo Brunilda le había hecho ver otra realidad, sino que la misma experiencia se lo probaba. Las mujeres tenían el sueño más ligero, estaban siempre alerta. Consiguió hacerse con la alianza masculina sin problemas, la femenina…

Esa mujer tenía que hacerse ver, concluyó, los dedos se le habían hinchado y el anillo estaba trabado. Lo intentó de todos modos, pero esta abrió los ojos.

Iba a abrir la boca también. Los ojos de Michael se fijaron en los de su víctima; el debate duró menos de un segundo en su cabeza. ¿Matarla o huir? Matarla era lo que haría Brunilda, asesinarla por una joya que quería era la forma en que el demente médico la había adoctrinado.

Por eso optó por huir.

Pero no sin antes llevarse un botín. Sin mirar atrás, arrasó con su brazo el tocador de la dama y metió cuanto pudo en sus bolsillos. Luego se dio a la carrera.

El grito de la mujer resonó como el claxon de los grandes barcos, el hombre se despertó desorientado. Ja-ja… instinto protector. Él ya estaba en la puerta, los criados empezaban a asomar de sus habitaciones.

—Eso les pasa por poner las habitaciones de los criados en la última planta, donde pasan frío y están lejos de las visitas. —Hizo una burlona reverencia y siguió huyendo. La reja no presentó obstáculo, al otro lado, Brunilda reía como una niña.

—¡Eres pésimo ladrón!

—Sí, y me encanta ser un desastre —reconoció. ¡Se podía!, analizó mientras huían cogidos de la mano, había una posibilidad real de dominar los instintos. Si conseguía que Brunilda tuviese ese último instante de lucidez antes de matar, de atacar, de responder por adoctrinamiento, ¡podría

curarse!—. ¿Cómo dices que se llaman los loqueros? —preguntó, sin aliento, al perderse en la niebla. Cogió a Brunilda en brazos, disfrutaba cada vez más de abrazarla, de besarla. No era ingenuo, vivían en la calle, habían visto a prostitutas trabajar; pero jamás pensó que ese deseo le alcanzaría a él. ¿Se sentiría ella igual cuando se rozaban?

—¿A qué viene esto?

Él bajó la boca y la besó, fue algo torpe, un choque de labios sin más. Ella respondió al beso del mismo modo, alargando la duración de ese impacto de bocas.

—Nada, solo me preguntaba si esos médicos pueden hacer algo con los pensamientos de las personas…ya sabes…

—Curarme.

—¡No! No hay nada malo contigo —mintió, ella rio a carcajadas y le respondió:

—Te amo, Michael. —Michael quedó petrificado, ella volvió a reír—. Ahora pareces ser tú el de las visiones, venga…

—¿En serio me amas?

—Claro, más que a mí misma. —Wagner era demasiado joven para entender esa declaración, qué implicaba ese *más que a mí misma*. Se aferró a la parte romántica, a la confesión, a sentirse amado una vez en la vida. ¡Era un jodido milagro!

—Yo también te amo, Brunilda. ¿Sabes qué haremos?, venderemos estas joyas y nos iremos de Viena. Iremos a las montañas, pondremos una posada y viviremos en paz, lejos de aquí. —Volvió a besarla, últimamente su cuerpo juvenil solo podía pensar en *eso*, pero no se atrevía a ir más allá. ¿Si quedaba embarazada?, ¿si tenían un niño en las calles? No, debía darle forma a ese plan en las montañas.

Ella solo sonrió.

—Es un lindo sueño.

—¡Será nuestra realidad! —prometió—. De momento, la otra parte de la sorpresa. Ven…—La condujo hacia el Danubio, había encontrado entre los depósitos a la ribera uno desocupado que podían usar. Les dejaría la cervecería a Hugo y los demás, no permanecería en un lugar en donde Brunilda no fuera bien recibida. Menos ahora…Menos cuando sabía que ella también lo amaba.

Prendieron una fogata pequeña y se sentaron junto a ella. Michael expuso el botín, podrían juntar suficiente dinero si lo vendían bien.

—¡Oh! —exclamó Brunilda encantada—. Mira, Michael, ¡qué bonito! —Cogió un colgante púrpura y lo sostuvo en su mano. La sonrisa era tan amplia y sincera que él sintió que el corazón se le encogía.

Le arrebató el colgante de las manos y fue tras ella.

—Entonces, este será tuyo. —Se lo colocó en torno al cuello—. Este no lo venderemos.

—Nos faltará dinero…

—Volveremos a robar. —La abrazó con cariño—. Te queda perfecto, es tuyo, es mejor que los anillos.

—¿De verdad querías robar anillos? —Él no respondió, solo la estrujó más fuerte—. Michael.. —suspiró ella, resignada—. Nunca me curaré, lo sabes, ¿verdad?

—¡Claro que sí! Lo que necesitas es aire de campo.

—Y lo que tú necesitas es alguien que esté bien de aquí —Se tocó la sien—, alguien a quien le puedas dar estos obsequios.

—Esa eres tú. ¡Suficiente! —masculló enfadado. Detestaba cuando Brunilda hablaba de ese modo, como si lo de ellos tuviera fin.

La muchacha se recostó sobre su pecho y no dijo más, no le confesó que en las sombras volvía a ver demonios ni que las plumas de sus alas imaginarias le hacían cosquillas. Le dejaría creer por esa noche que tendrían futuro.

***

La vida enseña a no burlarse, él se había mofado de la pasividad de aquel hombre rico y ahora era víctima de su pesado sueño.

Brunilda había desaparecido.

No era como las otras veces, comprendió con el pecho encogido, porque en esa ocasión le había dejado una nota escrita con las brasas del fuego ya apagado:

«El amor no puede corregir lo que la ciencia ha roto. Sé feliz, mi arcángel Michael».

La desesperación le hizo ponerse de pie y no reparar en que dejaba las joyas atrás, o en las brasas que aún ardían. El sol no había salido, a esa altura del año las noches eran largas y oscuras, pero sí había algo de movimiento en las calles. Los primeros carruajes, los criados que abrían las ventanas, los serenos que apagaban las farolas…

Por costumbre, fue directo hasta la vieja cervecería. Sus antiguos colegas estaban de pie, nadie remoloneaba cuando dormía en el frío suelo.

—¿Brunilda?

Hugo se incorporó, negó con la cabeza.

—No está aquí, Mic.

—¡Qué esperan para buscarla! —se desesperó, los niños permanecieron quietos. Le temían demasiado a la muchacha.

—Mic…

—Si no vas a ayudarme, al menos no estorbes —siseó y lo apartó de un empujón. Abandonó la cervecería a paso ligero, sintió el eco tras sus espaldas. Hugo y Otto no lo dejaron a su suerte, los escuchó susurrar:

—Si la encontramos, nos mantenemos distantes, ¿vale?, le avisamos a Mic y que él se encargue.

Bien, con eso le bastaba. De verdad, no intentaba ser un capullo, entendía el terror que ella despertaba. Pero, joder, la quería…la quería de verdad y ella a él. Había algo muy esperanzador en esa retorcida relación, la hermosa idea de que el amor podía nacer hasta en el pantano más oscuro, en la tierra más dura, en la más profunda oscuridad…Hasta los monstruos amaban.

Siguió recorriendo las calles, buscando en la reacción de las personas la prueba de que Brunilda había pasado por allí. Siempre dejaba un reguero de espanto, porque cuando estaba en ese estado, se la veía como una paciente de un manicomio.

Brunilda había robado un ejemplar de Frankenstein de una casa, estaba en inglés. Lo empleó para enseñarle el idioma; era una excelente profesora. Michael escribía y leía alemán a la perfección gracias a ella y ahora conocía bastantes palabras del inglés. Pero esa historia le había dejado algo más que un poco de vocabulario, le gustaba pensar que, si él le hubiera dado cobijo al monstruo, habría sido capaz de cambiar el final. Al menos había intentado transmitírselo a Brunilda, aunque ella no parecía haberle creído.

Al fin halló una prueba. Dos criadas miraban por detrás de su hombro y susurraban espantadas. Siguió el camino de esos ojos desorbitados y se encontró con ella.

—¡Brunilda! —gritó. Ella se volvió hacia él, sus ojos estaban sin vida, pero sus labios formaron

una sonrisa. La vio subirse a la barandilla del puente que atravesaba el Danubio. Michael impulsó sus pies a toda velocidad, creyó estar en una de esas pesadillas en las que no puedes moverte ni te sale la voz, porque por más que corría, no la alcanzaba.

Brunilda se lanzó al río, y por la forma de su falda, Michael pudo adivinar las rocas en los bolsillos. Llegó al borde, sin detenerse ni un instante, se lanzó tras ella.

La falta de sol hacía de las aguas del Danubio un pozo negro que todo lo tragaba. Buscó, y buscó por debajo del agua, saliendo a respirar solo cuando sus pulmones ardían. Al fin encontró sus cabellos formando una estrella en la superficie y tiró de ella. El ruido de la corriente ahogaba los gritos de Hugo y Otto, que corrían por la orilla y buscaban ramas para sacarlo de allí. El peso de Brunilda más las rocas lo empujaban al fondo, pero no la soltaría.

—¡Moriré contigo, joder! No me dejes.

Al fin alcanzó una altura que le permitía hacer pie, y Hugo le lanzó una rama para tirar de él. El fondo lodoso era traicionero, parecía arrastrarlo más y más. Consiguió salir y llevar a Brunilda con él. La recostó junto al río, fría, sin vida.

Lo intentó. El cielo de Viena fue testigo, los primeros rayos de sol también. Michael Wagner intentó todo, lo poco que sabía de reavivación que ella le había enseñado, los golpes en el pecho, su aliento en la boca…probó con sacudirla, zamarrearla…recurrió al ruego, al rezo…

Hasta que solo pudo hacer una cosa, abrazar el cuerpo inerte de Brunilda hasta que el frío se lo llevase a él.

—¡Mic! ¡Mic! —Otto y Hugo tiraron de él—. ¡Joder, Mic! Déjala ir, te morirás tú también.

Él solo soltaba el cuerpo de Brunilda para lanzar golpes al aire, alejar a sus amigos que intentaban separarlo de ella. Las luces lejanas empezaron a brillar, eran las linternas de aceite de los policías que habían sido alertados del suicidio.

—Mic, te culparán de homicidio —probó con hacerlo razonar—. Te llevarán a la prisión, que es peor que la muerte. ¡De allí te cogerá ese doctor del demonio y te hará a ti lo que le hizo a ella! Debes huir. Por favor, Mic… —Volvió a tirar de él—. Por favor… No somos nadie, te borrarán del mapa…

Las palabras surtieron efecto. Michael se separó de Brunilda, le apartó el cabello enredado del rostro. Al fin había paz en sus facciones. Golpeó la tierra a su lado, una, mil veces, lleno de frustración.

—No somos nadie…no nos ven…no existimos…por eso el golpe los tomará por sorpresa —susurró.

—Mic…

Wagner le quitó el colgante púrpura y se incorporó lentamente, se volvió hacia sus amigos.

—El amor no puede corregir lo que la ciencia ha roto…esas fueron sus últimas palabras. Tal vez el amor no pueda arreglar, pero el odio puede vengar…—masculló. Miró por última vez a quienes habían sido hasta el momento los compañeros de vida y citó en inglés la frase de Frankenstein que Brunilda le leyó—: *Me vengaré de mis sufrimientos; si no puedo inspirar amor, desencadenaré el miedo; y especialmente a ti*.

Capítulo 15



Cada sonrisa era un puñal; el brillo en su mirada, un recuerdo de que la felicidad estaba al alcance de la mano. Tal vez en otra vida, porque en esta, en que él había nacido como Michael Wagner y se había convertido en Serge Amberg, la felicidad era un concepto lejano.

Ya había enviado el telegrama a Alexa Milbank. Los Prometheus estaban en camino, Viktor Schwarz también. Los espías de Marcus habían dado con la dirección a la que se comunicaba Adele, para hallar la casa vacía. Como no corrían riesgos, los puertos estaban bajo custodia de Tobías Krage y todo el mundo financiero puesto bajo aviso por Franz Cooper. Viktor no tenía adonde huir.

Tampoco lo haría. Serge lo sabía muy bien. Viktor no podía dejar atrás su sangre, estaba obsesionado con la evolución, con Darwin y la primacía del más apto. Y él tenía una sola heredera, no había sido capaz de engendrar más. Tal vez por nunca hallar a otra mujer para la cruza, porque así las pensaba, o quizá porque sí existía una fuerza superior después de todo. Alguien que entendía que Schwarz no debía reproducirse y lo había impedido. Como fuera, era incapaz de soltar a Leah.

Al igual que él.

La vio ajetreada junto a los criados, decorando la sala, acomodando flores, probando pastelillos. Sus cabellos estaban peinados en lo alto de su coronilla, en un recogido abultado como disponía la moda y decorado con violetas. El contraste le favorecía. Su sonrisa era amplia y, cada tanto, se volvía hacia él para preguntarle si le gustaba tal o cual cosa.

La voz de Adele lo sacó de su ensoñación.

—Aún tiene tiempo de detener esto.

—No se preocupe por Leah, ella estará bien. Es fuerte.

—No lo decía por ella —masculló la mujer—, lo digo por usted. Está convencido de que ya es un hombre muerto, pero no lo es. Los muertos no se enamoran y usted la ama.

—¿De verdad lo intenta, Adele?

—Siempre. Rendirme no es opción.

—En eso nos parecemos, podría ser una gran aliada, pero ha elegido el bando equivocado.

Adele soltó una amarga carcajada.

—¿Elegir? Por favor, doctor Wagner, a estas alturas usted mejor que nadie debe saber que cuando de Viktor Schwarz se trata, nadie elige. Somos arrastrados por el torrente de su destrucción. Leah no me lo ha dicho, también lo quiere y protege su privacidad como un tesoro, pero no soy tonta..

Para llegar a ella usted le ha contado sobre su pasado, le ha relatado cómo se hizo las heridas, pero ha tenido en bien no mostrarle las horribles cicatrices. Esas también se las hizo Schwarz, ¿verdad? —Serge no contestó—. Entonces no me venga con lo de poder elegir.

—En tal caso, entenderá que yo tampoco puedo hacerlo. —Dio un paso al frente, la belleza de Leah lo golpeó con fuerza—. Viktor ha cavado su propia tumba y me ha convertido en su funebrero. Amar a Leah no cambia eso.

Se alejó de la mujer y fue al encuentro de su futura esposa. La cogió en brazos y la hizo girar, como si danzaran un vals mudo. La atrajo hacia sí en la última vuelta, le acunó el rostro con la mano y descendió lentamente hasta besarla en los labios.

—Será inevitable que esta noche quede grabada a fuego en tu memoria, Leah, como lo hará en la mía. —Buscó los anillos que había comprado, dos simples alianzas de oro sin adornos ni piedras, acordes a un médico rural. Le colocó el de ella.

—¿No deberíamos esperar a estar en la iglesia? —preguntó ella, mirándose el dedo anular.

—Habitualmente, este anillo te marcaría como mía; en esta sociedad, te haría mi propiedad. Pero yo quiero obsequiarte algo más grande, este anillo a diferencia de otros es la prueba de tu libertad. La verdadera, la que siempre has ansiado…

—¿De qué hablas? —Leah alzó sus ojos claros y los fijó en los de él. Los tenía cristalizados por la emoción, eso la asustó. Aunque había sondeado esa mirada muchas veces, alcanzado a adivinar sentimientos soterrados, jamás la halló tan transparente como en esos momentos. Por instinto, dio un paso atrás. Las emociones de Michael eran demasiado oscuras; sus ojos podían ser celestes, pero lo que escondían era negro como el ónix.

—Milford Haven no fue tu libertad, sino una jaula a cielo abierto. Has elegido tu vocación por contradecir a tu padre, te has negado a indagar en lo que él ocultaba, en los motivos de tanto secretismo, por miedo a descubrir la verdad. Has habitado en este sitio olvidado de Dios, lejos de los caballeros que hubieran caído a tus pies, lejos de las amistades de tu edad, de los tés, los bailes y los vestidos bonitos…Te has convencido de que obrabas a voluntad, pero estás encadenada.

—Michael, me estás asustando.

—Solo la verdad te hará libre.

—¿Qué verdad?, ¿de qué demonios hablas?, ¿qué te sucede, Michael?

—Me odiarás. —La besó en los labios, ella se zafó del beso, para enfrentarlo—. Me odiarás, pero ese odio será más voluntario que tu amor. Yo, en cambio…

Te amo.

No llegó a decirlo, porque el suelo tembló. Los cristales vibraron. Los vecinos gritaron.

Leah corrió hacia la ventana a ver y sus ojos no dieron crédito. Michael seguía en el centro del salón, con su traje de tres piezas, sus cabellos peinados hacia atrás y una rosa violeta en el bolsillo delantero de su chaqueta. Adele lloraba, se cubría la boca con espanto, y ella…

—¿Un ejército?

De pronto su casa parecía un fuerte medieval, sus jardines el campo de batalla. No, no era un ejército…

Eran dos.

En un frente, cientos de hombres armados. Carruajes. ¡Hasta cañones! Del otro, el doble de hombres, pero tan aterrados que parecían dar la batalla por perdida antes de empezar. De un flanco bajó una mujer, cabello negro, cuerpo atlético…

Del otro, su padre. Viktor Schwarz descendió de su negro carruaje, y, para sorpresa de Leah, llevaba una pistola en su mano. Leyó en sus labios una maldición en alemán y el nombre de ella: Alexa.

Fue demasiado tarde, de los otros carruajes bajaron tres hombres. Schwarz se paralizó, no por reconocerlos, sino por lo contrario. Eran tres extraños.

Los verdaderos enemigos estaban a sus espaldas. Se dio la vuelta, buscando la retaguardia y…

—¡Dios santo! —exclamó Leah al ver lo sucedido. Tres seres, porque decirles hombres era demasiado, habían asesinado a todos los guardias de Viktor en menos de un minuto. El plan de escapar por el bosque quedaba truncado, el de avanzar camino a Alexa era un derramamiento de sangre.

Viktor disparó a esas sombras hasta quedarse sin balas, los hombres a su alrededor caían como moscas. Los tres Prometheus parecían capaces de esquivar las balas, los golpes, los puñales. Eran imparables. Schwarz intentó subirse de nuevo al carruaje, si bien se esperaba una emboscada, era víctima de sus creaciones. Esos seres eran invencibles, él había tentado la suerte demasiadas veces.

—Esos demonios que ves allí, mi querida Leah, son el proyecto de tu padre. En eso ha estado trabajando todos estos años en que te mentía, en que juraba que se mantenía en las sombras por los celos profesionales. —La voz de Michael le rozó el oído—. Él los llama superhombres. Übermensch. Yo los llamo demonios…¿sabes por qué?

—¿P-por qué? —consiguió balbucear.

—Porque yo los he ido a buscar al infierno en persona para que completen el trabajo. Él quiso proclamarse como el creador de hombres superiores, pero solo condicionó mi vida y me convirtió en el hacedor de demonios.

Leah apenas podía ver a través del velo de lágrimas, en esos instantes no le dolía el engaño de su padre ni el de Michael. Sino las miles de vidas perdidas ante sus ojos. Se oían los disparos, el característico ruido de la carne al cortarse, de las vísceras al ser destrozadas por un puñal.

Las balas de cañón levantaban la tierra junto a los hombres, el impacto los hacía volar por los aires junto a algunas de sus extremidades. El ejército de su padre no era menos letal, parecían posesos con sus pistolas y, cuando estas no tenían más balas, sus sables y cuchillos. En el centro de lo que antes era su jardín, se daba una contienda cuerpo a cuerpo. En los bosques de los alrededores, los soldados de ambos grupos se mantenían atrincherados y soltaban lluvias de balas por los flancos.

Su mente dejó de procesar lo que pasaba, se desconectó de los hechos y su cuerpo respondió de manera automática. Abandonó la casa y corrió al campo de batalla.

Serge la siguió, desesperado, intentando alcanzarla a cada paso. Se dirigía al centro mismo del combate. Fue imposible detenerla, Leah parecía poseída. Mientras los Prometheus hacían volar por los aires el último carruaje de Schwarz y lo atrapaban, reduciéndolo sin miramientos contra la tierra y amordazándolo… al tiempo que dos ejércitos se enfrentaban sin piedad, sin patria, sin sentido… La señorita Böhm se paró en el medio del terreno y cayó de rodillas junto a uno de los heridos.

A varios metros de ella, una bala de cañón hizo sacudir el suelo. Ya casi no quedaban hombres en el centro, empezaban a replegarse a la seguridad de la arboleda.

¿Era un hombre de su padre o uno de los soldados del grupo invasor? No importaba, era una vida. Había sido herido en la pierna, un corte profundo hasta el músculo.

—¡No ha tocado la arteria femoral! —clamó. Serge llegó a su lado, la arrancó de junto al hombre cogiéndola por la cintura—. Joder, Michael, dame tu corbatín. —Sin siquiera mostrar indicios de ser arrastrada, se retorció hasta quedar enfrentada y le deshizo el nudo. Se soltó del agarre, parecía un animal invertebrado por la capacidad de escurrirse de sus brazos. Regresó junto al caído y le ató con el corbatín la pierna para que no siguiera sangrando.

—¡Leah, joder!

—Apártate, Michael. —Lo empujó—. Tú ve con él —Señaló otro de los caídos—, asegúrate de que esa sangre no sea oscura o…¡Solo hazlo!

—Demonios, Serge —otra voz se sumó a la contienda. Leah solo pudo pensar cuál de los caídos era el tal Serge, pero la extraña mujer se dirigía a Michael—. Sácala de aquí. —La muchacha terminó la advertencia antes de volverse hacia uno de los hombres y apuñalarlo. Otro se vino hacia Böhm, y fue Amberg quien lo eliminó cortándole la yugular.

¿De dónde demonios había sacado su Michael un cuchillo?, ¿acaso llevaba un arma el día de su boda?

Leah no entendía nada. Se puso de pie y exclamó:

—¡Pueden dejar de matarse que no doy abasto!

—Está en estado de estupefacción —dijo Alexa.

—No me digas, menos mal que aquí hay un experto en psicología —siseó Serge e intentó volver a coger a Leah en brazos. La mujer luchaba como una guerrera, les había salvado la vida a tres hombres de Tobías, incluido Roy, uno de los más cercanos. También había conseguido cortar la hemorragia de dos hombres de Schwarz, los cuales no luchaban por una causa, sino por dinero.

—Usa tu puñetero colgante, joder.

—¡No voy a hipnotizarla! —Era su libertad lo que más ansiaba, someterla con el colgante estaba fuera de discusión.

—Entonces, mejor será que me la dejes a mí —se sumó la voz de Cooper, se había abierto camino por entre los hombres. A sus espaldas, una estela de cuerpos inertes. Joder con la eficiencia Cooper—. Viktor está reducido y encerrado junto a Tobías. Yo me encargaré de la hija y…

—Si te acercas a Leah, Cooper, te juro que te cortaré los cojones, así me lleve otros veinte años llegar a ti. —Serge cogió a la señorita Böhm en brazos, intentó no dañarla pese a los forcejeos y clamó—: Si alguien le toca un jodido pelo, será hombre muerto, y yo no soy ni práctico, ni eficiente, ni rápido…Soy lento y muy imaginativo.

Los presentes detuvieron la lucha un instante al escuchar la amenaza, fue menos de un segundo, pero el silencio pareció hacerlo eterno. Miraron a Leah y solo asintieron, al menos no sería fácil de confundir en el fulgor de la batalla con sus cabellos blanquecinos y su vestido de novia bañado en sangre.

—Michael —dijo ella—, tenemos que detener esta locura. Hay que armar una tienda de campaña, hay que buscar medicamentos y paños y…—Se volvió hacia él, con el rostro enajenado—. No lo entiendo, ¿contra quién estamos en guerra?, ¿nos invaden…?, ¿nos…?

—Leah, respira —rogó él—. Leah…

Sin decir más, miró a Michael y recordó todo. Los planes de boda, las últimas palabras incoherentes de él, la llegada de su padre…la verdad…la promesa de libertad.

—¡Eres un maldito! —le gritó y comenzó a golpearlo en el pecho.

—Bien, así está mejor —murmuró Franz y regresó a la batalla. Alexa le brindó en cambio una mirada llena de pena a su antiguo mentor.

—¡Eres un maldito, desgraciado! —Serge la cogió de las muñecas y la acercó a él, enredándola con sus brazos, conteniéndola con su cuerpo—. Me has dicho que esta era una jaula a cielo abierto, has roto los barrotes. Pero ¿acaso te has preguntado antes si tenía alas para volar?

—Sé que no las tienes…aún. Tu padre te las ha amputado como a tantos otros, Leah. Pero ten algo por seguro, las alas de la mente vuelven a crecer, una vez derribada la jaula, una vez se te brinda el espacio para extenderlas…

—¿Y eso has hecho tú?

—No era mi plan, romper tu jaula fue el efecto colateral de un plan de años.

Ella dejó de batallar, cayó rendida, sin fuerzas. Solo los brazos de Serge la sostenían.

—No era tu plan amarme, no era tu plan liberarme… ¿cuál era tu jodido plan, Michael Wagner?

—Matar a tu padre, hacerle probar de su propia medicina. Tú, Leah…tú eres mi más perfecto error.

La batalla empezaba a remitir. Muchos de los hombres de Schwarz se dieron a la fuga, no tenía sentido pelear contra los Prometheus, menos cuando Viktor estaba cautivo. ¿Quién les pagaría la otra mitad? Soldado mercenario que huye sirve para otro contrato. Los que continuaron eran aquellos a los que el doctor había sacado de los hospitales psiquiátricos y las cárceles, quienes tras tratamientos dudosos eran incapaces de obrar a voluntad. Los soldados de Krage se apiadaban de ellos, mas no los subestimaban. Si no los podían reducir, entonces no les quedaba más remedio que matarlos. El suelo de Milford Haven se regó de sangre.

Aquella casa de estilo victoriano en nada se parecía a un fuerte medieval, sin embargo, contaba con los condimentos clásicos. Una princesa cautiva, un señor tirano en decadencia y tres guerreros dispuestos a todo.

Serge consiguió arrastrar a Leah al interior de la casa. Adele la recibió en brazos, intentó consolarla, mas su tarea quedó trunca cuando Leah le preguntó:

—¿Tú sabías lo que hacía mi padre? —La aya asintió—. ¿Mi madre…?

—Lo averiguó después de tenerte, al igual que yo.

Leah se deshizo del abrazo y se volvió hacia Michael, justo cuando su padre fue arrastrado al medio de la sala y proclamó:

—Doctor Serge Amberg, diría que es una sorpresa, pero hace tiempo que sé que eras tú el boicoteador.

—¿Serge…? —repitió ella.

—¿Cómo le dijiste a mi hija que te llamabas?

Serge chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Oh, no, Viktor. No creas que me vas a ganar en mi terreno, yo a tu hija no le he mentido. A quien le he mentido por todo este tiempo es a ti. Me presento… —Hizo una reverencia—, Michael Wagner, a sus servicios.

—Leah, ven —rogó Adele—, sé que no confías en mí y lo entiendo. Pero créeme, no quieres ver esto.

—¿Qué es *esto* exactamente?

—Cómo mataremos a tu padre —explicó Tobías Krage, que era quien cogía al doctor retorciéndole los brazos en la espalda. No se lo veía esforzado por el trabajo, lucía como si arrastrar hombres fuera su pasatiempo. Franz le apuntaba con una pistola en la frente. Marcus y Alexa cuidaban las salidas, lo hacían con una actitud tan relajada que parecía que allí solo se celebraba un té.

—Michael…—rogó Leah.

—Sé que no lo entiendes y es mejor así. A la verdad hay que dosificarla para poder asumirla. Tu padre mató a Brunilda, con eso bastará para comprender lo que aquí sucede.

—¿Quién cojones es Brunilda? —gruñó Viktor. Tobías, que conocía la historia por Alexa, le propinó un golpe corto en el hígado.

—Nadie —le dijo Michael, se acercó y lo cogió de los cabellos canos para alzarle el rostro. Los ojos negros del doctor se fijaron en los de él. No compartía demasiados rasgos con su hija, el albinismo de Leah la había salvado de tener esos ojos oscuros sin vida—. No era nadie, apenas una jodida

huérfana en Viena. Desechable, como todos tus niños Prometheus. Una muchacha que no figuraba en ningún registro, que podía ser usada cual experimento y catalogada como fallida después. Una nadie para otro nadie, porque ¿quién es Michael Wagner?

Viktor intentó escupirlo. Franz lo golpeó con la culata de la pistola.

—Padre, ¿es verdad lo que dice?, ¿has matado a Brunilda?

—No, claro que no —se defendió ante su hija—, en ese entonces no eliminaba los casos fallidos…yo…

—¿En ese entonces? —repreguntó Leah, horrorizada—. Eso quiere decir que ahora sí, que ahora…¿matas niños?

—Leah, cariño —insistió Adele—, vámonos de aquí, vayamos al altillo. No tienes por qué ver ni escuchar, de esto intentaba protegerte mi niña.

—¿Protegerme de ser la hija de un asesino? Dudo que exista escudo suficiente… —Sus ojos buscaron los de Michael, ese era su verdadero nombre, también le había dicho la verdad con respecto a Brunilda y Viena. Lo que hacía todo más doloroso era saber que la había manipulado para que ella completara los retazos faltantes de su historia con datos erróneos, conocedor de que no lo podría acusar de mentir—. Tenías razón, Michael Wagner, te odio libremente. Te odio a voluntad —proclamó, y abandonó la sala. No había motivos para presenciar cómo quitaban una vida, no cuando su misión era salvarlas. Ella no había hecho el juramento hipocrático, pero igual se guiaba por él. Creía en la prisión, en el castigo justo…no en la pena de muerte.

Y, sin embargo, el saber lo que su padre había hecho le obnubilaba el sentido, le hacía pensar que tal vez existían los seres que sí merecían la pena capital. Se encerró en el altillo, con la espalda contra la pared y las rodillas abrazadas…escondió el rostro en el hueco conformado por sus brazos y allí dejó ir todas sus lágrimas.

Las de un padre asesino, una madre presa de su ingenuidad, una aya que le había ocultado la verdad y un amor falso, que aún latía en su corazón.

—Solo espero, Brunilda, que el tormento de estos corazones vivos te traiga la tan ansiada paz en el más allá. Porque alguien tiene que ganar esta contienda y la única inocente eras tú. —Y rompió a llorar convulsivamente.

En la sala las conversaciones habían finalizado. Serge sentía el eco de las palabras de Leah resonando en su pecho, era el resultado esperado, no obstante, le dolía como mil demonios. ¿Qué se podía decir?, no había espacio para perdones ni arrepentimientos. Era el ansiado fin y los Prometheus habían vencido. Viktor no recordaba a Brunilda ni sabía quién coños era Michael Wagner. Concluir que Serge Amberg estaba muerto y enterrado era una obviedad, que ese hombre ante él no era un aristócrata rural vienés saltaba ya a la vista.

Solo a modo de provocación, Schwarz dijo:

—Podrías haber sido un buen Prometheus…Wagner…—Saboreó su apellido—. Una pena que nuestros caminos no se hayan cruzado antes, cuando estabas ¿en dónde?, ¿las calles?, ¿un orfanato?, ¿dónde habitaba este potencial übermensch?

—¿Realmente crees que me puedes provocar? —Michael carcajeó. Marcus llevó una silla, ese gesto de consideración se elevaba como una gran burla, una prueba de superioridad.

—¿Qué esperas para matarme, para vengar a la tal Brunilda?

—¿Yo, matarte? No, mi querido amigo. Eso les corresponde a tus víctimas, a los demonios… yo soy un simple hacedor. Y eso es justamente lo que fabricaremos ahora, tus demonios.

Tobías y Franz lo obligaron a sentarse. No participaban en la charla, ninguno de los Prometheus quería extender la tortura, preferían la eficiencia. Pero se lo debían al doctor Amberg… había salvado a Alexa, les había quitado los condicionantes, los había ayudado en el último incendio.

Hasta ahí llegaba la deuda, si no se apresuraba, Tobías le cortaría la garganta al maldito. Marcus ya estaba al límite, le había bastado la mención de Leah de que el doctor era un asesino de niños para alterarlo. Era la razón principal de su psicosis, que hasta el día de hoy lo condicionaba. Alexa era la única en mantener la calma, porque los años junto a Serge la habían hecho conocedora de la historia de Brunilda, del pasado de Michael. En su mente solo resonaba una alerta: Leah.

Michael se había enamorado de Leah, cuando matase a Schwarz, también se clavaría un puñal. Ya lo decía el refrán: antes de embarcarte en un viaje de venganza, cava dos tumbas.

—¿Estás seguro de que funcionará, Amberg? —preguntó Cavendish desde la puerta—, porque prefiero pasar a la acción.

—Voto a favor —coincidió Tobías. Franz amartilló su arma.

—No, claro que no sé si funcionará. Es lo bello de la ciencia, ¿verdad, doctor Schwarz? Hay que experimentar muchas veces, en ocasiones sale mal y solo tenemos que descartar y empezar de nuevo.

—Vete a la mierda.

—Uno esperaría mejor ánimo en un momento especial como este. Al fin de cuentas, la muerte es el suceso más importante de la vida. ¡Disfrute, hombre!

—¡Mátame de una vez!

—¿Y perderme el experimento? Claro que no.

—¿De qué experimento hablas, Amberg?

—Wagner, mi apellido es Wagner. O eso decían en el orfanato…—Se encogió de hombros—. A diferencia de ti, no tengo una obsesión con mi estirpe y mi descendencia. Me encantaría preguntarte qué sentiste al engendrar una niña albina, pero no lo haré…¿sabes por qué?

—Porque te importa tres cojones —gruñó Schwarz.

—No, porque me importa demasiado, y en cuanto digas que fue tu primer caso fallido, te cortaré las pelotas y te las haré comer. Y eso…eso está fuera del plan.

—¿Y cuál es el plan?

—Estudiar por qué tus casos fallidos ven demonios. ¿Has escuchado hablar de los arquetipos?

—No me tomes de idiota —siseó Viktor—. ¡Claro que he escuchado de los arquetipos!

—Pues dígame, doctor, si usted no cree en Dios ni en el diablo…si Dios ha muerto y usted lo ha matado —citó a Nietzsche, el filósofo mal interpretado por el doctor—, ha robado el fuego del olimpo y creado sus superhombres…¿qué verá?

—¿Qué veré cuándo?

Michael cogió una petaca de su bolsillo. No tenía coñac, sino un preparado de hongos alucinógenos. Llevaba años probando sus efectos. Tobías le lanzó la cabeza al doctor hacia atrás y Franz le abrió la boca por la fuerza. Wagner vació el contenido, Schwarz intentó escupir, pero un golpe seco de Cooper en la garganta le hizo tragar y atragantarse a la vez.

—Perfecto. Ahora a esperar.

—¿Cuánto? —preguntó Alexa.

—No lo sé, ¿minutos, tal vez? Lo probé pocas veces, y la mayoría en mí. Lo único de lo que estoy seguro, es de que no será agradable.

Viktor empezó a marearse, sus pupilas se dilataron y sus pulsaciones se elevaron. Intentó batallar con las cuerdas, escapar antes de que el efecto se apoderara de su sistema nervioso.

Michael retrocedió, se posicionó en el rincón más oscuro de la sala. Su momento había terminado, era la hora de los Prometheus.

—Brunilda, este es mi obsequio para ti. Al fin eres vengada…

Viktor empezó a delirar. Los rostros de Tobías, Marcus, Franz y Alexa tomaron formas demoníacas. Con colmillos largos, cuernos… tal como decían los libros científicos. ¿Por qué un ateo veía demonios?, ¿qué eran los arquetipos?, ¿o acaso esas criaturas oscuras sí existían?

Esa tarde lo hacían. Él los había creado, el doctor Amberg los había despertado, y ahora el infierno llamaba a su puerta.

Gritó. Sin importar que su mente racional le dijera que aquello era falso, los alaridos salían sin control. Sus Prometheus eran al fin demonios reales. Cada golpe que le daban se sentía como el tridente de satanás. Michael había formulado aquel preparado para hacerle sentir lo que Brunilda experimentaba en sus delirios, las figuras atroces que veía y la hicieron lanzarse al Danubio.

De pronto, Viktor miró hacia la esquina, a ese punto oscuro en donde Michael estaba. Su grito le rompió las cuerdas vocales, de las sombras se extendían dos alas, pero no eran blancas como las que veía Brunilda cuando lo llamaba arcángel Michael, sino negras como las de un inmenso cuervo.

—Mátenlo ahora o tendrá un infarto y nos quitará la diversión —sentenció, sin pasión en la voz.

Alexa fue la única en no coger el puñal, había decidido no hacerlo, su venganza había sido superar el trauma. Les correspondía a los tres Prometheus, a esos que fueron sometidos hasta el final, el honor de reunir a Schwarz con el verdadero Creador.

Lo último que el doctor vio fue los tres rostros de sus creaciones, ya sin colmillos ni cuernos, y el terror fue mayor.

Un puñal en el pecho, otro en la garganta y el último en su oreja, atravesándole el cráneo.

Era el fin de un monstruo, pero no de su legado. Los horrores que había creado seguían habitando la tierra, solo que ahora eran libres, de ellos dependía el camino.

Capítulo 16



Cada vez que abría los ojos, cada vez que la fuerza vital de su cuerpo la obligaba a despertar, amanecía sintiéndose cautiva de un sueño sin fin. Como en un maldito sueño, su cuerpo se movía por un designio ajeno a su consciencia, sus pies eran arrastrados por una corriente invisible y sus manos, sin importar cuantas veces las restregara o limpiara, continuaban manchadas, temblando mas no dudando. La mantenía en pie la coraza de la obligación, de la culpa y los pecados ajenos.

—¿Piensas hacerles compañía a los muertos? —le increpó Adele ni bien Leah regresó a la casa. Al igual que los dos días anteriores se había marchado antes del alba luego de haber pasado la noche en vela. Pero ese no era el mayor de los problemas, que no comiera lo era. Apenas una infusión y algún bocadillo. En palabras de Leah, no tenía tiempo para más.

—Debería, pero no... No hay más lugar en la fosa común —exhaló y su cuerpo se tambaleó. Adele corrió a su lado y la sostuvo en brazos. La acompañó hasta una silla y la obligó a sentarse.

—¡Dios santo, Leah!, ¿hasta cuándo seguirás asumiendo una responsabilidad que no te pertenece?

—¡¿Crees que haberme mantenido en la ignorancia me quita peso en este asunto?! —Leah alzó la voz. El vínculo que las unió durante tantos años se había fragmentado, no hecho añicos, pero fragmentado al fin. Nada volvería a ser igual entre ellas, las grietas que quedaron no podrían ser rellenadas jamás.

—Sí, porque no eres una Schwarz, nunca lo fuiste ni lo serás... eras una Böhm, recuérdalo. —Lo dijo como si quitar un apellido fuese comparable a barrer con todos los genes compartidos con uno de sus progenitores.

—Te equivocas... —Volvió a exhalar, rio con sarcasmo. Al principio fue una risa leve, luego se convirtió en ruidosa carcajada—, la maldita sangre Schwarz corre por mis venas con más fuerza que nunca —Las carcajadas cambiaron de matiz, se transformaron en risas nerviosas, previas a una crisis. Estaba al límite de su cordura—, arde como nunca, me quema por dentro... como si el maldito infierno se estuviera gestando dentro mío. —Golpeó la mesa con las palmas abiertas, sus risas se detuvieron—. Si lo piensas, tiene lógica, al fin de cuentas, mi padre ha sido el creador de los infiernos personales de cientos y cientos de niños... mi padre fue y será sinónimo de destrucción. Ha destruido todo a su paso, incluso mi vida. ¿Sabes qué es lo peor? —Se valió de las palmas que quedaron apoyadas en la mesa para tomar envión e incorporarse, las piernas comenzaban a fallarle—, que me condenó a esta vida

desde mucho antes de nacer. Me pregunto por qué la naturaleza no hizo uso de su sabiduría... No tendría que haber nacido —susurró por lo bajo—, así hubiese librado a este pueblo del espectáculo de atrocidad y violencia que presenciaron.

—No digas tonterías y deja de cargar con todo como si fuese tu deber. —Hizo amague de sostenerla al verla levantarse, Leah rechazó su ayuda, apartó su mano con brusquedad—. ¡Eres el ángel de Milford Haven!

—Sí, lo soy... pero ahora me doy cuenta de que, posiblemente, no fue ni por amor al prójimo ni por altruismo, creo que siempre lo supe. —Se palmeó el pecho con brusquedad—. Aquí, siempre lo supe aquí… tarde o temprano tendría que limpiar la sangre y curar las heridas de las víctimas de mi padre. Tarde a temprano sería yo la encargada de enterrar a sus muertos. Así que sí, es mi maldito deber, Adele...

Veinticuatro muertos en total. Veinticinco si incluía a Viktor Schwarz. Muertos que nadie iría a reclamar, sin nombre siquiera. Pero muertos que merecían una sepultura. No hubo tiempo para mucho análisis y preparativos, de lo contrario, las calles del pueblo comenzarían a oler a putrefacción. El cementerio de Milford Haven era pequeño y contaba con muy poco personal a cargo, tuvo que colaborar con ellos para cavar la fosa. Única y profunda. Todos los cuerpos fueron arrojados a esta a la espera de que sus huesos descansaran y su carne fuese comida para los gusanos. Sus almas, bueno, estas debían seguir el camino de la luz por propia voluntad. Leah se preguntó si podrían ser capaces de hacerlo, eran almas que habían vivido demasiado tiempo en la oscuridad y, cuando eso sucede, te acostumbras y no quieres abandonarla.

—¿Y tu padre?, ¿qué has hecho con su cuerpo? —El doctor tenía una tumba asignada desde el día en que su esposa murió. Dos parcelas en el cementerio, una al lado de la otra. La madre de Leah había ocupado su lugar dos décadas atrás. El lugar a su lado estaba vacío y a la espera de su esposo. Así se estilaba en esos tiempos.

—¿Tú qué crees? —No había rastro de misericordia en sus ojos.

—No, no... ¿dime que no lo has hecho? —La decisión tomada podría ser un arrepentimiento a futuro. Uno que dolería.

—No merece un lugar al lado de mi madre. Nunca lo mereció —sentenció. Lo había arrojado a la fosa común, les haría compañía a todos sus muertos. Se marchó a su habitación, su cuerpo necesitaba descansar, deseaba dormir.

Dormir y no volver a despertar.

***

La señora Tames la mantenía al tanto de todos los movimientos del doctor Wagner. Había abandonado el pueblo junto a esa demoníaca legión de hombres que llevaron a cabo la sanguinaria masacre dos días atrás. Al día siguiente, regresó solo para volver a marcharse en cuestión de horas. Lo hizo sin ningún tipo de adiós, algo que le hizo presuponer a la mujer que su partida no era definitiva. Estuvo en lo cierto...

Ha regresado... Y creo que ahora sí se marchará para no volver. Le escribió en una nota que el pequeño Jacob se encargó de entregar a la brevedad. La destinataria: Adele.

—No lo creía tan cobarde —Adele se presentó en la habitación de Michael sin previo aviso. La señora Tames le había permitido el acceso a la planta alta. Lo encontró acomodando una pequeña maleta.

—Me tiene sin cuidado lo que usted crea, me parece que eso ha quedado establecido semanas

atrás —dijo apretando el cerrojo de la maleta.

—Como sea, ha lanzado la dinamita y ahora huye ¡Es un maldito cobarde!

—No, se equivoca —Giró sobre sí, hasta ese momento le había otorgado la visión de su espalda—, he lanzado la dinamita y me he quedado a ver el alcance de su destrucción.

—Pero no ha recogido los escombros, eso se lo ha dejado a ella... y, por lo visto —Miró la maleta que reposaba sobre la cama—, continuará haciéndolo. Felicitaciones, se ha consagrado como vencedor, sin dudas, es peor... mil veces peor que el doctor Schwarz. Por lo menos él tuvo la gentileza de mantener su infierno lejos de su hija. Usted… —Se acercó a Serge, escupió el piso al lado de sus botas—, usted ha traído el infierno a la puerta de su casa y no le tuvo misericordia alguna... la vio arder y no la rescató de las llamas.

—Su error, Adele, es creer que yo puedo rescatarla de las llamas. —De ser así, él entregaría su vida a cambio. Ardería por Leah, se consumiría hasta hacerse cenizas. Pero era en vano. Solo nosotros tenemos el poder de salvarnos, si es que estamos dispuestos a hacerlo. En medio de la más profunda oscuridad, la única luz posible se encuentra en nuestro interior. Nadie más puede encenderla—, ella debe salir de su infierno... —Sí, él la arrastró al borde del pozo profundo de su alma, pero fue Leah la que eligió lanzarse a él, y solo ella podría salir de este.

—No utilices tu charlatanería barata para librarte de tus pecados, desgraciado. No te atrevas a marcharte sin antes recibir tu maldita sepultura... ¿Por qué eso harás?, te irás dejándola atrás, ¿no?

—El mundo que yo habito no tiene un lugar para ella... —La resignación le retorcía las tripas. Ni muriendo y volviendo a nacer existiría un lugar para Leah a su lado. Si existía la posibilidad de redención en otras vidas, él tendría que vivir un millar para equilibrar la balanza. Pensar de nuevo en un posible futuro, uno que tuviera un atisbo de felicidad, uno en donde la vida lo invitara a una existencia en paz, era absurdo e imposible. Él tenía su infierno y no pensaba salir... era su expiación. Su propia condena. Michael era su juez y verdugo. No se arrepentía de haberla engañado, no, pues en su engaño halló el último fragmento de raíz sana en su alma que pudo volver a amar. El problema era que ese amor estaba contaminado por su pasado, cuando amamos con el corazón hecho pedazos solemos hacer más daño que bien. No quería dañarla más. Todavía había posibilidad de salvación en Leah.

—¿Y el lugar que ella te dio en el suyo?, ¿qué harás con eso? ¿Piensas habitarlo como un maldito fantasma?

—No, pienso dejarlo libre. Quién sabe, quizás el día de mañana, alguien más pueda ocuparlo. —Sintió una puñalada en el pecho. Un golpe en el estómago. Se quedó sin aire, sin latidos, desangrándose por dentro. Muerto en vida, así continuaría su existencia. El precio justo que pagar por preferir la venganza antes que una nueva oportunidad.

***

Su corazón reconocía su cercanía. Latía ansioso, quizás temeroso, no podía descifrarlo. Palpitaba movido por los recuerdos que, tras ese encuentro, morirían en el olvido. Lo supo en cuánto lo vio, sería la despedida.

No deseaba que su adiós y su perfume quedaran impresos en las paredes de su casa. El invisible rastro de su presencia haría que fuese una tortura aún mayor vivir bajo ese techo. Lo recibió en el porche de entrada.

—Adele me ha dicho que no estás comiendo bien. —No se atrevía a mirarla, hacerlo era doloroso porque haría que su recuerdo se hiciera perenne. Tendría que olvidar todo de ella, el timbre

de su voz, la danza de sus blancos cabellos cuando la brisa los agitaba, la blancura de su piel que, por momentos, lo encandilaba como la luz del sol, y por momentos, resplandecía como la luz de la luna iluminando su oscuridad. Debía olvidar sus labios, el anhelo parpadeante en sus ojos... Tenía que olvidar lo que le hacía sentir cuando estaba junto a ella—. Los dos sabemos que no es una decisión inteligente. —Con mirarla de soslayo le bastó para comprobar su notoria delgadez. Si la miraba a los ojos, algo que no sucedería, de seguro vería dos grandes aureolas oscuras en torno a ellos. No comía, casi no dormía.

—Como si se tratara de una decisión —carcajeó sin ganas. Sacudió la cabeza, necesitaba espabilarse, la habían despertado de su primer descanso en días. Una vez que había podido conciliar el sueño, Adele la despertó con la noticia de que Wagner había regresado al pueblo y que la visitaría—. Mira, Michael, ¿o debería llamarte...? —Intentó hacer memoria pese a la neblina mental que tenía—, ¿Serge, verdad? Así fue como te llamaron...

—No, mi nombre es Michael, contigo siempre fui Michael. —Tal vez Leah no interpretaría la verdad más importante oculta en esas palabras. Con ella había vuelto a ser quién realmente era. Y por eso la amaba aún más. Sin siquiera pretenderlo, sin esforzarse, siendo ella misma, lo regresó a la vida.

—Michael, Serge, da lo mismo... —Exhaló con resignación. Se cogió de la baranda de madera de la escalera de ingreso. Requería de ese sostén—, que no pruebe bocado nada tiene que ver con una elección personal, solo es un acto de supervivencia, cuando has arrastrado más de dos docenas de cuerpos en estado de descomposición, pierdes un poco el apetito.

—No debiste hacer eso, Leah. —Dio un paso hacia ella, joder, quería darle cobijo entre sus brazos, darle calor para que sus mejillas recuperaran el color. Se detuvo antes de dar el segundo paso.

—¿Acaso me diste otra alternativa? —Alzó la voz, volteó su rostro a él—. ¡Te recuerdo que no, ni tú ni ese ejército de demonios lo hizo! —Con cada palabra dicha, su voz se elevaba más y más—. ¡Vinieron, hicieron un reguero de sangre, asesinaron a mi padre en mi maldita sala y se marcharon! Hicieron todo eso, pero se llevaron solo a sus muertos... —Se aferró a la baranda con tanta fuerza que la madera crujió entre sus manos—. Dime, en este pueblo olvidado hasta por Dios, ¿quién más que yo iba recoger los demás?

—Tú, y nadie más que tú... —Esas palabras abandonaron la boca de Michael con un agobio tal que hasta él se sintió más débil. Leah Böhm, el jodido ángel de Milford Haven. Ella era la única mediadora entre la salud y la enfermedad. Entre la vida y la muerte.

—Ni bien llegaste a este pueblo tu presencia se me hizo incómoda, pesada... quizás porque dentro de mí creía que podías quitarme mi lugar... ¡Y era mío, me lo había ganado! Con el paso de los días, lo incómodo se transformó en confortable, y lo pesado, en ligero. Sentirme acompañada fue maravilloso; pese a estar rodeada de gente, siempre me sentí sola, pero contigo... contigo experimenté por primera vez lo que significaba estar acompañada. Y contigo también —rio para no llorar. Tenía días aguantando las lágrimas, no las liberaría justo delante de él—, experimenté la peor de las soledades, porque cuando más te necesité a mi lado, simplemente desapareciste. —Apretó los labios, cerró los ojos, luchó con la inminente crisis que la desbordaría. Le faltaba el aire, respiró profundo—. Perdón, déjame corregirme... asesinaste a mi padre y desapareciste. —Al demonio todo, estalló. La baranda de madera ya no le servía, la furia debía de ser liberada de la manera correcta. Lo empujó—. ¡Por lo menos hubieses tenido la decencia de ayudarme a cargar su maldito cadáver! —Volvió a empujarlo.

—Golpéame, golpéame hasta que ya no puedas más Leah, me lo merezco... —Y ella se detuvo.

—Tienes razón, por eso mismo no voy a darte el gusto, aunque tenga deseos de abofetearte hasta dejarte inconsciente y lo merezcas, no voy a darte esa sensación de resarcimiento.

—Bien, porque no es lo que busco. Desde que puse un pie en este pueblo sabía muy bien a lo que había venido y que tú saldrías herida...

—Podrías haberme herido de otra manera, ¿no? Digo, en vez de atravesarme el jodido corazón, podrías haberme perforado el estómago.

—Intenté causarte el menor daño, sé que no lo crees... como tampoco me creerás si te digo que en ese fútil intento terminé dañando a la única y pequeña parte viva en mí, una que ni siquiera sabía que tenía. Una que tú resucitaste.

—¡Oh, vaya, qué galardón, doctor Wagner! Se lo agradezco, no lo quiero. Tampoco quiero esto. —Se quitó la alianza que él había colocado a modo simbólico en su dedo y se la entregó. Esperó que él la recogiera y que, por un instante, la mirara al rostro. Que sus ojos tuvieran el valor de enfrentar los suyos. Cuando Michael aceptó la alianza, Leah pudo ver que él no llevaba puesta la suya —. Pusiste mucho esmero, demasiado... —Finalmente, el encuentro de miradas fue inevitable. ¿De quién demonios eran esos ojos que veía?, ¿en dónde estaba ese brillo tan frío como el Ártico que le supo helar la piel?, ¿por qué parecían opacos?, ¿por qué traslucían una contagiosa sensación de tristeza?—. Si me hubieras dicho la verdad… —El dolor impreso en los ojos de Michael abrió la compuerta que mantenía el suyo bajo control. No pudo más, la primera lágrima brotó de su ojo—, si me hubieras contado sobre todas esas atrocidades cometidas por mi padre… —A la primera lágrima le siguió otra, y luego otra—, si me hubieras pedido ayuda, yo... —Exhaló con congoja, se limpió el rostro con la manga de su vestido—, yo te hubiese ayudado.

—Lo sé... pero lo supe demasiado tarde. Cambiar de estrategia se convirtió en algo imposible; convencerte de que a la muerte de Viktor le precediera la tortura, aún más. Tú no eres así. Eres mejor que eso. —Hizo un intento de hurgar en su chaqueta para darle su pañuelo. Se detuvo, de seguro se lo lanzaría al rostro.

—Tu estrategia fue hacer que me enamorara de ti, ¿verdad? —Él asintió. Leah resopló con fastidio. Sorbió sus mocos antes de que estos comenzaran a caer—. Supongo que me conquistaste demasiado rápido, en tu lugar hubiese hecho lo mismo, ¿quién cambiaría de estrategia cuando tu presa es fácil de enamorar? —se burló de sí misma, un perfecto desconocido llegó a su vida y, con un mínimo vestigio de contención y afecto, la hizo caer rendida a sus pies.

—Cambiar de estrategia se convirtió en algo imposible, no por ti, sino por mí. Te quería a mi lado. —Guardó la alianza en el bolsillo de su chaqueta, la atesoraría, al fin de cuentas la había elegido para ella, para ambos. Estuvieron cerca. Si le hubieran dado a elegir, hubiese postergado todo por unos días a su lado, fingiendo una vida que jamás tendría, pero que deseaba. Con ella—. Lo siento, me dejé engañar... eclipsar por este pueblo y por ti, por un breve momento hasta yo creí que nuestra historia era real. Pero no, mi realidad es muy cruel y no hay lugar para ti en ella. —Hurgó dentro del bolsillo de su pantalón, extrajo un pequeño frasco color ámbar. Se lo entregó—. Ni para ti ni para nadie más...

—¿Qué es esto? —La estupefacción tensó cada uno de sus músculos faciales.

—Quizás es muy pronto para saberlo, pero la posibilidad existe... —Con un movimiento de cabeza señaló su vientre. Podía estar embarazada—. Estaríamos unidos de por vida. Lo que es peor, traerías a este mundo a un alma a la que le arruinaría su existencia por el simple hecho de ser su padre.

—¡¿Y qué hay de mí?! —exclamó furiosa. Una vez más, los hombres de su vida decidían por ella. Le quitaban el control, recalculaban su ruta hacia el lugar que ellos querían. ¡A la mierda con ellos! Prefería navegar a la deriva.

—A ti... a ti ya te la he arruinado —reconoció con desgano.

—¡No!, ¿qué hay de mí... de lo que yo quiero, de mi decisión? —Se golpeó el pecho con

clamor. Incluso, acarició su vientre. Michael se irritó, se restregó el cabello para descargar la tensión.

—¡Maldición, Leah, no estás en condiciones de tomar esa decisión! La decisión que crees correcta es la incorrecta, créeme, te pesará... —Estaba enfurecido, quería ser dolorosamente tajante con ella, provocarle un último dolor, solo uno más, para luego dejarla libre—, de aquí a un futuro te pesará, porque no solo cargarás en tus brazos a una vida nueva y una nueva responsabilidad, sino que cargarás también con el peso de este jodido pasado.

—Yo decido qué peso cargar, no te preocupes.

—No lo entiendes, ¿verdad? No entiendes que te estoy dando aquello que nunca tuviste, una verdadera libertad. Puedes comenzar una nueva vida, Leah... siendo Leah o siendo quién tú quieras ser.

—No todos tenemos tu capacidad, Serge... Oh, no perdón, Michael. A algunos no nos queda más alternativa que ser quienes somos. —Cogió el frasco, iba a lanzarlo contra el suelo para hacerlo añicos. Contrario a eso, lo apretó en su mano—. Lo absurdo aquí es que tú, justo tú, me hables de libertad como si supieras lo que eso significa, como si supieras lo que se siente... —Se acercó a su oído y le susurró—, tu jaula es peor que la mía. —Por último, a modo de despedida, le acarició el rostro y lo besó en los labios.

Con ese beso le robó todas las palabras. No había nada más que decir. Ella regresó a la casa y él se marchó incapaz de decir adiós.

Capítulo 17



—¿Qué demonios es esto? —Los pies de Leah tocaron la gravilla de una casa en las afueras de Londres. El viaje la había dejado agotada, últimamente ese parecía ser su estado. Lo sucedido le absorbió las energías y solo le quedaban las justas y necesarias para levantarse cada día y hacer lo mínimo. Bajo sus ojos celestes de rebordes rojizos se dibujaban dos aureolas violáceas. ¡Hasta había perdido color en la piel!, ella que no tenía color alguno. Su blancura empezaba a tomar un color grisáceo poco sano. Ni siquiera tenía ánimos de diagnosticarse.

Elevó la vista a la casa de tres plantas, de piedra gris estilo Tudor y rejas negras en punta. Adele la acompañaba, aunque estaba enfadada con ella por las mentiras, por haberle ocultado el pasado, le quedaban tan pocas personas que guardar rencor era una estupidez.

Excepto a Michael, a él le guardaba todo el rencor que era capaz de almacenar. Soñaba con sus ojos de hielo, su cabeza la atosigaba recordándole las conversaciones y los momentos vividos… Su inconsciente —sí, había cogido los libros de psicología— la torturaba al recordarle que eso que odiaba ahora era lo que la había hecho amarlo en primer lugar.

No te enamoraste de sus mentiras, te enamoraste de sus verdades. Eso era un hecho, cuando Michael se presentó como un simple médico rural ella lo detestó, cuando él confesó que había amado y aún le dolía, ella le abrió las puertas de su corazón. Si fingía protocolo, le daba risa, cuando era honesto con su tormentosa pasión, ella caía rendida.

Se había enamorado de sus obsesiones, de sus fantasmas, de su oscuridad… Y ahora lo detestaba por ello. ¿O no?, ¿si no era desprecio, qué era esa opresión en su pecho?

—Una úlcera —dijo, y se rio de sí misma. Como la señora Cameron, estaba confundiendo una úlcera con pesar. Bien, desangrarse literalmente por dentro era mejor que hacerlo de manera figurada.

—Leah, por favor, deja de hablar sola y de mirar enajenada a la nada o empezaré a asustarme.

—Nadie se sorprenderá si la hija de un desquiciado termina desquiciada. —Se encogió de hombros y avanzó por la gravilla. Un hombre le gritó desesperado y se detuvo antes de tocar la reja.

—¡Cuidado!

—¿Qué? —Dejó la mano a mitad de camino. El hombre en cuestión era un guardia, su expresión severa infundía miedo. Ahora trabajaba para los antiguos Prometheus, esos hombres no entendían de rencor, su idioma era la practicidad. Y si el guardia era bueno en su tarea, pues ahí se

quedaba. Huelga decir que les debía lealtad, de lo contrario…

Leah se estremeció al recordar la masacre en su jardín.

—La reja está conectada a un generador de energía eléctrica, si la toca, se quedará calcinada.

—¿Y eso por qué?

—Porque así lo ordenó su padre, señorita.

—Mi padre está muerto y esto… —Señaló la reja, dio un paso atrás—, ¡esto es una locura! Pueden morir inocentes…

La expresión del guardia le dijo que eso le importaba un pimiento al doctor Schwarz. Leah cerró los ojos, resignada.

—¿Cómo se llama, señor?

—Danilo Puhg.

—Señor Puhg, según este horrible papel que no he firmado aún, esta casa me pertenece… —Junto a otras dieciséis, joder—, así que le ordeno que desconecte la reja de esa cosa del demonio y no vuelva a…lo que sea que se haga con la electricidad.

Empezaba a extrañar su pueblo de Gales. ¿Electricidad?, ¿de verdad tanto despilfarro? Un generador eléctrico consumía muchísimo combustible y ¿todo para qué? Para calcinar gatitos que pudieran tocar un pedazo de metal sin querer.

—Bien, asesino de animales también. Esto no deja de mejorar minuto a minuto, Adele.

—Venga, mi niña, usted puede.

Danilo le abrió la puerta y Leah avanzó hasta dar con…

—¡Una puerta de acero! ¿Cómo demonios se abre esto?

—Con una combinación, señorita. Y con dos llaves, una del doctor y otra que llevo yo. Las dos a la vez. Y con…

—¡Suficiente! ¿Hay otra puerta?

—Sí, pero tiene otro tipo de cerradura y…

—Pero ¿a qué diantres le temía mi…? Oh… ya… —soltó al recordar a los tres demonios—. Ayúdeme a abrirla —pidió. El guardia tenía las dos llaves, habían recuperado la otra de las pertenencias del difunto. El ruido que hizo al abrirse se asemejó a la caja de seguridad de un banco. Cuando entró al hall, halló otra reja, como las de prisiones. Y compartimientos secretos, y salidas alternativas, y trampas en las puertas…

Se sentó en la escalera central, con una segunda puerta de seguridad a sus espaldas y el juego de candados a sus pies.

—¿Leah?

—Recibiremos al abogado aquí, luego… Luego creo que intentaré contactar a ese tal Tobías Krage, ¿no es él quien vuela cosas por los aires? —Se abrazó las piernas enfundadas en su mejor vestido de tarde color lila y sintió que los párpados se le cerraban por el agotamiento.

No era un abogado, era un batallón de ellos. Cinco hombres de diferentes edades la rodearon. Al parecer, el doctor Schwarz era dueño de una fortuna sin igual, porque esos letrados no le dispensaron ni una mirada de extrañeza por su aspecto ni por lo *exótico* del lugar de reunión. Adele la dejó con ellos y fue a explorar el lugar, buscando cómo abrir el resto de las puertas y sortear las trampas.

—Tiene un total de diecisiete propiedades, señorita Schwarz…

—Böhm —corrigió con hastío.

—En términos legales, es usted Schwarz…

Y en genéticos también. Volvió a pensar en Michael y gruñó, lo maldijo por haberla usado y lo

maldijo dos veces por haberse enamorado de ella. ¿Cómo se hubiera sentido ella si su corazón se ablandaba por el hijo de su enemigo?, ¿por el asesino de su antiguo amor?

Pero joder, Michael, ¿tenías que hacer todo tan doloroso? La respuesta era sí, la venganza de Wagner se centraba en provocar el dolor que había padecido. En Schwarz, en su prole, en cada uno de los responsables. Los ojos se le cristalizaron.

—Firmaré con el apellido Schwarz, pero por favor, trátenme como Böhm.

Los abogados la desoyeron, podía ser la heredera más rica de Europa, pero seguía siendo una mujer.

—Tiene propiedades en Viena, en Dresde, Alemania, en Escocia, Gales, Irlanda, Londres… Posee unas ruinas en Manchester, que han perecido en un incendio, y su padre adquirió dos propiedades más en Estados Unidos. Una en el estado de Maine y otra en un lugar llamado… Arizona —moduló despacio, porque el nombre le era ajeno.

Otro de los hombres ascendió un escalón, como si aquello fuera un atril, y tomó la palabra.

—Sin embargo, nos corresponde preguntarle qué piensa hacer con el proyecto…

—¿El proyecto…? —El pecho se le hundió por el espanto. ¿Acaso seguía de pie?, ¿acaso…?

—Prometheus, claro. Algunas de estas propiedades están sujetas a inversiones privadas y…

Dio un paso al frente, el hombre retrocedió y casi cae por los escalones. Le arrebató los papeles de las manos, leyó las disposiciones ahí escritas. Su cabeza parecía incapaz de procesar las letras impresas.

Médicos, enfermeras, hospicios… ¡Hasta presupuesto para corrupción tenía asignado ese maldito proyecto! El dinero que podían emplear en comprar niños o la discreción de policías y…

—¡Lo haré volar todo por los aires! —gritó, los hombres empezaron a alejarse de ella. No estaba segura de cómo se veía, blanca como la luna, fuera de sí, con los pelos en punta y los ojos inyectados en sangre—. Haré explotar todo, me gastaré la herencia en dinamita. ¡Eso haré! Y si se mantienen un segundo más bajo este techo, ¡lo haré con ustedes dentro! ¡Cómplices! —les espetó, con el dedo en alto, mientras los empujaba hacia la puerta—. ¡Malditos corruptos! Aceptando el dinero de un asesino. Y vienen aquí, con estos papeles, a quedarse con una última comisión de los crímenes. ¡¿Qué los diferencia de los ladrones comunes, de los asesinos crueles?! Pues yo sí sé qué los diferencia, ¡son peores! Se mantienen con las manos limpias de sangre, pero la conciencia inundada. ¡Fueraaaaaa!

Cada exclamación iba acompañada de un objeto volador. Un jarrón, un candelabro, las jodidas llaves de hierro de las puertas de seguridad. Lo último que halló para lanzar fue una cajita musical, la arrojó con todas sus fuerzas. Los hombres se agacharon y el objeto contundente surcó el aire hasta ser atrapado por una ágil mano femenina.

—Caballeros, ya han oído a la heredera. Se pueden ir al infierno, por favor, avisen si no llegan, que les envío las indicaciones. —Danilo se sumó para arrastrar a los abogados fuera de allí.

—¿Está segura de que no quiere volver a encender la reja?

—Señor Puhg, hoy ni para bromas —fue su respuesta, se volvió hacia la casa, pero fue incapaz de entrar. Giró sobre sus talones y quedó frente a frente a Alexa Milbank. Ella le devolvió la cajita musical—. No lo tome a mal, pero no estoy en condiciones de recibir visitas. Creo que, para preparar un té, tendré que descifrar los secretos de la alquimia. —Miró los candados que aseguraban las ventanas de la segunda planta.

—No se preocupe, no soy una dama formal. Podemos sentarnos aquí, en el ingreso, y disfrutar del paisaje —propuso sin rodeos.

—¿Del paisaje de las rejas electrificadas?, ¿de la ausencia de árboles porque pueden ser usados para entrar en la casa?, oh… ya sé, del clima londinense, tan famoso por su colorido —ironizó,

pero dejó caer su trasero en la escalinata de ingreso. Alexa se sentó a su lado. Cualquiera que las viera desde lejos, pensaría que eran dos viejas amigas. Las unía la tragedia provocada por el mismo hombre.

Leah pensó que era extraño sentirse cómoda en su presencia, al fin de cuentas, la última vez que la vio fue en la sala de su casa, la tarde que mataron a su padre. Pero en esas semanas de trámites y arreglos, la señorita Böhm había perdido cualquier rasgo de inocencia y también la capacidad de juzgar. Si lo analizaba en detalle, era más extraño que Alexa la tratara con cortesía, siendo ella hija de quien era.

Las normas, el sentido común, todo se había roto la tarde que descubrió el secreto detrás del obrar de Michael Wagner.

—Me alegra saber que pretende volar todo por los aires, justo por eso estoy aquí —dijo Alexa, como si hablara del clima.

—¿Ah, sí?

—Sí, mi Xiao… —Leah la miró sin entender—. Tobías, su nombre real es Xiao… —explicó—. Bueno, él quería hacer volar todo sin consultar y yo le he convencido de que consultar era mejor. Seguro podían ponerse de acuerdo en cómo llevar a cabo las demoliciones y si deseaba conservar algo… —Se reservó agregar que era una consideración de Serge, era evidente que Leah aún tenía que procesar algunas cosas. El doctor Amberg fue claro: la próxima vez, nosotros recogemos nuestros desastres. Faltaba ver cuándo vendría él a recoger los fragmentos de corazón roto que había dejado en el pecho de la señorita Böhm.

—No deseo conservar nada. Nada de nada —declaró con énfasis—. Ni un solo recuerdo de que mi padre era un asesino ni que él… que Michael… Joder… —Se le cortó la voz por el llanto—. Eso, cada pieza de Prometheus me lleva a entender a Michael y ¿sabe qué, señorita Milbank?

—Señora Krage o… tal solo Alexa, puedes llamarme Alexa…

—¿Sabes qué, Alexa? ¡Quiero estar enfadada con Michael! —soltó apresuradamente, con las emociones erupcionando desde su pecho—. Quiero que se me sigan retorciendo las tripas por la ira, levantarme cada mañana maldiciéndolo y repitiéndome lo tonta que fui al creerle. Recordarme cada maldita mañana que viví una mentira, que Adele me ocultó información que podría haber salvado mi corazón, pero, sobre todo, recordarme que a él no le importó usarme… Sí, señor… Eso hasta el fin de mis días.

Alexa le palmeó la mano con cariño. ¿Qué más podía hacer? Comprendía a ambos; Leah fue una víctima inocente, pero a veces no podía evitar preguntarse por el tormento de Serge al saberse enamorado de la hija de Viktor.

—Te entiendo, yo lo aprecio como a un hermano y me siento igual. Si no quieres ahorcar a Serge al menos tres veces al día, ¿lo quieres en realidad? —bromeó.

—Serge… —repitió Leah con un suspiro—. ¿Cuál es su verdadero nombre? Ya no sé qué creer.

Él le había dicho que Michael, pero ella ansiaba encontrar en cada retazo de historia una razón más para odiarlo. De momento, fallaba rotundamente. Solo encontraba razones para entenderlo. Sí, era cierto, la había usado en su venganza, le había roto el corazón y, encima, la dejaba a su suerte. ¿Libertad? Sí, cómo no… imposible, estaba atada a su pasado, a su sangre. Ojalá no fuera así, sin embargo, Leah era consciente de que eso era lo que veía Michael cada vez que contemplaba su rostro: la herencia de su padre, la descendencia del monstruo. Cuando ponía en la balanza las dos historias, sabía que ella era la más afortunada. Si así podía llamarse a vivir en un engaño. Al menos había sido un engaño con techo, comida y sin víctimas fatales en su entorno. Los Prometheus no podían decir lo mismo. Michael no había tenido esa suerte. Juzgar su odio era una mezquindad de su parte, de momento, una mezquindad justificada. Pero hasta el más hondo de los rencores tiene fecha de

caducidad.

—Michael… Michael Wagner es su verdadero nombre. Yo lo conocí como Serge, por eso no me acostumbro a llamarlo de otro modo.

—Es un maldito —gruñó Leah—. No me mintió, salvo al inicio. Sin embargo, cuando él me mentía yo estaba a salvo. No sé si me olía el engaño o si soy inmune a los hombres anodinos, pero mientras él fingía ser un simple médico rural… Era solo una molestia en la paz del pueblo. ¡No podía durar! No, no… —repitió, era incapaz de dejar de hablar, de expulsar las emociones enredadas que la agobiaban—. ¡Se dio cuenta! Maldito psicólogo del demonio, por eso los odio…

—Te llevarías bien con Xiao —dijo Alexa, conteniendo la risa. Tobías era quien más despreciaba el psicoanálisis.

—Sí, le diré que me enseñe a poner la dinamita y yo misma haré volar todo por los aires. Y luego… Luego iremos a la caza de alienistas. Sí, señor.

Alexa rio a carcajadas. Si conseguía que Tobías dejara de ver a Leah solo como la hija de su enemigo, de su torturador, harían buenas migas.

—Como fuera, se dio cuenta de que tenía que ser más honesto —Suspiró—, y me abrió su corazón. ¿Y qué había dentro?

—No quiero ni conjeturar —murmuró Alexa.

—Oscuridad. Una legión de fantasmas, una colección de cicatrices… ¿Y qué hago yo? ¡Convertirme en una heroína gótica de manual! Oh… oh… —se mofó de sí misma—, este hombre herido, seguro puedo ayudarlo… con amor va a ver la luz… Ja-Ja. La física se equivoca, la oscuridad se come a la luz. Grrr —Se cubrió el rostro por la frustración. Alexa le pasó la mano por los hombros y la acercó a ella.

—Si te sirve de consuelo, Serge es un puñetero buen psicólogo. No fuiste tonta, él es astuto para el daño. Mira… —Se bajó una lujosa gargantilla de diamantes—, esto me lo hizo a mí.

—¿Cómo?

—Para despertar a Xiao de su condicionante, me cortó el cuello.

—¿Y aún lo aprecias?

—Ya sabes… —Hizo una balanza con sus manos como platillos—. Lo aprecias, ansías matarlo, lo aprecias…

Sí, lo sabía, porque ella había pasado en un instante del deseo de apuñalarlo a…justificarlo.

—¿Es verdad que mi padre mató a Brunilda?

—¿Te refieres a si cogió un puñal y le atravesó el pecho? —preguntó Alexa.

Leah se volvió a cubrir el rostro, murmuró contra sus manos: —Eso me pasa por preguntar.

Cada detalle que descubría volvía la historia de su padre más y más macabra.

—No, en esa ocasión no.

—¿En otras sí lo hacía? —indagó.

—Prefería los incendios, los derrumbes y los hundimientos… Pero, sí, en ocasiones lo hacía. —El silencio se volvió pesado—. No fue el caso de Brunilda.

—¿C-cómo fue?

—Le dejó una nota a Serg… Michael, diciéndole que el amor no bastaba para curarla, le deseaba que fuera feliz y… —Los ojos de Leah se fijaron en los de Alexa, casi compartían tono, los de Milbank eran celestes grisáceos por rareza, los de ella se veían en ocasiones así por su condición de albina—, y se lanzó al Danubio. —Rompió el contacto visual, necesitó esconder el impacto. Sí, su padre había matado a Brunilda—. Ella le confesó que lo amaba más que a sí misma; Michael nunca pudo superarlo. Para él, que nunca había sido amado…

Leah cogió su falda entre los dedos, hasta poner los nudillos en blanco. Él le había probado ese nivel de renuncia al irse; con el brebaje abortivo, con su ausencia, le había obsequiado la libertad… la posibilidad de ser feliz que Brunilda le había entregado a él.

Te amo más que a mí mismo. Eso era lo que proclamaba ese acto, ese último adiós.

Las lágrimas brotaron sin control.

—¿Cómo puede ser tan necio? —preguntó retóricamente, con la voz nasal por el llanto—. Si a él le dieran a elegir entre Brunilda y su *libertad* o su posible felicidad, ¿no se hubiera aferrado a ella?, ¿cómo puede creer que yo…?

—¿Que tú lo amas menos? —completó Alexa. No se le daba bien consolar, buscó en sus bolsillos hasta dar con un pañuelo. Para eso debió sortear cuchillos, armas de fuego, ganzúas…Al fin le tendió el paño de algodón—. Mira, yo aprendí hace mucho a no juzgar. Soy toda oídos. Pero… ¿Acaso tú no caíste rendida a él porque ama obsesivamente?

—Tú también lees esos libros. —Puso los ojos en blanco, ella prefería mil veces el cuerpo humano que la mente.

—Me crie con Serge. Ya —alzó las manos—, con Michael. Me la pasaba entre esos libros. Ve haciéndote la idea, porque puede ser que haya empleado esa ciencia en su venganza, pero al desgraciado retorcido le encanta la psicología… —Sonrió—. Como sea, tu padre te abandona, aunque nunca lo haya dicho explícitamente te considera su *primer caso fallido*. Mujer y albina. Te deja en un pueblo de Gales, hasta que pueda crear un espécimen de superhombre con el que cruzarte como a una yegua de cría y, mientras tanto, se olvida de ti.

—Oh, vaya. Tú sí que sabes de halagos. ¿Qué piensas de mi vestido? ¿Me sienta el color? —soltó con sarcasmo. Sin embargo, Alexa tenía razón y ella ya había llegado a la misma conclusión.

—Un morado más vivo te sentaría mejor, eres muy blanca.

—Gracias —masculló Leah.

—Como sea. Tu padre te ve como un error y pasa de ti. Entonces llega un hombre ¿apuesto? —Alexa sonó dudosa.

—Es apuesto.

Para ella lo era, no podía quitarse su imagen de la cabeza, comparaba cada caballero que veía con Michael…la había arruinado para cualquier otro hombre.

Suspiró.

—Si tú lo dices. Yo lo tengo en gran estima, pero a veces…—Se estremeció—. Tan frío, con esa sonrisa que te invita a darle una bofetada…Le quita lo bello.

—O se lo resalta…—volvió a suspirar Leah, resignada. Evidentemente el amor la cegaba a los más que evidentes defectos de Michael. Era apuesto si se analizaban sus rasgos con objetividad, el problema era que llevaba su oscuridad como un velo sobre el rostro.

—En definitiva, llega este hombre y se obsesiona contigo. No solo te quiere, que ya eso sería alimento para tu alma dañada. No… —resaltó Alexa—. ¡No puede evitar quererte! Lucha contra la emoción, ¡batalla!, y… pierde —expuso con la voz en alza, como si relatara una carrera de caballos—. Leah Böhm vence, Leah ya no es invisible, es el centro mismo del corazón de ese hombre…

—Ya…—soltó con fastidio.

—Eso es más adictivo que el opio, Leah.

—Y él lo usó a su favor.

—¿Eso hizo? Lo usó en contra de tu padre, sin dudas… pero… ¿a su favor? —chasqueó la lengua con desprecio, había querido advertirle a su mentor que hacia allí lo llevaba la venganza—. Yo no estaría viendo qué cojones ganó. Perdió por segunda vez a una mujer que amaba, se quedó sin

objetivo en la vida, porque su único fin era la destrucción de Schwarz…¡Vaya!, si eso es ganar, prefiero ser una perdedora. —Cogió aire antes de seguir—. Tú tienes tus motivos soterrados para haber caído rendida a sus pies, para haberte enamorado. Él tiene los suyos para alejarse, es su forma de decir te quiero. —Negó con la cabeza—. Son preferibles las joyas, ¿verdad?

—Sin dudas. Y los ramos de rosas y esas cosas normalitas. ¡Adoro las cosas normalitas! Estoy cansada de lo excepcional, bastante tengo con mi condición —se lamentó. Todo en su vida era fuera de lo ordinario y estaba harta.

—¿Has visto? A veces los libros de Serge sirven —soltó Alexa, satisfecha con su intervención. Dudaba que eso encaminara a Leah junto a su antiguo mentor, pero entender siempre ayudaba en la superación. La señorita Böhm llevaba una vida condicionada por su padre, tanto por sus acciones como por sus silencios. Jamás había podido explicar el abandono, el desamor del padre, la protección de Adele, los secretos de su madre. Ahora todo cobraba sentido, y con ello, Leah era capaz de rearmar su historia, pieza a pieza, hasta poder conformar los cimientos del futuro.

Sí, el obsequio de Michael era real.

—Michael…Serge…—repitió Leah—. No me digas que el tal Serge existió y…

—Y Michael lo mató. Sí.

—Nop. —Sentenció, se puso de pie—. Suficiente, demasiada información. No quiero saber. —Su trasero regresó al escalón—. Sí, sí quiero saber. ¿Qué hizo?

Necesitaba saber. La ignorancia no la había llevado a ningún lado más que a ser pieza del juego de otros. Era hora de dejar de taparse los ojos y ver, aunque la realidad fuera enceguecedora.

—Si te sirve de consuelo, el verdadero Serge Amberg era un hijo de perra que violaba criadas.

—Está mal…estoy muuuy mal de la cabeza. —Se mesó los cabellos, deshaciendo el moño—. Pero sí, sirve de consuelo.

Alexa rio.

—Es difícil no evaluar los hechos bajo los preceptos de la ética. ¿Sabes?, tienes suerte en eso. Tu padre nos intentó eliminar la moral. Nos arrebató el sentido del bien y del mal. A veces me pregunto cómo vería el mundo si él no…

—Serge o Michael te ayudó, ¿verdad?

No todo en él era crueldad, al menos había rescatado a Alexa y ayudado a superar sus traumas.

—Sí. Ahora tengo mi propio concepto del bien y del mal. A veces coincide con la sociedad y a veces…

—Según tu propio concepto, que Michael haya matado al verdadero Serge…¿es bueno o es malo?

—Bueno.

—Bien. De ahora en más —sentenció Leah—, me manejaré por principios movibles. Cuando alguno no me guste, optaré por otros, sino, me volveré loca.

Alexa volvió a reír.

—Creo que ya te has vuelto loca. Cualquier persona sana perdería un poco la razón con todo lo sucedido. —Leah le devolvió la sonrisa, le agradeció la comprensión—. Serge Amberg era uno de los nombres en la lista de ingresantes de la universidad de Viena. Michael necesitaba alguien que no fuera de la ciudad, que no lo reconocieran. Investigó a los aspirantes y descubrió que Amberg era un imbécil. Un imbécil muy adinerado. Cuando el joven viajaba desde el oeste de Austria hacia la capital, lo hacía, por fortuna, a solas en un coche de postas. Al menos hasta coger el tren en el último tramo. Wagner lo interceptó en una posada. Iba a esperar a que la abandonara para fingir ser un salteador de caminos,

pero nuestro querido aristócrata decidió violar a la hija de la posadera.

—Lo demás lo puedo completar, gracias.

—El dueño y la dueña de la posada le ayudaron a eliminar el cuerpo y lo despidieron a la mañana siguiente, en el coche de postas, al grito de «Vuelva pronto, señorito Amberg». Y ese fue el dulce final del verdadero Serge y el próspero inicio del falso.

Podría haber robado otra identidad para ir a Gales, o quizá usado ese odio para secuestrarla, torturarla… Sin embargo, había decidido ser Michael Wagner. El principio y el final de su historia, cíclica como una tragedia griega.

—Leah, no seré yo quien te anime; estuve en tu lugar, entre optar por empezar de nuevo o volver a las llamas de Prometheus a por mi Xiao. Michael quería que hiciera lo primero, también a mí me quiso obsequiar la libertad, yo elegí lo segundo, porque ser libre no es solo volar sin destino, ser libre es elegir el camino, aunque lo andemos arrastrando cadenas…

—No necesitas animarme, Alexa, me basta con que me hayas escuchado. Has sido una amiga inesperada. Gracias. Mi decisión está tomada, lo hice la última noche con Serge, antes de que se despidiera. Cuando me extendió un brebaje como ofrenda de libertad. No esquivo mi destino, solo lo postergo un poquito. Me brindo mi derecho a estar enfadada y… —Cogió aire—. Y junto coraje. El corazón de Michael es demasiado grande, albergó un odio descomunal, pero también fue capaz de amar con locura dos veces. Necesito aunar fuerzas…Amar a Michael Wagner es una contienda de por vida.

Capítulo 18



—¿Realmente quieres estar presente? —Leah asintió como respuesta. Alexa se había convertido en una inesperada aliada. Compartían bastante tiempo juntas y era quien mejor le explicaba lo sucedido en Prometheus. No culpaba a los demás por no querer hablar ni por seguir observándola con recelo, sin embargo, necesitaba información para saber cómo proceder.

Por ejemplo, en esos momentos.

Wolf, Trevor y Roy acompañaban a Tobías Krage en la tarea de poner las dinamitas. Cavendish se había asegurado de que esa casa londinense que había heredado Leah no era empleada por el doctor desde hacía años. Allí no había nada de valor, al menos no de valor para un Prometheus. Y era tan intrincada con sus normas de seguridad que venderla tal cual estaba no era opción. El terreno, en cambio, costaba una fortuna. Cooper se encargaría de hacer los negocios inmobiliarios pertinentes y entregarle el dinero en mano.

¿Por qué?, ¿por honestidad financiera? ¡Claro que no! Porque la señorita Böhm estaba en una cruzada personal: reparar tanto como pudiera los daños que causó Viktor Schwarz.

—No nos podemos librar del pasado, pero sí podemos construir con él el futuro —fue su declaración, antes de taparse los oídos. Tobías empujó el detonador y…

Magia. La casa de Viktor Schwarz voló por los aires.

—Llevaba demasiado tiempo queriendo hacer esto —gritó Krage. Cogió a Alexa en brazos y la hizo girar—. Pero el jodido de Marcus insistía en que solo pondríamos en alerta a Schwarz.

—Cariño —gritó ella también—, me estás aturdiendo.

—Creo que todos quedamos aturdidos —exclamó Leah en el mismo tono. Un derrumbe secundario acompañó sus palabras. No permaneció en presencia de los escombros, le dejaría eso al eficiente Franz Cooper, ella tenía algo más importante que hacer—. Entenderé si prefieres no acompañarme —dijo, intentando mantener la voz en un volumen civilizado—, tienes cosas mucho más divertidas que hacer.

Contuvo la sonrisa al ver los amantes, también esa punzada incómoda que algunos podrían llamar envidia. Se amaban y estaban juntos, ¡vaya milagro!

—Iré. —Alexa le dio un beso a su hombre y se deshizo de él en un juego algo cursi para los extraños, un intento de escapar de sus brazos que no era tal—. Necesitas apoyo para tratar con esas lacras.

—Lo que necesito es aprender a usar armas. Los increpo como si midiera el doble de mi tamaño y pudiera hacer algo más que gritarles —reconoció. Sí, Alexa era una gran aliada. Cuando esos malnacidos querían imponerse por sobre la voluntad de Leah, su nueva amiga sacaba un cuchillo y practicaba tiro al blanco con objetos al azar. Era de lo más persuasiva a la hora de negociar. ¡Había que ver cómo empezaban a escuchar a la señorita Böhm después de eso!

Leah se alejó de la pareja para brindarle algo de privacidad. Intentó no mirarlos con cara de tonta ni suspirar. En ese afán, buscó algo en los alrededores en qué concentrarse. Y…

—¿Michael?

No lo había visto, lo sentía. Lo sentía en la piel que se le erizaba, en el corazón acelerado…en el vientre que… ¿se movía? Dio un paso al frente hacia esa zona oculta, buscando los ojos claros de Michael en la oscuridad.

—¿Lista? —La voz de Alexa la hizo volverse, cuando regresó la atención, la sensación había desaparecido. La decepción la inundó temporalmente, tuvo deseos de llorar.

—Sí, vamos. —Se dirigieron al carruaje. Danilo, el empleado de seguridad, era ahora uno más del trío de aliados; aunque había trabajado para Viktor, jamás tuvo nada que ver con Prometheus. Como Adele, cumplía un rol periférico y tampoco había tenido muchas alternativas. Con Viktor las posibilidades eran dos: acceder o morir. Danilo era libre de marcharse, pero llevaba tantos años sirviendo de sereno de casas abandonadas y fortificadas, que apenas servía para otra tarea. Llevar y traer a la señorita Böhm, componer un gesto adusto si alguien la insultaba y presenciar demoliciones era una actividad que podía hacer muy bien.

Leah regresó la vista atrás una vez más.

—¿Estaba Michael en las sombras? —preguntó Alexa, mientras se subían al carruaje.

—No lo creo, no he visto nada.

—¡Tiene que dejar de hacer eso! Le he dicho muchas veces que es retorcido y aterrador, pero ese hombre no escucha. —Negó con la cabeza.

—Es que no estaba, fueron ideas mías —gruñó, Alexa solo ladeó la cabeza. Sí, esa presencia era él y la señorita Böhm se prestaba a la negación una vez más como método de defensa. ¡Ella también tendría que dejar de hacer eso! Empezando por…

—¿Y por qué lloras entonces?, ¿querías que fuera él?, ¿no querías que fuera él?

—Últimamente lloro por todo, ni caso me hagas.

—Ay, ay. Si es que son tan para cual —se quejó Alexa—. Y ahora me dirás que el traqueteo del carruaje te revuelve el estómago…y que el clima de Londres te da sueño…

—¿Cómo lo sabes?

—Leah, joder. ¡Eres curandera! ¡Tú lo sabes antes que yo! —la reprendió. Leah volvió el rostro hacia la ventanilla, pero en cuanto vio el camino moverse, no pudo más que abrir la ventanilla y vomitar.

Sí, estaba embarazada de Michael Wagner. Cuando él le brindó la libertad en forma de brebaje, ella eligió la libertad en forma de deseo, de esperanza. Estar unida a él era la elección más libre que había tomado en su vida.

La siguiente parada de su herencia no haría nada para mejorar el estado de ánimo *sensible* de Leah Böhm. Se trataba de una instalación al sur de Londres, en la zona industrial. Una de las últimas adquisiciones del doctor. Un intento desesperado de retomar la actividad en Inglaterra, donde su red de médicos y financistas ya estaba tejida.

En esta ocasión no se trataba de una casa, sino de una vieja fábrica textil, y lo que encontró la

dejó paralizada en el medio del lugar. ¡Ni siquiera había paredes internas! ¿Ventanas?, si así se podía llamar a los agujeros cerca del techo de metal. El suelo era tierra pisada y las paredes exteriores de ladrillo poco hacían para conservar algo de calor. No obstante, pese a que esas instalaciones serían inadecuadas hasta para conservar grano, había en su interior cinco cunas. Dos enfermeras y una matrona, las tres de aspecto severo, se encontraban en un rincón sin hacer gran cosa. ¡Una de ellas fumaba un puro! La de mayor edad simplemente se encontraba dormitando en una silla de madera y la más joven movía un palo sin mucho ánimo dentro de un cuenco de madera en el que se encontraban pañales.

La vieron llegar y ni se alteraron.

—Oh, otra señorita adinerada, aburrida con su vida, que quiere *salvar a un huérfano* para sentirse mejor. ¡Qué novedad! —dijo la matrona—, pues elija el que quiera, hace meses que no recibimos ni un penique y si quisiera cuidar niños, me hubiera quedado en casa con los míos.

Leah se volvió hacia Alexa, buscando en ella la aprobación a los instintos asesinos que empezaban a aflorarle.

—¿Qué demonios es esto? —Se acercó a las cunas.

—Oh, no, señorita. Si quiere uno de los bebés, al menos pague, que eso hizo el doctor cuando los compró.

Leah pensó que iba a vomitar de nuevo, y en esa ocasión, no por el embarazo.

—Alexa, ¿cómo me has dicho que se hacía? —preguntó Böhm. Elevó los brazos a la altura del mentón, cerró los puños, acomodó los pies, uno apenas más adelante que el otro y, con un movimiento de cintura…¡Siempre de cintura, le había dicho la Prometheus!, dio un fuerte puñetazo que desmayó a la matrona. Las otras dos se acercaron, la risa de Alexa bastó para detenerlas—. Al menos esas no son tan tontas…

Leah se acercó a las cunas. Eran cinco bebés de unos seis meses de edad, Viktor llevaba unos cuatro meses muerto.

—¡Demonios! —exclamó Leah.

—No, todavía no. Potenciales demonios —corrigió Alexa. Una nueva camada de Prometheus. Tres niños, dos niñas. Uno de ellos era negro como el ébano, una…una era albina.

Joder, Michael tenía razón, Viktor había estado obsesionado con su hija, con ese *error*. ¿Qué quería probar?, ¿qué quería *corregir?,* ¿quería experimentar hasta alcanzar un superhombre albino para *arreglar* a su hija?

—El proyecto Prometheus es mi culpa —dijo Leah, espantada, mientras cogía al niño en brazos y lo llevaba a su pecho—. Hizo con los demás lo que falló en hacer conmigo…

—No, Leah. —Alexa la hizo volverse a ella—. El proyecto Prometheus es culpa de tu padre y solo de tu padre, de que haya sido un imbécil, un malnacido, un hijo de perra. ¡Es culpa de él, que quiso hacer ciencia motivado por su esterilidad! Cogió bebés porque no podía tener propios, experimentó con ellos porque no tenía los cojones de corregirse a sí mismo. Era un cobarde. Fue un maldito cobarde contigo y con nosotros y ahora está muerto.

Leah asintió, sabía que Alexa tenía razón, pero era muy difícil que las culpas de los progenitores no recayeran en los hijos. Seguro Michael, o mejor dicho, Serge, le compartiría alguna teoría sobre los mitos y religiones que llevaban eso a la cabeza. Desde Eva y Adán cargaban con el pecado ajeno.

—Es culpa de mi padre —repitió—, y ahora es mi responsabilidad. ¿Puedes llamar a Danilo? Cargaremos a los niños y…Y los llevaré a casa, supongo…—Cogió a la nena albina en su otro brazo y observó el contraste de los dos bebés. Se quedó embobada ante tanta belleza—. Y saber que mi padre

los hubiera roto…

Alexa y Danilo la ayudaron. Una vez de regreso en el carruaje, Leah no dudó…

—Por favor, pídele a Tobías que explote esto también.

—Estará encantado.

—Y… Creo que necesitaré más dinero, ¿podríamos pasar por la residencia de Franz? Quizá él pueda ayudarme a administrar las finanzas para conseguir brindarles una buena vida a estos pequeños —propuso Leah.

—Hay un lugar mejor —dijo Milbank, y asomó su rostro por el pescante para darle las instrucciones a Danilo—. No son los primeros rescatados. Es hora de que conozcas a los demás.

—¿Dónde?

—En la vieja casa de Cavendish, nuestro refugio preferido para los pequeños demonios liberados.

La vieja casa del condado de Salisbury se elevaba como un fuerte; la única diferencia entre esta y las residencias de Viktor Schwarz era que las del doctor estaban diseñadas para impedir que los Prometheus entraran… aquí era para que salieran.

Aunque esa restricción se limitaba a la tercera planta, donde estaban hospedados los peligrosos. Los que su padre llamaba *casos fallidos*. En las demás plantas, las habitaciones no tenían nada que envidiar a los hoteles. El matrimonio Cavendish les brindaba a los niños la mayor cantidad de comodidades posibles. Camas confortables, sanitarios en el interior, agua, comida de calidad, sala de juegos, biblioteca y actividades recreativas al aire libre. La mayoría de ellos parecían niños comunes, si se podía obviar la cantidad de pesadillas que los asaltaba por las noches y que no todos habían conseguido quitarse la idea de que debían competir hasta por un pedazo de pan.

Alexa la acompañó hasta la antigua sala principal. Allí se encontraba una mujer tan rubia que casi le hacía competencia.

—Ella es Irina, lady Cavendish si nos atenemos a las formas —presentó Milbank. La mujer se acercó, era dueña de una gracia natural—. Irina, ella es Leah Böhm.

La mujer le sonrió con un poco de cautela, mas con amabilidad.

—Un gusto conocerla, señorita Böhm.

—Dejemos de lado las formalidades, porque con Leah nos hemos encontrado a la última camada de víctimas. —El rostro de Irina se transfiguró.

—Por favor, díganme que no…

—¡¿Qué demonios es esto?! —La voz masculina sacudió hasta los cimientos. Llegaban tarde, Marcus había descubierto a los bebés. Danilo intentaba dar explicaciones, sin embargo, se mantenía a prudencial distancia del Prometheus.

Irina abandonó la habitación y las mujeres la siguieron.

—Marcus, cariño. Ya están aquí. Los bebés ya están aquí. —Lo contuvo en un abrazo algo inútil, porque Cavendish avanzaba sin soltar el agarre de su esposa.

—Milord —intervino Leah—, los he encontrado en una de las instalaciones de mi padre. Alexa pensó que lo mejor era traerlos aquí.

—¡Claro que era lo mejor!

—En tal caso, si nos permite, los ubicaremos donde lady Irina considere conveniente…

—¿Lo ves, cariño? Ya está bajo control. ¡Gunnar! —llamó a su hijo.

—No es necesario —se calmó Marcus, sabiendo que Irina recurría a Gunnar por miedo a que

él hubiera perdido el control. El niño lo serenaba más que nadie, conseguía recordarle que el cambio era posible—. Si me asegura que están bien, que no…—apretó los dientes.

—No le mentiré —dijo Leah, alzando el mentón y conservando el valor—, no sé qué pudo haber hecho mi padre con ellos. Pero sí le aseguro que yo no proseguiré con ningún tipo de tortura.

Cavendish sondeó los ojos claros de Leah, le llevó un par de minutos alcanzar un veredicto. Asintió lentamente.

—Ya veo…

—¿Qué ves, Marcus? —preguntó Irina, al tiempo que lo soltaba lentamente. Se daba cuenta cuándo empezaba a calmarse.

—La debilidad del loquero. Todos tenemos una…—sonrió y besó a su esposa. Irina se volvió a las dos mujeres, Leah aún mantenía un porte firme, temía provocar a los Prometheus. Alexa, en cambio, tenía una media sonrisa sardónica, como si la hubiera heredado de su mentor.

—Hay que reconocer que tiene razón, todos tenemos una debilidad.

—Si creen que tengo algún tipo de influjo en el doctor Wagner, se equivocan —dijo Leah en su defensa.

Las dos mujeres rieron a carcajadas.

—¿Algún influjo? Directamente lo tienes sometido…—completó Irina.

—Escondido y asustado me parece una apreciación más exacta —especificó Alexa—. Como sea…ubiquemos a los bebés.

Las mujeres se pusieron en marcha. Acondicionaron una de las habitaciones; improvisaron unas cunas hasta que pudieran comprar las indicadas. Milbank fue a la cocina, a dar instrucciones sobre la alimentación y las rondas de cuidado. Allí, entre esas paredes, aunque Irina era quien mandaba, apenas se dibujaban jerarquías; todos los Prometheus le dedicaban en mayor o menor medida atención a los rescatados.

Mientras tanto, lady Irina le pidió a Leah que la acompañara. Fueron al antiguo despacho del conde, un lugar que antaño era tétrico y estaba cargado de violencia. Ahora solo era lo primero. Allí la mujer de Cavendish había archivado toda la información recopilada a través de las redadas a las casas de Viktor. Viejos papeles, casos antiguos…

—Esto es lo que más detesto del trabajo —confesó la mujer, abriendo un cajón metálico—. En general me gusta, ¿sabes?, siempre fui una damita educada para casarse bien y conformar una familia típica. Pero cometí el error de caer en manos de una familia de dementes. Marcus, quien para los demás puede ser un demonio, terminó siendo un salvador para mí.

—Es algo que jamás entendí de la teología cristiana —comentó Leah—, si Satán es malo, por qué castiga a los malos… ¿no debería premiarlos? A veces, un demonio es justamente lo que necesitamos.

—Ese es el inicio…—rio Irina.

—¿De qué?

—De aceptar a uno de ellos. Aunque… —le señaló la panza—, ya has aceptado al tuyo, ¿verdad?

Leah se miró el vientre.

—¿Tan evidente es?

La respuesta de Irina fue soltar una carcajada. Luego su rostro se transmutó, volvió a los archivos.

—No hay información de los bebés, seré yo quien… quien les cree una ficha —terminó, resignada. No le gustaba hacerlo, pero era fundamental para luego, con ayuda de los demás

Prometheus, darles documentos y continuidad a sus casos. Con ello le otorgaban más que una identidad, les entregaban la posibilidad de un futuro.

Irina se sentó tras la máquina de escribir y a Leah la invadió una extraña sensación de inutilidad. Ella podía ayudar a esos niños, trabajar allí. Que sus saberes de medicina sirvieran de algo. Pero ¿cómo empezar?, ¿le permitirían hacerlo siendo la hija de quien era? Mientras la mujer trabajaba, ella empezó a indagar en esos archivos. Muchos estaban escritos por otros profesionales, pero algunos tenían la inconfundible caligrafía de Schwarz. Cogió esos con la mano temblorosa.

Eran los casos que su padre había arruinado en persona, no con sus órdenes y mandatos, sino con sus propias experimentaciones. Estaban en alemán, un idioma que ella podía leer, aunque pronunciaba de manera penosa.

El corazón le dio un vuelco. Los papeles estaban amarillentos por el paso del tiempo, eran los casos más antiguos, por eso no habían perecido en el incendio. Viktor los había dejado olvidados en una de sus casas.

—Brunilda —murmuró, al leer su nombre. No venía acompañado de una foto, como los registros más modernos, sino de una descripción de su fisionomía: mujer, mestiza (mitad aria), ojos azules, cabello negro. Sana.

La garganta se le volvió arena. En el archivo se especificaban las torturas:

Experimento 187: Ausencia de sueño. 48 horas: la paciente presenta escalofríos, dolor de cabeza y pérdida del apetito. 102 horas: han comenzado las alucinaciones, observa sombras que se mueven en la oscuridad. 120 horas: se ha desmayado, al despertar las alucinaciones han desaparecido.

Experimento 218: Ausencia de comida…

Las notas seguían. La habían sometido a la sed, al frío, a golpes, sumergimiento en agua, enterrado viva. Los experimentos de ausencia de sueño habían sido repetidos, hasta que las alucinaciones no desaparecieron.

El archivo finalizaba con una nota: «Caso fallido» y la firma de su padre: Viktor Schwarz. Viena. 1876.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Irina, al verla pálida, incluso para ser ella.

—He encontrado el archivo de Brunilda… —Irina no sabía de ella—, la razón por la que Michael ha hecho lo que ha hecho. Su Brunilda. —Los ojos se le nublaron por las lágrimas. Lady Cavendish leyó sobre su hombro.

—Un caso fallido. Lo siento.

—¿Cómo pudo ese malnacido calificarla de *fallido*, cuando él la rompió? ¡La rompió y la desechó después! ¿Sabes lo que me dijo, cuando Michael al fin lo tenía bajo su poder? En ese entonces no los eliminaba…—Cerró los ojos y dejó que las lágrimas surcaran sus mejillas—. En ese entonces no los eliminaba —repitió—. La dejó a su merced, sola, destrozada…

—No los ha destrozado a todos, hemos salvado algunos… y hasta hay un par que han mejorado.

Leah se puso de pie como si tuviera un resorte en el trasero.

—¿De verdad?, ¿se pueden curar?

—Ven…—Irina le pidió que la acompañara, juntas fueron a la tercera planta. Había guardias por doquier, pero las dejaron pasar sin inconveniente. Las habitaciones allí también eran cómodas y luminosas; a Leah no se le pasó por alto que, sin embargo, contaran con barrotes y carecieran de objetos punzantes.

Eran casi todos adolescentes los que allí se hallaban. Se los veía tranquilos en su mayoría, pintaban, leían, cantaban…Esa tarde solo dos sufrían una crisis. Uno de ellos estaba en un rincón de su

habitación, miraba con pánico el extremo ajeno y rezaba, al borde del colapso. Otro…una niña…estaba con un médico. El médico hablaba, sin conseguir reacción.

No podía observar más, las terapias eran personales. Solo un pensamiento pasó por su cabeza:

—Michael podría hacerlo.

—No solo podría —respondió Irina—, sino que haría maravillas. Trató a Alexa, fue capaz de psicoanalizar a tres Prometheus reacios…Nadie mejor que él para tratar a estos niños.

—¿Y por qué no lo hace? —se enfadó Leah—. ¿Por qué cojones no está aquí?

—Por la misma razón que no está a tu lado, Leah, porque aún no ha soltado el pasado para aferrar el futuro. —Lady Cavendish se tomó el atrevimiento de posar la mano en su vientre—. Pero el inconsciente es muy traicionero, y nos hace hacer lo que en realidad queremos, aunque el consciente se oponga.

Y Michael Wagner quería un futuro, lo ansiaba como un sediento a un vaso de agua.

—¿Tú sabes dónde se esconde?

—No, pero estoy casada con un perfecto espía. Dame unos minutos y sabrás todo lo que necesites. —Se marchó casi al trote. Leah caminó por esos corredores una vez más, reteniendo los rostros de los *casos fallidos*. A veces la vida cobra sentido en el momento más oscuro y el de ella era ese: arreglar lo que su padre había jodido y hacerlo junto al hombre que, pese a todo, amaba.

Capítulo 19



No había que ser un genio para darse cuenta de que el doctor Michael Wagner expiaba culpas. Optó por trabajar en el hospital psiquiátrico más tétrico del norte de Inglaterra. Allí donde iban los pobres desgraciados que no tenían familia o a quienes su familia prefería ignorar. Y dentro de ese ya infernal lugar, él se dedicaba al séptimo círculo dantesco, el de la violencia.

La dirección del hospital estaba encantada con él, jamás un médico había durado tanto en esa ala. ¿Los resultados?, eso era lo de menos para esos señores de corbatín y sombrero que solo donaban dinero para alardear de altruismo con sus pares. Mientras los seres oscuros que allí habitaran no escaparan, ellos seguirían pagándole una fortuna al doctor responsable.

Un médico, huelga decir, que no gastaba ni un penique de su cuantioso salario. Salvo en jabón, tanto para sus prendas ya gastadas de tanto lavado, como para su higiene personal, el profesional apenas comía, dormía en el despacho, entre sus notas y rara vez se daba un gusto.

—Está bajo el nombre de Amberg —le aclaró Cavendish a Leah, antes de dejarla en las puertas del infierno. Él no sería Virgilio, ya bastante tenía con los rescatados de Prometheus—. ¿Te espero?

—No, gracias. —Leah se acomodó los guantes y el sombrero, a diferencia del clima habitual, esa mañana el cielo había decidido abrirle camino al sol y castigar su blanquecina piel con los rayos. El sombrero de paja y su traje de muselina verde agua desentonaban con el lúgubre lugar—. Cogeré un coche para regresar. —Bajó de un salto, pese a que Marcus le tendió la mano para ayudarla—. Cuando elija a dónde regresar —agregó en un murmullo. Diecisiete propiedades y ningún hogar, así se llamaría el título de su vida si un poeta poco creativo decidía escribir su biografía. Dieciséis, porque una ya había volado por los aires. Miró su reloj, que pendía como un colgante en su pecho, y sonrió—: Quince… —Para ese entonces, Krage ya habría dinamitado la vieja fábrica en donde hallaron a los bebés.

—En tal caso… —Marcus asintió con la cabeza como saludo y volvió a subirse a su coche. De todas maneras, el espía ahí apostado le diría si la señorita Böhm estaba en problemas.

La mujer se encaminó al hospital. Los gritos y lamentos se hacían más fuertes a cada paso. Cuando atravesó la gran puerta de metal, un guardia con cachiporra la detuvo.

—Señora, las donaciones hágalas en Londres…

—No vengo a hacer donaciones, ni tampoco pretendo supervisar lo que hacen con el dinero de los incautos. Vengo a ver al doctor Wag…Serge Amberg… —se corrigió. El guardia la oteó.

—Usted no se asemeja a sus…mmm…compañeras habituales.

Leah sintió un extraño arrebato de celos. ¿A qué compañías se refería? Alzó el mentón con desafío, antes de increpar con un firme:

—¿Disculpe?

—Que no parece loca, desquiciada, trastornada, enferma…

—¡Ah, eso! —se echó a reír con alivio.

—Aunque puede que me equivoque —corrigió el guardia—. Al fin de cuentas, solo una demente querría entrar aquí.

—Demente o no…¿Hay algún impedimento?, ¿debo llenar algún formulario?

—En absoluto. —El guardia se hizo a un lado—. Solo no se aceptan quejas ni pretenda que entre a sacarla. Yo con esos desquiciados no quiero tener nada que ver.

Pese a su enorme tamaño y a la cachiporra, el guardia parecía temeroso ante la simple idea de atravesar esa reja y enfrentar a los internados. Una mujer más débil hubiera temblado, una menos decidida, vacilado.

Leah Böhm, en cambio, cruzó la reja sin mirar atrás. Enseguida, otro hombre, de aspecto aún más rudo, le indicó que el doctor Amberg se hallaba en el último piso. La acompañó hasta la escalera y allí la abandonó. Desde ese punto, solo Dios podía ayudarla.

Los gritos y lamentos se incrementaron. También los golpes en las puertas metálicas, los brazos por a través de los barrotes y los olores humanos.

—Diantres, Michael…

Llegó a la última planta, allí las puertas apenas tenían una hendija por las que le suministraban alimentos a los enfermos. Era lo mejor, de lo contrario Leah hubiese visto a un hombre desnudo, a quien habían arrestado por exhibicionismo y violación; una mujer que se comía su propia piel y pelos; otro joven que se creía hombre lobo y aullaba y mataba en su psicosis, y varios casos más.

Una única puerta estaba abierta, por esta ingresaba la única luz al corredor. La voz de Michael le llegó clara, y sus frases fueron completamente reconocibles.

—La idea de un suicidio por venganza es que a alguien le importe, Edith. ¿Crees que a tu marido le importará si te lanzas a las vías del tren como Ana Karenina?

—¡Al menos sentirá culpa!

—Lo siento, pero no. ¿Sabes lo que hará? Ocupará el lugar de víctima, la sociedad se apiadará de él y sobre ti recaerá toda la culpa. Y luego, hasta lo justificarán por tener una amante, siendo su esposa una desquiciada…

—¡Entonces lo mataré! —exclamó la mujer—. Le cortaré el pene y se lo haré comer y…

—Eso fue justamente lo que intentaste y por eso estás aquí.

El sonido de su falda le dio la pista a Leah de que la mujer se había sentado, rendida.

—¡Usted es igual que él! Es hombre, los hombres merecen morir, todos.

Leah se asomó sin delatar que estaba presente, estaba mal, lo sabía, no debía escuchar una sesión ajena. Pero había algo reconfortante en ver a Michael hacer su trabajo, el real, el que ayudaba y no destrozaba.

—Trabajemos en el impulso asesino, Edith. Dígame, si la dejo salir de aquí, ¿matará al primer hombre que se le cruce?, ¿o cree que podrá contenerlo hasta llegar a su marido? —La mujer cogió su falda con fuerza, reprimiendo el deseo de matar—. Ya veo…

El silencio se hizo pesado. Leah observó el perfil de Michael. El cabello rubio le caía sobre la frente, los ojos fríos estaban en sus notas, escribía con cierto frenesí. Había descubierto algo, podía notarlo en ese pequeño sonrojo que indicaba un aceleramiento del corazón, en las pupilas apenas más

dilatadas que les otorgaban a sus ojos un matiz más vivo.

—Hablemos de cuando eras pequeña, Edith.

—¿Qué tiene eso que ver con el infiel de mi marido?

Serge sonrió.

—No tiene que ver con él, tiene que ver contigo. Con tu intento de suicidio. No querías castigar a tu esposo, ¿verdad?

—¿De qué habla?

Serge descruzó las piernas, puso las manos en sus rodillas y se inclinó suavemente hacia la paciente. Edith, por instinto, retrocedió.

—¿Su padre…?

—Murió cuando yo era una bebé.

—Su madre se volvió a casar, ¿verdad? Trajo un hombre a casa, un hombre que…

De pronto Edith dejó la silla y se lanzó contra Michael. Intentó arañarle el rostro, cogerlo de los cabellos, patearle los cojones. Leah intentó entrar, pero dos matones aún más grandes que los guardias anteriores, la hicieron a un lado. Su intervención no fue necesaria, Wagner había reducido a la paciente cogiéndola de los brazos y llevándolos a la espalda. La señorita Böhm sabía que no le hacía daño, mas si la mujer se movía, se sacaría el codo o el hombro de lugar. En esa posición, y ahora sí con ayuda de los guardias, le colocaron una camisa de fuerza. Una vez eliminado el peligro, el doctor la acunó como a una niña:

—Venga, Edith, eras solo una niña. Solo una niña. No vale la pena matarse por ese cabrón, ¿verdad? ¿Cómo le cortarás los cojones a tu marido si te matas por un recuerdo? Aunque no querías cortarle los cojones a tu marido, no realmente…

No, Edith quería destrozar a todos los hombres en nombre de aquel que la había vulnerado de niña. Wagner le dio una dosis de algo, y la dejó en la habitación. Cuando llegó al corredor, la imagen de Leah lo dejó petrificado.

—Leah… —El nombre escapó como un suspiro. Luego cayó en cuenta de lo que había pasado, del peligro de que ella estuviera cerca de Edith y su rostro se transmutó—. ¿Qué cojones haces aquí? —Le cogió la mano y la arrastró hasta su *despacho*. Si así se podía llamar a esa habitación con una pequeña ventana enrejada a la altura del techo y un diván destartalado.

—¿Qué te parece que hago aquí? Vengo a buscarte.

—Joder… —Michael se mesó el cabello, la miró con desesperación. Con deseo, culpa, remordimientos, rencor. El mismo odio que recorría a Edith lo alcanzaba a él, la misma paz que solo Leah podía otorgarle, también. Ambos sentimientos batallaban en su interior, como sucedía desde el día que mataron a Viktor Schwarz—. Joder… —La alcanzó en brazos y, con toda esa confusión, solo fue capaz de besarla.

El beso fue algo brusco, hambriento, desesperado. Ella respondió de manera lenta, mesurada, conteniendo la pasión que la desbordaba. Porque a diferencia de Michael, Leah ya no se torturaba por sus sentimientos. Los había aceptado. Se había enamorado de Wagner, del asesino de su padre, del hombre vengativo y oscuro que conoció en Gales. Era él quien aún no aceptaba la realidad, quien, como sus locos, batallaba entre los hechos y las fantasías.

La fantasía de que Leah no fuera la hija de Viktor.

De que él fuera un mejor hombre.

De jamás haber amado y perdido, dos veces.

De nunca haberla herido.

Se separó de él lentamente, le acarició el mentón rasurado. Él se frotó contra su mano como

un pequeño gatito abandonado, deseos de afecto.

—Leah…Leah…¿qué demonios haces aquí? Este sitio es el infierno.

—¿Y por eso has venido?

—Exacto, merezco el infierno por lo que te he hecho y aquí me quedaré purgando.

—Pues me parece bien que así lo pienses, porque hay otro infierno en el que quiero que expíes culpas. Un infierno compartido. Uno que…

—Que construyó tu padre. —Michael dio un paso atrás—. Quieres, como Alexa, que me dedique a los Prometheus. No. —Otro paso atrás—. No…no y ¡mil veces no! —masculló—. Ya marqué demasiado mi vida por el maldito de tu padre, Leah, no seguiré hundiéndome en su mierda. ¡No lo haré! ¡Quiero olvidar de una puñetera vez!

—¿Te viene funcionando? —ironizó ella.

Michael rio, su risa ladeada e irritante que a Leah, pese a todo, le gustaba.

—Estás siendo cruel.

—Tú no puedes recriminármelo, ¿verdad? Es más, no lo harás. Puedo venir con un cuchillo y clavarlo en cada una de tus heridas, que tú no me lo impedirás.

—Y yo que creía que te había mentido y resulta que me conoces mejor que nadie. —Wagner volvió a acercarse, incapaz de mantener la distancia física. Quería cogerla en brazos, acercarla a su corazón, sentir su piel contra la de él. Era una maldita adicción.

—Para ser alguien que proclama un florido discurso de libertad, Michael, eres bastante cautivo de tus emociones. Del odio a mi padre, de la frustración por no haber salvado a Brunilda, de la culpa por haberme usado…Del pasado que dices querer olvidar, pero que llevas contigo a todas partes.

—Con más razón…

—No, Michael…No…—Le cogió la mano y la llevó a su vientre. Wagner cerró los ojos, soltó el aire lentamente y quiso que lo embargara la desesperación, la angustia, la sensación de claustrofobia ante la idea de atarse al futuro con ella. Sin embargo, lo único que lo asaltó fue una dicha que se asemejaba al vértigo, una felicidad que no se comparaba a nada que hubiera experimentado antes. Sus labios se curvaron en una sonrisa, hasta sus ojos se pusieron brillantes y perdieron el frío que traían de Viena. Cayó de rodillas junto a ella, con la boca pegada a la muselina verde—. Yo, una curandera y comadrona, negué por cuatro meses lo que evidentemente pasa en mi cuerpo. Tú, un experimentado psicólogo, no puedes cometer el mismo error. ¿Por qué le hiciste a Edith recordar lo que le hizo su padrastro? Ella lo había olvidado, iba muy campante por la vida…

—Intentando castrar hombres —completó Michael.

—¿Me dices que su obrar no era libre por más que había olvidado el pasado?, ¿por más que dejó su pueblo, su casa, su familia y se casó? —se mofó ella. Wagner no tuvo más remedio que reírse de su tono irónico, le gustaba que fuera sarcástica, el humor era el arma de los traumados—. Dime, amor, ¿cuáles son las cadenas que aún te atan? —Leah se arrodilló a su lado, le acunó el rostro y le demandó que abriera su corazón.

—Intento analizarlo y no tiene sentido…

—Tal vez deberías dejar de analizarlo y solo sentirlo, ¿no crees?

—Dejaría de ser yo si no buscara la razón detrás de todo. —Leah rio, sí, dejaría de ser él, el hombre del que se enamoró—. Siempre admiré tu libertad; en cuanto te vi, eso me cautivó. Vivías tu vida a tu manera, hacías una labor que históricamente les perteneció a las mujeres, pero que también les implicó condena social. Eras soltera, no buscabas agradar a nadie, solo existir bajo tus reglas. Y yo me repetía, ¿justo ella?, ¿justo la hija de Viktor Schwarz es la mujer más libre que conozco? Hasta que te conocí y comprendí que tu vida también estaba signada por tu padre, que cada acto ocultaba la

rebeldía… entendí que el abandono de él te dolía, desconocías que su presencia sería mil veces más cruel. Entendí que su profesión te marcaba. Que sus sueños opacaban los tuyos. Y me dije que mi venganza también te liberaría… pero solo nos atrapó a los dos —soltó con los dientes apretados. Leah se mordió el labio con fuerza. Entendía el significado detrás de sus palabras.

—¿Michael? —preguntó, con temor por primera vez en esa mañana.

—No, jamás odiaré a mi hijo o hija. Aunque su sangre, la sangre de mi enemigo, y mi sangre se mezclen… aunque lo que nos unió fue lo que él le hizo a Brunilda. Jamás odiaré a *nuestro hijo*. Lo amaré, ya lo amo. Ya te amo a ti, que eres su herencia, su único legado real en este mundo. —Leah cerró los ojos, aliviada, y cuando soltó el agarre de sus labios, un suspiro hondo escapó de entre ellos. Michael besó ese aliento desesperado antes de seguir—. Pero mi análisis de las circunstancias no termina aquí, soy incapaz de soltar un pensamiento rumiante hasta que doy con el inicio del ovillo. Soy un maldito psicólogo con tendencias obsesivas… ¡Vaya ironía!

—Lo que te hace bastante buen psicólogo, y lo sabes… —lo animó ella.

—Pero me hizo preguntarme, si no eras libre de verdad, ¿por qué seguía yo convencido que esa cualidad amaba de ti?, ¿Dónde yacía esa amada libertad? Entonces lo entendí, Leah… mi Leah… tú eres Libertad. No es una cualidad tuya, sino tu esencia. Tienes la capacidad de otorgar ese don, de romper las cadenas de los demás y para un hombre tan encadenado como yo, tú eras lo que llevaba una vida buscando.

Leah lo abrazó, dejó que Michael hundiera su rostro en el hueco entre su cuello y el hombro, en el punto exacto en que latía su sangre. Permitió que sus palabras permearan en ella, le llegaran al corazón por el torrente sanguíneo.

—Siempre necesitaste una comadrona —le dijo ella, acariciándole el cabello—. Ya sabes, nuestra profesión fue la que usó Sócrates para nombrar el acto de llegar a la verdad que ya habita en las personas.

—Mayéutica —precisó él, y rio contra su piel—. Joder, Leah, si tú no eres la indicada para mí, ¿quién lo será?, ¿qué otra mujer encontraré con use la palabra mayéutica en una conversación?

—Eso no sería tan difícil como hallar a otra que te ame con tus fantasmas. Tendrás que conformarte conmigo —bromeó Leah.

—¿Conformarme?, ¿le llamas *conformar* a hallar el tesoro más preciado? —La besó en los labios, en la nariz, en las mejillas. Al tiempo que ella reía y completaba su idea.

—Me refiero a que ese es mi trabajo. La parturienta hace la labor, yo solo acompaño. Guio. Yo no puedo liberarte, tú tienes que hacerlo, yo solo seré tu compañera en cada paso.

—Es que ya lo has hecho, Leah… Cuando no bebiste ese preparado que te di, cuando me enfrentaste a mi futuro contigo. No puedo cambiar el hecho de que tu padre nos haya arruinado la vida a todos, no puedo viajar en el tiempo y evitarnos el dolor. Pero puedo cicatrizar, avanzar, obrar a voluntad a cada paso que dé de ahora en adelante. Amarte… amarte es mi mayor triunfo. Siempre supe que serías tú, solo era muy tonto para reconocerlo. Esa era la libertad que amaba en ti, la mía… en ti veía mis cadenas rotas.

Sus bocas chocaron en un beso hambriento, sus manos se recorrieron ansiosas. Leah sondeó sus ojos azules, y ya no vio el frío de Viena, sino el color claro del Danubio en verano.

El invierno había pasado para ellos.

—Puedes seguir racionalizando esto, Michael —le dijo ella, al tiempo que sus muslos le rodeaban las caderas y sus manos le deshacían el corbatín—, pero nunca encontrarás la respuesta definitiva. Desde que nos conocimos, caminamos en la delgada línea entre la ciencia y el milagro.

—No soy un hombre codicioso —susurró Michael contra sus labios—, pero prometo que, la

próxima vez que te tenga en brazos, lo haré cerca de una suntuosa cama recubierta de seda. —Cerró la puerta tras de sí y echó llave, era improbable que alguien los molestara, sin embargo, cuando se trataba de Leah era un hombre celoso.

Aprisionó el cuerpo de ella contra el metal de la puerta cerrada y volvió a besarla.

—Sería un desperdicio de lujo —respondió ella, sintió lo boca de él descender por la piel de su cuello hasta el ribete con puntillas que cubría su piel—, consigues que olvide el entorno, el mundo, dónde pisan mis pies.

—Permíteme remediar el error. —La elevó en brazos hasta igualar sus alturas—. Ahora tienes por seguro que tus pies no tocan el suelo. —Juntos alcanzaron el diván, lo viejo no le quitaba lo cómodo, aunque sí lo amplio. Era perfecto para dos amantes, pues la única forma de que cupieran era uno encima del otro—. Al menos en estos instantes, permíteme obsequiarte unas vacaciones de la realidad.

El mundo cruel quedaba afuera. Los pobres dementes del pabellón, los desgraciados niños Prometheus que Viktor arruinó, las propiedades pagadas con dinero sucio, la venganza, el rencor, las mentiras.

Entre ellos otra verdad se alzaba ineludible, podían amarse. Sus corazones rotos seguían siendo capaces de amar. Cuando Michael se inclinó sobre ella, una cadena de plata escapó por el hueco de su camisa apenas desabrochada. De ella pendía un anillo de oro, su anillo.

Leah buscó la mano izquierda de Wagner, en esos momentos le acariciaba la cintura, y sintió la alianza a juego en su dedo.

—Michael…

—En el bosque me dijiste que aceptabas ser mi mujer, aunque no fueras mi esposa. Esa fue nuestra unión para mí, esa era la promesa a la que pretendía aferrarme.

—También me dijiste que el infierno no acepta devoluciones. —Él rio y descendió con su boca una vez más. Sus besos arrancaron gemidos en Leah—. Así que entiéndelo, Michael, bajaría hasta el inframundo por recuperar lo que es mío. No me gusta que me timen.

—Pero hoy no iremos al infierno, es hora de que conozcamos una porción de cielo.

Le quitó el vestido con cuidado, para revelar su cuerpo perfecto. Leah no estaba segura de si ese sonido era un suspiro o un gruñido animal, de lo que sí estaba segura era de que así debería haberse visto el lobo a caperucita. Los ojos de Wagner tenían las pupilas dilatadas, deseaban que la poca luz de esa habitación le hiciera justicia a la imagen de Leah con su camisola de algodón, sus medias de seda y un corsé solo superior, que él arrancó sin miramientos. Descubrió sus senos inflamados, los hermosos cambios en la anatomía de ella que albergaba…creaba vida.

Con su boca la reverenció. Besó esos pechos llenos, con pezones rosados y sensibles. El vientre apenas abultado de su temprano embarazo, que conformaba una curva en lo bajo, uniéndose con el monte de venus. Besó sus muslos, las piernas fuertes que la habían llevado hasta ahí. Las caderas, los brazos incansables, que otras veces habían ayudado a traer vida al mundo. Los hombros que, sin ser anchos, cargaban con el peso de la tragedia…

Terminó su exploración entre los muslos de ella, buscando el centro de su placer con la boca. Con la lengua trazó círculos, con su dedo buscó el punto exacto en su interior y construyó su placer, barriendo en ese instante los dolores del pasado.

Leah se aferró al diván con una mano, los dedos de la otra se hundieron entre los cabellos rubios de Michael. Se arqueó contra él, dejó ir todos sus pesares en ese orgasmo. Y antes de que pudiera pensar en el mundo, Michael retomó la tarea hasta llevarla de nuevo a la cima.

Unieron sus cuerpos, siempre hambrientos, siempre en deuda, hasta quedar exhaustos. Y así,

sin más premuras, volvieron a hacer el amor. Con la luna por testigo, volvieron a colocarse las alianzas.

Ella le prometió amarlo y descender al infierno para rescatarlo tantas veces como fuera necesario.

Él le juro amarla, no solo para morir por ella…sino tanto como para darle otra oportunidad a la vida.

Y la vida les daba otra oportunidad a ellos, danzando en el vientre de una mujer tocada por la luna.

Epílogo



Cuatro meses después…

El viento golpeaba con fiereza los postigos de la ventana de la gran casa estilo Tudor que habían adquirido cerca de las tierras del condado de Salisbury. Esa ubicación les permitía atender tanto a los niños Prometheus como a los pobres desgraciados del pabellón de psiquiatría. En ambos sitios, debido a cuestiones legales, el doctor figuraba como Serge Amberg. Al fin de cuentas, así estaba emitido el título de medicina en Viena y toda su trayectoria. También los únicos documentos legales, solo sus conocidos lo trataban de Michael y a ella, de *señora Wagner*. Eso de usar nombres no registrados parecía ser el sello de la pareja. Leah Böhm registrada como Schwarz. Michael Wagner inscrito como Serge Amberg y…¿Quién vendría? ¿Una niña o un niño Wagner, anotado como Amberg?

El viento era tan fuerte que impedía que la nieve se acumulara en el alféizar. Aullaba dentro de la habitación a coro con Leah.

La lámpara de aceite, única fuente de luz en el aposento, proyectaba sombras temblorosas en las paredes de madera, iluminando apenas la figura de Leah, cuyos cabellos blancos y empapados se pegaban a su piel pálida. Su respiración era un jadeo entrecortado, su cuerpo entero se convulsionaba con el esfuerzo, y, sin embargo, su espíritu indomable aún no se quebraba.

—Demonios —gruñó en otra contracción—, ven aquí, Michael. —Le cogió la mano y la apretó con todas sus fuerzas, en un intento funesto de que él sufriera una porción del dolor de ella. ¿Compañeros? Ja-ja. Compañeros en la profesión, en la vida, en la lucha para remediar lo que hizo Schwarz. ¿Esa noche? ¡Esa noche él era el enemigo! ¡Él le había hecho eso! Y el muy maldito no solo no experimentaba su dolor, sino que tenía la indecencia de estar pálido y asustado—. ¿Con qué derecho? Ve a tomarte un whisky, ve a hacer lo que hacen los hombres en estos momentos…

—¡Eso hago!

—Es verdad —clamó ella junto a otra contracción—. ¡Estorbas!

Adele llegó con otra tanda de paños limpios y un cuenco de agua hervida. La tormenta le impedía a la curandera llegar y Michael debía atender el parto.

—Podremos con esto, Leah —murmuró, con una ternura que apenas enmascaraba su desesperación.

—¿Podremos? ¿Acabas de usar el plural?

Michael se reiría luego, lo harían juntos, fundidos en un abrazo de a tres. En ese momento, al

saberla presa de ese dolor que los médicos parecían no interesarse siquiera en estudiar, y consciente de que él era el responsable de eso, no podía más que aceptar con estoicismo los embistes furiosos de Leah.

De hecho, la prefería así, contenciosa, luchadora. En breve, empezaría el trabajo de parto real, y Leah ya no tendría ni energías para discutir. Su cuerpo direccionaría todas las fuerzas a expulsar el bebé, apagando su mente.

Él estaba fascinado por ese proceso, pero tenía en bien cerrar la maldita boca. No era el momento de compartir con ella su apreciación científica, de que un parto tenía que ser algo traumático y que, sin embargo, no generaba trauma en las mujeres (en la mayoría de los casos). No solo eso, sino que volvían a tener relaciones sexuales y procrear…¡Más de una vez! Si los hombres trajeran los niños al mundo, estaba seguro, se extinguirían.

—Viene, Michael. ¡Adeleeee! —Gritó, pero fue Michael quien se lavó las manos hasta los codos, apartó la sábana y se puso en posición.

—Y viene bien, Leah. ¡Está en el canal, cariño! Veo su coronilla. Puja sin miedo.

Sí, tenía miedo de pujar. Aún resonaba en ella el parto de Ethel. Sintió un alivio inmenso, y en la siguiente contracción puso todo de sí. El vientre se le puso duro.

—¡Levántame, Michael! —ordenó Leah—. Será mejor de rodillas.

Él se apresuró a acatar la orden. La movió sin dificultad. El trabajo lo tenía que hacer ella, él era un mero acompañante. Como bien había dicho el día de su reencuentro, hay cosas que tiene que hacer uno, pero no tienes por qué hacerlas a solas. Sanar, hallar las respuestas, superar el pasado.. parir.

Leah se aferró al cabezal de la cama y a la mano de Adele. Michael acompañó cada contracción empleando su fuerza contra el vientre y colocando la mano en la posición precisa.

La emoción casi le para el corazón cuando la pequeña cabeza calzó en su palma abierta, y le quitó el aliento cuando, con un puje más, los dos cuerpos, que por nueve meses fueron uno, se separaron.

—Joder, joder, joder… ¡Es una niña! —anunció, la voz ronca, la euforia en cada rincón de su cuerpo.

—Una niña —susurró Leah, y se dejó caer sobre el colchón. Michael le puso a la pequeña en brazos. Juntos la revisaron, todos los dedos, el labio bien, ninguna malformación—. ¿Crees que sea.. como yo?

—Excepcional, única, hermosa, inteligente…¡Sin duda!

—Albina…—rio ella. Michael sonrió.

—Me parece que no, solo le falta un poco de pigmento, pero es normal teniendo en cuenta que nosotros somos sus padres.

—Sería raro un hijo moreno —dijo Leah, y los dos se echaron a reír a carcajadas. Adele solo sonrió y rodó los ojos. Eran risas de histeria y emoción.

Terminaron de cortar el cordón, de ayudar a Leah a expulsar la placenta e higienizarse. Cambiaron las sábanas por limpias, vistieron a la bebé con las fajas que Leah había elegido para ella y la colocaron en el pecho, en donde se prendió de inmediato.

Michael y Leah compartieron miradas, enamoradas y asombradas, pero, sobre todo, embobadas. Estaban extasiados con su pequeña niña. Una niña que les recordaba que el futuro lo hacían a la par. Sin consultarse, ni haberlo debatido antes, los dos llegaron a la misma conclusión:

—Liberty. —Bienvenida al mundo, Liberty…¿Wagner?, ¿Amberg?, ¿Böhm?—. Solo Liberty.

Serie Prometheus



Síguenos en las redes sociales

Cuenta oficial de Scarlett O'Connor

 /scarlettoconnores

Cuentas de Lune Noir

 /lune.noir.libros

 https://www.facebook.com/LuneNoirEditorial

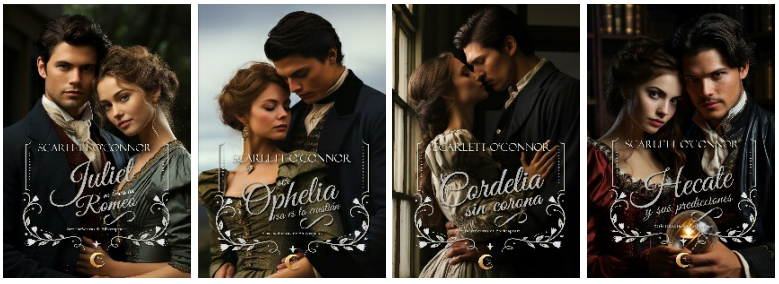
 /LuneNoir7



Icons made by: flaticon
https://www.flaticon.es/autores/freepik
www.flaticon.com is licensed by Creative Commons BY 3.0.
https://lunenoireditorial.wixsite.com/lunenoir

Otras obras de Scarlett O'Connor

Serie Señoritas de Shakespeare



Tú, mi deuda pendiente



Serie Señoritas Americanas



Serie Señoritas británicas



Serie Familia Evans



Serie Floreros y Canallas



Serie Caballeros desdeñados



Serie Corazones de Escocia

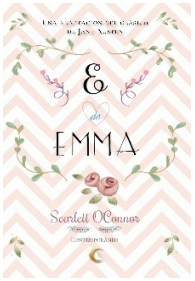


Contemporáneo

Serie Shell Island



Contemporáneo







Otras obras de La editorial Lune Noir

